

*Dr. Tarquino Coral Cuspo.*

Nº 30739

ANALES

S/ 3.00  
C/6

DE LA  
UNIVERSIDAD DE CUENCA



Tomo XVI

Nº 2

ABRIL — JUNIO DE 1960

CUENCA — ECUADOR

29-2  
0  
627  
050  
(2)

3043

PERSONAL DIRECTIVO DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA

RECTOR  
DR. DON CARLOS COEVA TAMAYO

SECRETARIO GENERAL  
DR. DON VICENTE HERRERA

DECANO DE FACULTAD DE CIENCIAS  
DR. DON JUAN GARCIA

DECANO DE FACULTAD DE INGENIERIA  
DR. DON JUAN GARCIA

DECANO DE FACULTAD DE MEDICINA Y ODONTOLOGIA  
DR. DON JUAN GARCIA

DECANO DE FACULTAD DE EDUCACION  
DR. DON JUAN GARCIA

DECANO DE FACULTAD DE LETRAS Y CIENCIAS HUMANAS  
DR. DON JUAN GARCIA

DECANO DE FACULTAD DE AGRICULTURA Y GANADERIA  
DR. DON JUAN GARCIA

DECANO DE FACULTAD DE DERECHO  
DR. DON JUAN GARCIA

DECANO DE FACULTAD DE ECONOMIA  
DR. DON JUAN GARCIA

ANALES

DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA

# ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA

Publicación Trimestral

30739-2

TOMO XVI

ABRIL-JUNIO DE 1960

Nº 2

## SUMARIO:

NOTA EDITORIAL: En Memoria de Marañón . . . .	187
Gabriel Cevallos García: Un Médico y dos pintores.	189 <sup>8626</sup>
Leoncio Cordero Jaramillo: Gregorio Marañón, Médico . . . . .	219 <sup>3358</sup>
Francisco Alvarez González: Vocación y Etica . . . . .	223 <sup>3035</sup>
Luis Fradejas Sánchez: "Antonio Pérez", o un testimonio de la transigencia . . . . .	231
César Hermida Piedra: Orillando un ensayo de Marañón . . . . .	277
Honorato Carvallo Valdivieso: Gregorio Marañón . .	289
José López Rueda: Ecos de nuestro siglo en el "Tiberio" de Marañón . . . . .	291
Enrique de Gandía: La Libertad y la Cultura Occidental . . . . .	299
Rigoberto Cordero y León: Charles Chaplin, el dolor de reír . . . . .	317
CRONICA UNIVERSITARIA . . . . .	333

432 25-1-70

DR. DON CARLOS COEVA TAMAYO  
Rector de la Universidad de Cuenca.

Los Anales de la Universidad de Cuenca son una publicación trimestral que tiene como finalidad difundir los trabajos de investigación y de docencia realizados por los docentes y alumnos de la Universidad de Cuenca. La publicación de los trabajos de investigación y de docencia es una obligación de la Universidad de Cuenca. La publicación de los trabajos de investigación y de docencia es una obligación de la Universidad de Cuenca.

SUMARIO:

187 ..... NOTA EDITORIAL: En Memoria de Marañón

189 ..... Gabriel Cevallos García: Un Médico y dos pintores

219 ..... Leoncio Cordero Jaramillo: Gregorio Marañón, Médico

223 ..... Francisco Alvarez González: Vocación y Etica

231 ..... Luis Frades Sánchez: "Antonio Pérez", o un testimonio de la transcendencia

237 ..... César Heredia Piedra: Ollando un ensayo de Marañón

259 ..... Honorato Carrillo Valdivieso: Gregorio Marañón

291 ..... José López Rueda: Ecos de nuestro siglo en el "Trienio" de Marañón

299 ..... Enrique de Gandía: La Libertad y la Cultura Occidental

317 ..... Rigoberto Cordero y León: Charles Chaplin, el dolor de tener

333 ..... CRONICA UNIVERSITARIA



SR. DR. DN. CARLOS CUEVA TAMARIZ.  
Rector de la Universidad de Cuenca.

La Asamblea Universitaria, como expresión de justo reconocimiento a su brillante obra educativa y de incontrovertible progreso del Instituto, le reeligió, en forma unánime, para que presida y conduzca los destinos del Plantel por un quinto consecutivo periodo. Durante su administración la Universidad Cuenca ha prosperado espiritualmente y materialmente como en ninguna otra época de su ya casi centenaria existencia.



SR. DR. DN. CARLOS CUEVA TAMARIZ.  
Rector de la Universidad de Cuenca.

La Agrupación Universitaria, como expresión de justa reconocimiento a su brillante obra educativa y de incontestable progreso del Instituto, le realizó, en forma unitaria, para que presida y conduzca los destinos del plantel por un equivoco y consensado período. Durante su administración la Universidad Cuenca ha prosperado académica y materialmente como en ninguna otra época de su ya casi centenaria existencia.

## Nota Editorial

### EN MEMORIA DE MARAÑÓN

Las dipticas de la muerte vuelven a grabar otro nombre español e ilustre: el de Gregorio Marañón, universitario sabio, maestro de hondas ciencias humanas y constante modelo de ética intelectual y profesional.

Ayer fueron Ortega, Baroja, Astrana Marín. Antes, Machado, Juan Ramón y otros robles del bosque. La generación del 98 y lo que de ella vino a las letras y a la inteligencia, va menguando en forma decisiva. Porque los más robustos medios culturales no pueden abundar, por siempre, en manifestaciones tan pujantes, como ésta que hoy toca a términos en España.

Un grupo humano excelso, una especie de siglo de oro renovado y proyectado sobre horizontes más amplios y originales, se clausura en aquella tierra nutricia y benéfica. De las claridades de esta generación del 98 ha bebido el alma americana, en las ánforas de la filosofía, de la poesía, de la ciencia. Una de estas últimas ánforas se ha roto, mas al perderse como producto temporal o como situación biográfica, su aroma cunde y penetra como el de los viejos vinos generosos.

Apenas habrá punto en América, en la América hispanohablante y universitaria de manera especial, donde la lección del sabio catedrático de la Universidad de Madrid no haya llegado, para fijarse y permanecer. Porque lo esen-

cial de Marañón no estuvo en ser investigador o científico a lo largo de toda su vida, sino en haber hecho de ésta el término el soporte y el espejo de la actividad mental.

La historia de las ciencias del hombre quizás no conoce a otro investigador de la hondura personal que, junto a la cosecha positiva, haya sembrado, infaliblemente, la sugestiva y pura lección de ética. Ningún descubrimiento, ninguna tesis, ninguna doctrina científica es valedera, según Marañón, si no echa su ancla en la conciencia del hombre, fijándose en él para iluminarle, alumbrándole en la profundidad y tornándole más justo, más humano, más sensato y tolerante de sí mismo y de los prójimos. Porque la tolerancia no es solamente proyección, sino ante todo edificación.

La vida del ilustre profesor quedará para nosotros como una muestra de lo que logra la actividad sana de la conciencia guiada por la actividad clara de la mente. La positividad pura de la investigación, de brazo con la honesta entrega del investigador a su faena, no merecen quedar en el plano, casi inerte, de la demostración de tal o cual hipótesis. Necesitan levantarse sobre el pavés de la vida activa e inteligente, de la existencia del sabio que no tiene otra justificación fuera de la entrega al bien de los demás. Bien que los catedráticos deben realizar con estricta obligación, en el grado de sus potencias y de su energía creadora.

Esta es la mayor enseñanza del sabio a quien no olvidaremos. Su memoria presidirá la investigación positiva y la investigación especulativa, ambas desinteresadas en sí mismas en cuanto proceso mental, pero ambas sometidas a la obligación de redimirse, de levantarse, de ennoblecerse en la finalidad humana que logremos infundir en el corazón de ellas.

He aquí, pues, la alta enseñanza de Marañón: haber demostrado con elegancia y sin quiebras la posibilidad de convertir la Ciencia en Ética, la ocupación profesoral en

doctrina de humanidad, las técnicas de lo corporal en iluminación definitiva de lo espiritual.

Si el ánfora de arcilla se ha roto, el perfume de su vino inmortal durará en el alma de los profesores hispanohablantes, durará con la permanencia de las actitudes magistrales y de los gestos morales categóricos. Una categoría mental nueva se impone, así, desde el día en que desapareció Gregorio Marañón: la urgencia de subordinar lo científico a lo ético.

El acatamiento de esta obligación será nuestro mejor recuerdo a su egregia memoria.

#### Encomio del ojo clínico.

En reiteradas circunstancias he inquido por la calidad y las condiciones del mentado y veneradísimo ojo clínico, suerte de salvendas y milagroso recurso de los profesionales y maestros en una de las más antiguas y per que conspicuas tareas humanas, y talisman efímero o esperanzado con el que se amparan los náuticos de la salud, antes de asirse a la ciencia positiva del médico o al saber ambiguo del curandero. Y nombro a éste, porque a despecho de la actual usanza, el curandero fue uno de los más sagaces sacerdotes del bienestar corporal, muchísimos siglos antes de Hipócrates y otros tantos después de él.

He inquido, repito, por lo que sea en primero y último términos el ojo clínico, sin lograr la seguridad, menos la evidencia de ello, hasta darne cabal cuenta de qué para conseguirlo era indispensable salir fuera del campo de la clínica y aun prescindir del mismo ojo, a fin de considerar el asunto con mayor libertad y mirarlo de mejor modo desde un cercano vecino o desde una colina elevada, según se necesite con numerosa frecuencia, en afanes de esta naturaleza, cuando miramos por el sentido y los linderos de las altas posiciones mentales.

No me di cuenta de lo que era, hasta cuando reparé en cómo la real esencia del ojo clínico es una fuerza creadora, más

dominio de la humanidad, las técnicas de lo corporal en su  
a lo largo de toda su vida y a lo largo de lo espiritual.

El autor de esta obra se ha esforzado en dar un  
vino inmortal durará en el alma de los profesores-  
distinguidos que con la permanencia de las actitudes  
matemáticas y de los otros motivos catagóricos. Los que  
donde mental nueva se impone, así desde el día en que  
desaparece Gregorio Marañón; la vigencia de sus obras  
lo que él mismo a lo largo de su vida.

El acortamiento de esta obediencia a su memoria  
por tanto a su memoria y a su memoria y a su memoria  
la tolerancia no es un estímulo, sino ante todo  
edificación.

La vida de nuestro profesor quedará para nosotros como  
una muestra de lo que logra la actividad sana de la  
conciencia guiada por la actividad de la mente. La  
positividad pura de la investigación, de brazo con la herencia  
ta entrega del investigador a su tarea, no merecen quedar  
en el plano, casi inerte de la demostración de tal o cual  
hipótesis. Necesaria levántase sobre el paves de la vida  
activa e inteligente, de la existencia del sabio que no tiene  
otra justificación fuera de la entrega al bien de los demás.  
Bien que los catedráticos deben realizar con estricta obli-  
gación, en el grado de sus potencias y de su energía crea-  
dora.

Este es la mayor enseñanza del sabio a quien no olvi-  
daremos. Su memoria presidirá la investigación positiva  
y la investigación especulativa, ambas desinteresadas en  
sí mismas en cuanto proceso mental, pero ambas sometidas  
a la obligación de redimirse, de levantarse, de ennoblecerse  
en la finalidad humana que lograremos fundir en el corazón de ellas.

He aquí, pues, la alta enseñanza de Marañón: haber  
demostrado con elegancia y sin quebras la posibilidad de  
convertir la Ciencia en Etica, la ocupación profesoral en

de los métodos analíticos y una posibilidad interpretativa por parte  
intuición, más allá de toda pedantería y de cualquier atonía de  
métrica. Para cumplir este hallazgo — lo digo sinceramente — me fue  
requerido un largo camino entre los sentidos lógicos y lógicos del  
verbo ver y de algunos otros que con el mismo hacen familia. In-  
te en el mundo de las ciencias: ver, comprender, mirar, buscar. In-  
vestigar, totalizar, adivinar, intuir. Hallando a los dos últimos  
de lo más atractivo y alado entre ellos.

## Un Médico y dos Pintores

A la esclarecida memoria del Dr. Gregorio Marañón, sabio  
conocedor del cuerpo y del alma.

### Encomio del ojo clínico.

En reiteradas circunstancias he inquirido por la calidad y las  
condiciones del mentado y veneradísimo ojo clínico, suerte de sal-  
vavidas y milagroso recurso de los profesionales y maestros en una  
de las más antiguas al par que conspicuas tareas humanas, y talis-  
mán efímero o esperanzado con el que se amparan los naufragos  
de la salud, antes de asirse a la ciencia positiva del médico o al  
saber ambiguo del curandero. Y nombro a éste, porque a despecho  
de la actual usanza, el curandero fué uno de los más sagaces sa-  
cerdotes del bienestar corporal, muchísimos siglos antes de Hipó-  
crates y otros tantos después de él.

He inquirido, repito, por lo que sea en primero y último térmi-  
nos el ojo clínico, sin lograr la seguridad, menos la evidencia de ello,  
hasta darme cabal cuenta de que para conseguirlo era indispensa-  
ble salir fuera del campo de la clínica y aun prescindir del mismo  
ojo, a fin de considerar el asunto con mayor libertad y mirarlo de  
mejor modo desde un cercado vecino o desde una colina elevada,  
según se necesita con numerosa frecuencia en afanes de esta natu-  
raleza, cuando miramos por el sentido y los linderos de las altas  
posiciones mentales.

No me di clara cuenta de lo que era, hasta cuando reparé en  
cómo la real esencia del ojo clínico es una fuerza creadora, más

allá de los meros análisis, y una posibilidad interpretativa por pura intuición, más acá de toda pedantería y de cualquier autoridad dogmática. Para cumplir este hallazgo —lo digo sinceramente— me fué requerido un largo camino entre los sentidos lógicos y léxicos del verbo ver y de algunos otros que con el mismo hacen familia ilustre en el mundo de las ciencias: ver, comprender, mirar, buscar, investigar, totalizar, adivinar, intuir... Hallando a los dos últimos, de lo más atractivo y alado entre ellos.

Luego después comprendí que el ojo clínico no era tesoro exclusivo del médico o de quien hace el papel de tal en los planos de la medicina práctica o en los de la profunda interpretación del cuerpo humano. Y me percaté de que tal guisa de ocular apuntaba, además y con fuerza, sobre las ciencias teóricas —las especulativas de manera especial—, luego después sobre los hechos de cualquier índole y, principalmente, sobre el arte en cuanto obra humana cargada de pasión y de significado.

En tantas circunstancias he inducido por la calidad y las... Cuando vi esto último, se abrió el camino ante mis ojos, vi más claro cómo y por qué dentro de la historia de la medicina pululan, como entrelas de primera magnitud, en noche veraniega, los médicos dedicados a interpretar la cultura, peritos en la humana y cabal intelección de aquel trozo de cosmos tan sonoro y silencioso que es cada uno de nuestros prójimos. Tres tipos de hombres se encuentran más egregiamente capacitados para tamaña tarea: el sacerdote, el médico y el artista. Tres tipos de humana sabiduría, quizás insuperable. Y por lo que toca al historiador y al filósofo, supe así mismo que si no se tornan en sacerdotes, médicos —aunque sea en meros curanderos— o artistas, marcharían siempre a la zaga, a la cola del batallón transido de ritmo temporal, incontenible, tumultuario, batallón de hombres y de sombras que pasan sin cesar y sin cesar se renuevan.

La capacidad de avizorar en esta motilidad lo que, tal fondo y sin decirlo, explica la apariencia; la fuerza de robar, al paso, el guiño definitorio que el enigma dispara desde su más oscuro recato; la tenaz espera al borde del camino, hasta dar con la sutil esencia de la compostura, de la conducta o del más nimio proceder: he allí tres, por lo menos tres condiciones que hacen del ojo clínico una constante, universal y esquiva, un tesoro de armonía y claridad ful-

minea, una fuente de amable servicio a las causas silenciosas de la biografía singular, a los fines sagrados de la persona apresurada por el ansia de autoedificarse, a los intereses del grupo social menesteroso de guía.

Pero hay una particularidad. Y es que dicha manera de ojo, este tacto directo y sabio —puede decirse así, pues toma un contacto inmediato, o sea es una suerte de tacto—, presenta dos fases según el mundo en que se ejercita con alacridad de gesto persuasivo y casi travieso. No sólo penetra en el reino de lo humano actual y vivo, sino que se ufana de abrirse paso en el mundo nebuloso y atractivo de lo cultural pretérito, vivificándolo. Tacto fisiognómico llamaron Goethe y su círculo de amigos, a esta manera de resucitar a lo histórico, intuyendo más adentro de lo puramente documental.

Sin embargo, después de definir tal método de resurrección, sus creadores no hicieron del mismo un empleo extenso. Esta sutil guisa de penetrar en el cuerpo de la cultura y de sus obras quedó reservada al clínico moderno, guardándole también el premio y el placer implícitos en el esfuerzo genial de interpretar la vida con lumbré de ciencia y de belleza al propio tiempo. Y junto al clínico, cuenta el historiador convertido en clínico de las culturas. Marañón y Spengler, Karl Jaspers y Worringer: he allí algunos nombres, entre los más significativos.

### Por el diagnóstico a la hondura estética.

Se ha vuelto casi un tópico hablar, entre profanos, de medicina psicosomática: los legos, con la escasa psicología que almacenamos en el bachillerato opinamos, donosamente, en asuntos de tanta hondura, para subrayar uno de los signos del tiempo actual, donde los antibióticos, las vacunas y las vitaminas sirven de cómoda antesala del ignorante, ávido de hollar recintos secularmente herméticos.

Los de la profesión, en cambio, se burlan del aficionado hablándole en griego o en el más enrevesado latín arcaico. (Esto no quiere decir que todo médico sepa las lenguas sabias, ni asegura que entre ellos no haya enorme ignorancia de humanidades). Resulta dramática la acometida del vulgo a la ciencia médica, y más aún la martingala terminológica del profesional que se bate en reti-

rada envolviéndose en la nube de oscuros y enrevesados tecnicismos. Estrategia análoga a la de Homero que defendía a sus héroes predilectos con una divina nube protectora; o estrategia que repite la malicia de los sacerdotes egipcios —poseedores de la ciencia hermética— empeñados por vencer a la escritura demótica gracias al artificio de la jeroglífica.

Creo, sin embargo, que esta acometida no es grave, ni siquiera amenaza en serio el recinto sagrado de la medicina. La audacia lega de los aficionados no traspasa la nomenclatura o la etiqueta de los medicamentos, si es que, excepcionalmente, va allende la literatura médica o el artículo de divulgación propalado por una revista vulgar, como es lógico. Ante la avalancha de la afición ignara, conviene repetirle al médico lo de Ricardo Palma al poeta asustado por la chusma versificadora, que avanzaba oronda de saber cortar renglones "de medida iguales" con "sendos consonantes en las puntas", al mismo tiempo que olvidaba aquello sobre lo que el humorista limeño fincaba el valor de la poesía en su tiempo: "y en el medio? En el medio, ese es el cuento, hay que poner talento".

He aquí lo que a todos los aficionados nos falta, cuando argumentamos con **ignorancia del elenco**. Y he aquí, también, reafirmada la seguridad del médico: una cosa es saber de medicinas —información—; ótra, saber manejarlas en un caso dado —profesionalismo—; y ótra, pero muy ótra, saber qué cosa sea un hombre enfermo, un hombre sano y, lo más elemental y difícil, qué sea el secreto psicosomático de cada prójimo. Y saberlo por intuición directa, aun contra los datos errados o falsos que el interesado ofrece al observador, con pasmosa frecuencia. En pocas palabras: saberlo todo, a pesar de todo. ¿Cabe mejor reparación a la dignidad del médico, un tanto maltrecha por la ampulosa e indiscreta propaganda comercial?

Hay ahora, como antaño hubo también, un no saber profano y general, encarándose a un saber inteligente y reservado a pocos; una cierta no sabiduría niveladora, una no sabiduría rebelde a sentirse ignorancia, opuesta a tal o cual sapiencia de selección encerrada en castas o en clases, según las circunstancias o los tiempos. La palabra con que los griegos dieron en designar este tipo de sabiduría, se ha universalizado en todas las lenguas y se ha especia-

lizado, a la par, sólo en la medicina. Se trata de la voz **diagnóstico**, término que significa, estrictamente, conocimiento.

Ahora, refiriéndome a lo de antes, recordaré que quienquiera está en capacidad —y hasta en el derecho— de saber de medicamentos, quizás en potencia de administrarlos, aunque sea en determinadas circunstancias. Pero en lo tocante a diagnosticar —sapiencia suma—, todos dan con el imposible, si no acuden al auxilio del ojo clínico. La faena de diagnosticar, por ello, siempre se ha visto rodeada por un ambiente de indiscutible superioridad religiosa o científica, tanto que el vulgo y el no vulgo han descubierto, respetuosos, en el clínico al poseedor de una fuerza de penetración no común, rara y, por eso, muy buscada.

Tal es el sostén de la alta jerarquía mental sabia —más que científica— de don Gregorio Marañón: diagnosticaba con ojo clínico, no sólo en el campo circunstancial o concreto de la realidad presente de sus enfermos, sino, y con maestría sin igual, sobre el cuerpo yacente de los sucesos culturales pretéritos, arrancándoles voces antaño no escuchadas. En uso de sus fueros de sabio conjugó las dos técnicas de diagnosticar —el presente vivo y el pasado revivido— en una fórmula de actualidad universalista, de modo que, por boca del insigne médico, la biografía y el arte hablaron confesándose, descubriendo aquella parte de alma que el hombre trata de mantener oculta.

Que Marañón poseyó claramente la conciencia de lo que así lograba, es evidente, pues cuando habló, y con qué nobleza, de un espíritu gemelo al suyo, aunque de menor talla y alcance intelectuales, el lusitano Reynaldo dos Santos, escribió estas líneas irrefutables después de que hemos admirado su obra de médico y artista de la vida humana:

"...lo que no tiene duda es que en Reynaldo dos Santos el ver tantos cuadros y tantos mármoles y bronces hechos humanidad inmortal; y el sentirlos y el pensar y el discutir sobre ellos le ha ayudado, casi tanto como el estudio de la anatomía a ser un gran cirujano y un gran médico".

Dejo para los profesionales la tarea de estudiar los diagnósticos de Marañón sobre el cuerpo vivo y concreto de las cosas y de los



seres presentados a su sorprendente sabiduría de médico. Aquí me limitaré a caminar junto al original intérprete de la cultura, que nos enseñó un nuevo capítulo de la misma, al analizar el arte con profundidad psicológica moderna, sin caer en los excesos de una multitud de pseudosabios, no investigadores y abundosos de palabras y tecnicismos inapropiados a la maravilla espiritual. Y me limitaré a este recorrido, primero porque no soy profesional de la medicina y, segundo, porque mi ánimo es ejercitar junto al maestro mi análisis, a fin de aprender de él su clara enseñanza universalista, su método de humanidad completo y actual, su forma de ver los hechos en panorama, uniéndolos de pasado a presente, con estructurada visión de hondura.

Cuando una inteligencia dotada con esa suprema capacidad que es la de síntesis universalista, dueña, además, de visión panorámica y organizada, cuando una inteligencia de tal naturaleza cultiva alguna ciencia especial y la particulariza a fondo, nunca lo hace como si ésta fuera parcela aislada en la mente humana o entidad hermética y sin contactos con lo universal, sino que la trata como si fuera la arista de un gran bloque, o la amelga de un campo de cultivos, o un retazo del firmamento donde todas las luces suman una sola inmensa luz, sin violar la subjetiva y singularizada claridad de cada una de ellas.

Un médico, dotado de ojo clínico, especializado en ahondar en la vida psíquica de sus prójimos, generaliza sus mirajes y encuentra al sujeto de sus investigaciones envuelto —mejor dicho cubierto, encubierto y descubierto— por sus propias obras y por sus auténticos productos morales, intelectuales, éticos y estéticos; además, le halla en el pretérito, le analiza hondamente y de tal análisis extrae luces para esclarecer oscuros rincones del arte y de la historia: he allí cómo don Gregorio Marañón, auxiliado por el diagnóstico, llegó a crear una flamante interpretación estética.

Y digo estética, a solas, porque estoy convencido de que cualquier análisis valorativo del arte lo es, juntamente, del hombre que lo produce. Uno de los errores viejos, sólidos y respetables de la estética tradicional ha sido, sin duda, creer en la existencia de un arte en sí, fuera de su fuente vital, arte como naturaleza y hasta como sobrenaturaleza. Los estetas han mordido innumeradas ocasio-

nes, y sin resultados noble, los lienzos, los mármoles y los bronce: de allí que el conocimiento interno del arte haya sido tan difícil, haya dado resultados tan poco dignos o haya degenerado en insustancial charlatanería.

Marañón, que nunca soslayó su condición de maestro e hizo de su vida la mejor cátedra universitaria, junto a sus enseñanzas científicas y a sus lecciones de ética, nos deja una doctrina, doctrina avalada con la práctica de virtudes manifiestas en hechos de primer orden: la necesidad, casi absoluta, de rebasar los recintos del especialismo, la urgencia mental y moral de romper los moldes profesionales, el deber de todo hombre inteligente a contribuir a la educación colectiva, exaltando el ánimo circundante desde los planos de la verdad científica hasta los niveles de la comprensión filosófica o de la interpretación estética. El maestro matritense, de tal modo, ha coadyuvado a demostrar un suceso que hoy va cobrando la mayor nitidez: o sea, la jerarquía mental elevada que puede adquirir el especialista si se decide a romper con el especialismo.

### Don Gregorio Marañón y la pintura.

¿Por qué dedicó su penetrante análisis, más que a la literatura, a la pintura? ¿Y por qué no a la escultura? El ahondamiento en la vida humana pre-érita, usualmente se practica por medio del documento escrito. Y si, como en el caso de Marañón, se busca la hondura del alma gracias a la configuración del cuerpo, la escultura —suma corporeidad en el arte— parece hallarse más al alcance de la mano. Sin embargo, el médico español prefirió caminar por intermedio de la pintura hacia la intimidad de unos personajes históricos, sin que esto le haya menguado arrestos para afrontar la biografía de otros, desde el plano estrictamente literario-documental.

Cuando vemos un cuadro, pensamos hallarnos ante el arte de más fácil captación. Haya comprendido o no, escuchamos de labios del contemplador frases como éstas: yo nada sé de pintura, pero a mí me parece esto o lo otro o lo de más allá. Frente al cuadro nos sentimos con mayor seguridad que ante una estatua. Mas, si acto seguido solicitamos del contemplador la descripción de lo contemplado, echaremos de ver la pobreza de su captación: faltarán varios aspectos del asunto principal del cuadro, faltarán numerosos

detalles, se atropellarán los significados y, tal vez, los colores y las figuras no se habrán apreciado con elemental sensibilidad.

En suma, nos daremos cuenta de que el cuadro no ha sido contemplado, ni siquiera mirado sino, apenas, visto o entrevisto. El hecho es lamentable y frecuentísimo y no hace sino traducir el trato irrespetuoso que damos a la naturaleza y a cuanto nos rodea, por entrar en la órbita de la trivialidad. Y la pintura se ha vuelto trivial por su multiseccular convivencia con el hombre, desde la época de las cavernas. Por eso ha perdido su magia y resucitarla, ahora, es obra de centenares de maestros e historiadores del arte, dedicados, empeñosamente, a escribir libros y más libros en los que se ejercita al aficionado en la complicada labor de mirar un cuadro. Al notar este hecho, estaremos al cabo de saber que la comprensión de la pintura es tan difícil como la de la música. Y estaremos, además, en posibilidad de adivinar por qué Marañón, sin pretender ningún imposible consagró su intuición a la obra de arrancar voces profundas y conmovidas a la pintura, auxiliado por el análisis psicosomático.

Más allá de lo que constituye la armazón técnica de un cuadro —como ser color y figuras, luz y sombra, perspectivas y matiz, etc.—, y coronándolo todo, el observador inteligente descubre que la pintura es un arte dual, de dos recintos concavos, donde uno a modo de vestíbulo, conduce a otro, al aposento o cámara del secreto. O sea que la pintura —para decir con término ceñido al asunto— es arte de **soma** o de corporeidad y, al mismo tiempo, de **psique** o de hondura espiritual. Al pintar, el artista presenta objetivamente un significado plástico, destinado a cubrir y a revelar, juntamente, un signo que reposa en el misterio psicológico profundo.

La pintura es arte de **soma**. Esto nadie lo niega, ni los abstractivistas. Representa cuerpos: desde los geométricos, hasta los humanos. Y en las horas históricas excelsas se consagra, casi sin excepción, al retrato o a la figura humana. Pero la escultura imita, con igual o mayor morosidad, los mismos modelos, lo que le hace, también, ser un arte de **soma** o de corporeidad. ¿En qué se diferencian, pues, las dos expresiones? Conviene hallarla, para comprender la obra interpretativa de Marañón.

No es preciso ostentar caudalosos conocimientos artísticos para darnos cuenta de que la escultura —se podría decir de que la es-

cultura en sí, libre de las otras artes, la arquitectura, por ejemplo—, nació entre los griegos y que, desde el primer momento fué un arte canónico. Y como ocurrió en el área mental de las matemáticas pitagóricas donde cualquier hallazgo se encerraba en fórmulas, en el orden escultórico, más que en el arquitectónico, cualquier pequeño descubrimiento o el acierto más pasajero, se consagraba en normas o en cánones. Los cuales no eran, bien sabidos, sino medidas o proporciones, como dice la palabra original; y fueron sumándose sucesivamente, sin que la tradición los perdiera, desde la edad del arte llamado arcaico, hasta el instante de la máxima floración, llamada era clásica. Desde el anónimo arte de Tanagra, hasta el personalísimo de Policeto o de Fidias: todo es medida y proporción. Todo es cano, tan fija y certeramente señalado, que no se apartaron del mismo los romanos y los renacentistas.

Este rodeo histórico sirve para aclarar un suceso importante: o sea que, desde Grecia, la escultura ha idealizado únicamente con medidas depuradas, si se me permite decir, con medidas inductivamente logradas de gran copia de experiencias, hechas sobre los cuerpos mejor organizados o más bellos. Tales medidas no existieron nunca en un cuerpo humano, en uno solo, por griego que haya sido: son una de las más atractivas y armoniosas falsedades.

El **soma** de la pintura se logra con un proceso radicalmente opuesto. Los convencionalismos y la técnica de pintar el cuerpo humano, han arrancado, siempre, de la copia de un solo modelo. Por más idealizado que sea un retrato —me refiero a este caso, por ejemplar—, por lejano y extraño que nos pueda parecer el modelo, siempre existe y en singular. El caso de las Madonnas de Rafael o el de las Virgenes del Greco, me redime de cualquier prueba.

Como las medidas son menos concretas, como los cánones son de indole menos geométrica y aritmética, la idealización en pintura es de diversa indole también y, por ser arte de imitación directa, arte de sinceridad, dicha idealización resulta más difícil. Lo que hace del cuadro un documento más vivo que la estatua. Una galería de retratos esculpidos nos produce, al primer contacto, una acentuada sensación de cementerio. Una galería de retratos pintados, no nos sobrecoge nunca, antes, nos abre paso a efluvios vitales, a comunicaciones de alma a alma, entre retrato y contemplador. Las formas

de aproximación o de entendimiento corpóreo. difieren pues, hondamente, del cuadro a la estatua.

Pero la pintura es, además, arte de profundidad espiritual o de **psique**. La escultura vuelve a salirnos al paso para hacernos comprender mejor a la pintura. Ambas tienen tres dimensiones, ambas poseen profundidad o sentido de profundidad que lleva al observador hacia lugares internos, situados más allá de la superficie pulida o del plano del color, en un lugar ideal, que muchas veces no vemos con los ojos.

Lo tridimensional escultórico, a pesar de ello, retiene la mirada, obligándole a buscar dicho punto luego de pesquisarlo sobre los contornos materiales del cuerpo esculpido. La genialidad griega estuvo, precisamente, en descubrir que la plena comprensión corpórea se hacía sólo por la visión total del cuerpo en todos sus contornos, rodeándole con la mirada, captándole desde todos los frentes, engendrándole en la luz por todos los lados. La escultura es golosina visual, morosa contemplación de los ojos, fijeza suma, como todo éxtasis.

Sin incurrir en irrespeto alguno, aseguro —y este es un firme y viejo convencimiento— que al rodar nuestros ojos sobre todos los lados de un cuerpo esculpido, le robamos o le mermamos hondura. La comprensión de esto me vino, súbitamente, al contemplar, girando bajo iluminación adecuada, aquel divino resto de mármol péntico guardado en el Vaticano, y que en las guías del Museo consta con el título de **Torso de Hércules**, junto al nombre de Fidias.

En cambio, la hondura pictórica, acaso por obligarnos, con nuestra voluntad o sin ella, con nuestro conocimiento o sin él, a un camino ilimitado en el mundo de la perspectiva luminosa, acrecienta la hondura, la torna impalpable, la vuelve inespacial. Junto a la escultura nuestros ojos juegan una ronda. Frente al cuadro viajamos, inconteniblemente, hacia la profundidad, arrebatados por esa máquina imperceptible e irresistible que se llama perspectiva, acelerada por el motor maravilloso de los matices, cuya tenuidad aumenta con la distancia imaginaria.

La profundidad estatuaria es hondura que se tangibiliza en pla-

nos externos. La profundidad pictórica es lejanía y misterio que nos llaman a través de los matices, hacia una hondura a la que jamás acabamos de llegar en el extremo horizonte del cuadro, así no tenga horizonte, como ocurre en **Las Meninas** de Velázquez. Y es que la vigencia corpórea de la estatua nos narra, mientras que la sutil alusión del cuadro a honduras ilimitadas, nos obliga a la descripción.

Y hemos dado, aunque sea en términos de preceptiva literaria, con la fundamental diferencia de las dos maneras de expresión de lo corporal. La escultura es auténtica narración externa —que no equivale en este caso a superficialidad— afirmación de objetividad dinámica y decurrente. La poesía narrativa por excelencia, es decir la épica, desde Homero, es corporeidad. Sin reparo alguno se puede hablar de la corporeidad de la narración homérica. Vemos, si, vemos la **Iliada**, aun cerrando los ojos: la repetimos mentalmente más que en palabras, en figuras tridimensionales, en cuerpos ágiles, bañados de luz, claros, móviles, heroicos, hasta en su último detalle.

Si alguien busca una prueba más, la encontrará en el fascinante caso del **Laoconte**, última boqueada estentórea y magnífica del arte helenístico, labrada para el gigantesco Altar de Pérgamo. Pues bien, este colosal grupo escultórico, hoy guardado en el Vaticano, no obstante su atormentada y detonante expresión, tiene toda su hondura puesta en planos externos, lleva la intimidad del terror, de la angustia y del remordimiento en la faz del sacerdote Laoconte, que ve a sus hijos arrebatados por las serpientes sagradas, mientras él, impotente, expira sancionado en su cuerpo y en su alma. Si contemplamos el **Laoconte** y, en seguida, leemos el canto segundo de la **Eneida**, no sabremos quién es más puntual en contarnos la crónica del suceso: si Virgilio en sus incomparables exámetros, o si el anónimo autor del grupo escultórico. ¿Se quiere una prueba mejor de mi afirmación?

Contrariamente, la pintura es descriptiva. Tómense las esculturas más dinámicas, la del mismo **Laoconte** o cualquiera otra antigua o del Renacimiento, y compáreselas con las pinturas más estáticas —si es que las hay—, por ejemplo alguna de las imágenes religiosas flamencas del prerrenacimiento, y desde el primer momento se notará la diferencia entre narración externa y hondura descriptiva. Todo está dicho en la faz angustiada y dolorosa de Laoconte,

como todo está dicho y sin reserva en cualquier estatua. Y todo está por traducirse o todo hay que interpretar en el rostro sereno y plácido de una de las Madonas de Hans Memling.

En el cuadro todo está en función del todo: el alma religiosa del pintor con el motivo, el asunto evocado con las figuras, el fondo del cuadro con la figura central, el color de ésta con la posición de los detalles, la composición con la ejecución y, adentro, muy adentro, cierta luz indefinible que del corazón maternal de la Virgen alumbraba hacia afuera, baña de placidez al Niño, le acaricia más que con las manos, con el milagro del amor. ¿Hacia dónde mira y qué es lo que ve la Madona de Memling? Al fondo hay un paisaje que nos sugiere la visión momentánea de María, aparentemente asida al minuto infantil del Niño que juega con una manzana, pero dicha visión se halla muy lejos, en la realidad psicológica, traspasada su alma con la espada de la Profecía. Esta Virgen se halla al mismo tiempo en el templo del gozo y en los recintos amargos del dolor.

Resumiendo la impresión de las dos obras de arte: el rostro dulce de la Madona casi nada explica por sí solo, en cambio la faz de Laoconte dice todo lo que quiere decirnos.

Hay una expresión literaria que vale recordar en este momento: se dice de la novela y del drama que son **pintura de caracteres**. Pero la novela y el drama son, sin duda alguna, descripción, o sea intimidad; a diferencia del poema épico, circunstancial y saturado de cosas externas. El tópico expresado con las palabras **pintura de caracteres**, aloja una enorme verdad estética y psicológica: significa, mirando las cosas desde el otro lado, que es la pintura el modelo o el prototipo del arte intimista, del arte donde el **yo** sale hacia fuera, con el auxilio de una técnica imposible si se prescinde de aquel **yo**, que pone aquel **yo** donde no estaba y le explica en colores, figuras, actitudes, circunstancias... Ahora bien, donde quiera se alude al **yo**, en la forma que fuere, hay descripción.

Ya sabemos, entonces, por qué un médico sabio en diagnosticar honduras humanas, había de preferir para sus interpretaciones psicosomáticas un arte tal como el pictórico, antes que otro de exterioridad.

### El método clínico-estético de Marañón.

Cualquier exégesis discreta y realista de la interpretación psicosomática puesta en uso por el sabio catedrático matritense ante la pintura, comenzará por reconocer que, acaso, no fué un método puro, sino interesado, científica y biográficamente, el que puso en práctica ante dos pintores españoles, dos pintores opuestos no sólo en sus técnicas sino en lo que expresaban y en el modo espiritual de concebir el mundo: el Greco y Velázquez. Oposición que sirve para comprender mejor, o en totalidad, el alma española de los siglos imperiales maduros ya y otoñados, en un largo tiempo que va entre los finales del siglo XVI y los finales del siglo XVII. Oposición, en fin, que saca verdadero a Aristóteles en su enseñanza más que dialéctica, psicológica, según la cual las cosas se diferencian por aquello que tienen de común.

Y luego de señalar el punto de partida, interesado científicamente, preocupado por iluminar una biografía determinada en determinada dirección, se deben señalar los procesos del método de Marañón. En primer término se halla un empeño de fundar, irrecusablemente, el dato histórico sobre la realidad tipológica del personaje analizado. Las crónicas y las antiguas biografías abundan en etopeyas y en retratos literarios de los personajes importantes. El mismo Marañón usó de tales documentos en sus estudios biográficos de Enrique IV de Castilla, por ejemplo. Mas, tratándose de revivir somáticamente a un sujeto histórico, para luego entrar en su alma por la puerta y las ventanas de su cuerpo, la literatura, sin reparo alguno, cede la preferencia a la pintura.

Durante siglos se ha escrito la historia o la biografía con prescindencia de la relación entre el cuerpo y el alma, relación no solamente intuitiva muy antaño, mas comprobada por la experiencia de los médicos griegos, como ser Hipócrates. Pero de tal curiosidad no se dedujo una aplicación general, por la fuerza de la costumbre y por el respeto o temor reverencial a los filósofos que, desde muy al comienzo de su historia, enseñaron no haber ciencia de lo singular. El procedimiento fué, pues, emplear documentos escritos y autoridades literarias. De esta antesala se sirvió Marañón y pasó adelante, usando documentos un poco más reales y fáciles de revitalizar, como son los retratos pictóricos, que se prestan a la observación tipológica.

Un puntal nuevo se empleó de tal manera, fijándolo en los sitios donde claudicaba la biografía, por penuria de iluminación interior. El cuerpo es la mejor lámpara del alma, para quien sabe observarlo. Un médico hábil en auscultar los silentes ruidos de la vida por debajo de la piel, si se ejercita en el diagnóstico de las figuras mudas y estáticas al parecer, dentro de un cuadro, hará lo mismo que Marañón si dispone de igual capacidad contemplativa: comprender muchos secretos de la intimidad espiritual por la figura externa. Sin documentos o en contra de ellos, logrará, entonces, pronunciar veredictos que la historia acogerá complacida y satisfecha.

Los retratos pintados por los grandes maestros, reúnen valores documentales suficientes para rehacer la vida del personaje retratado. Antes de que Marañón y algunos otros agudos observadores del biotipo aplicaran su análisis a los cuadros, se tenía por cosa corriente o aceptada como precepto en el arte de escribir biografías, que el biógrafo, en plan de reconstructor espiritual, podía decir además de lo que era verdadero y constante, cosas que si no fueron ciertas, pudieron darse dentro del estilo personal o del temperamento del biografiado. Pero hoy, luego de las extraordinarias búsquedas y de los hallazgos sorprendentes que patentiza Marañón en sus libros sobre el Grego o sobre el Conde-Duque de Olivares, la arbitrariedad de los biógrafos ayunos de hondura y de métodos analíticos profundos, ha quedado al margen de lo que llamamos verdad humana. Servirá tal arbitrariedad, cuando más, para seguir manteniendo ese arte de segunda o tercera clase, que se llama biografía novelada, donde el intérprete asume el dudoso derecho de afirmar cuánto le place.

¿Qué tiene de profundo un retrato, que el psicólogo no alcance a leer en la fisonomía y en los rasgos somáticos? Me refiero, desde luego, al buen retrato y al buen psicólogo, porque se ve con frecuencia al antojadizo o al simplemente audaz acudir, sin decoro, a métodos fuera de su alcance. Pero en términos de seriedad y discreción, acaso nada quede fuera de la mirada de un diagnosticador certero, que lee en el alfabeto corporal las íntimas razones de existir y las últimas finalidades de obrar, tanto del personaje histórico, cuanto del hombre sin relieve, iguales ambos en ésto de ser y de actuar.

Hubo antaño algo parecido, un arte de hondura en que sobresalieron también eminentes españoles. Me refiero a la casuística de los maestros de moral, sutiles observadores de la interioridad humana y de las minucias del acto y de sus trámites, con el fin de revelar el significado verdadero tanto de la conducta, como de los propósitos del pecador. Aplicada a la sacramental *catharsis* de la confesión, la casuística, vista como un arte de analizar psicologías, se adelantó cosa de cuatro siglos a la moderna comprensión del hombre retratado en sus obras. Al fondo de los detalles acumulados por uno de los grandes casuistas, el Padre Suárez, por ejemplo, se revela el empeño modernísimo de comprender el todo organizado y único de la persona, por el acto al parecer más fútil, que traduce inequívocamente la completa y leal intimidad.

El método clínico-estético de Marañón, fiel en ésto a la interpretación del todo por la parte —sin cometer ningún tropo ni otra licencia de lenguaje o de pensamiento—, busca el yo íntegro de sus biografiados en la apariencia externa, en el gesto recogido por el lienzo y fijado allí como una sempiterna confesión. Y como buceaba honestamente, con esa honradez que al científico presta el historiador y, viceversa, al historiador el científico, hallaba pulcramente y con toda limpieza lo denunciaba, hallaba no lo que él se proponía a priori, sino la directa verdad del sujeto interrogado: es decir no la verdad que interesa comprobar al autor de la hipótesis, sino la única y cabal verdad que interesa a la historia. En otras palabras: la del biografiado, no la del biógrafo.

Para hacerlo, el sabio español colocó en un plano de igualdad dialéctica e interpretativa tres fuentes desperdigadas, a las que logró dar una misma corvación: pintura, psicología y diagnosis clínica.

### El Greco, o la psicología de la expresión.

Me place alinear aquí una segunda trilogía: un pintor, un médico y una ciudad. El Greco, Marañón y Toledo. No los reuno yo. Al cabo de años se encontraron estas tres realidades vivas en una faena que puede sintetizarse así: el Greco llamado a penetrar en el alma de misterios sumos de la extraña ciudad de Toledo; Marañón, destinado a correr el velo psicobiográfico del truchimán o mágico traductor de dichos misterios; y Toledo, imperial, vieja ciudad donde

el alma clásica, llevada por los semitas, se volvió europea, vieja ciudad dolida y acrisolada, crisol de razas ella misma, sumida en el polvo y contemplativa, quieta al parecer y desvanecida de recuerdos.

Hay un hilo conductor: el misterio. Lo misterioso de la vieja ciudad vista en forma alucinada por Dominico Theotocópuli, vista con reiterada frecuencia, imitada en decenas de lienzos, vista en sí misma o como un sueño desrealizado al fondo de enormes creaciones pictóricas; lo misterioso de una urbe que alberga un arcaico espíritu oriental —lo más oriental del soterraño aliento de España—, ¿coincide con el alma del Greco, o éste suma el suyo al misterio de la urbe? Porque la verdad es que Toledo y el Greco poseen la misma sustancia, están hechos del mismo material de ensueños, como dice Shakespeare. Solamente así pudo darse la identificación plena entre la ciudad y el artista, como no existe ótra en la historia de la pintura. Ni Rafael, ni Leonardo, ni el Tiziano emparejaron con su alma el alma de sus lugares nativos, del modo como Dominico, un cretense, mitad griego y mitad judío, toledano de adopción, llegó a incluir en su vida interior el misterio de una ciudad, hasta el extremo de que, al término de tres siglos, podamos hablar aún del misterio de la pintura del Greco, sin caer en esoterismos ni extravagancias de ninguna clase.

Pero, ¿qué misterio es el del Greco? Las respuestas numerosas y, al parecer, autorizadas han menudeado sobre una presa tan asible. Han ido desde las interpretaciones patológicas del estrabismo, hasta las psicopatológicas de la locura o del delirio, pasando naturalmente por el meridiano del misticismo o del deliquio amoroso. El Greco era un loco; no, solamente pintaba locos. El Greco era un estafalario; no, solamente pintaba los modelos hispano-orientales que abundaban en el Toledo de aquel tiempo. El Greco era un monomaniaco; no, solamente era muy metódico en su vida y muy prolijo en su técnica y en cuanto miraba a su arte de pintar. El Greco fué un hombre liviano y divertido; no, fue el austero y solitario contemplativo y contemplador de la ciudad, de sus creencias, de sus gentes y de sus modales. La letanía de antinomias podría crecer mucho más; pero seguiría siendo sólo una muestra del cúmulo de opiniones encontradas, que han surgido en torno del extraño pintor, en una bibliografía que casi es innumerable.

Está fuera de mis alcances echármelas de zahori y descubrir aquel misterio. Mi intención se limita a recordar solamente, la correspondencia que halló Dominico Theotocópuli en el alma de don Gregorio Marañón, también aprisionado, como Mauricio Barrés, por el secreto de Toledo, es decir por el llamamiento inaudible, pero irresistible del Greco.

La pregunta capital de Marañón al inquirir por el sentido de la ingente obra del cretense es ésta: ¿correspondió la pintura del artista a su esquema psicossomático? ¿Lo que está en sus cuadros, tan numerosos, tan insulares, tan atractivos, representa al medio, a la tradición, a una determinada escuela pictórica, o es participada con alguien, o es sólo del Greco o, mejor, no es más que el mismo Greco, por entero, únicamente él, sin antecesor y sin segundo? Y en el caso de ser así, como desde el primer golpe de vista se ofrece al atento contemplador, ¿qué era o cómo era el Greco? ¿Un duende, una estantigua, un endriago, un brujo, un embrujado, o un simple hombre de carne y hueso con sus problemas espirituales y corporales?

La respuesta del catedrático madrileño, relativa a la ingente y enigmática producción del pintor, se halla esparcida en numerosas publicaciones, eruditas, profundas, sabias, que han visto la luz en libros y en revistas de muchos lugares, especialmente de España y de Francia. Pero casi todas ellas se encuentran reelaboradas y alquitaradas en el bello libro *El Greco y Toledo*, uno de los últimos que dió a la estampa el insigne maestro. No voy a resumir la respuesta de Marañón, y a las publicaciones de él remito a quien tenga interés por el problema, tan humano por un lado y, por ótro, tan lleno de misticismo.

Con todo no me atrevo a soslayar lo esencial de la respuesta: el Greco es uno de los pintores que al pintar, más se pintó o se tradujo en su obra, que consiste en una sola confesión sentimental y mística, sostenida en varios lustros de apasionada búsqueda de la verdad interior. El Greco fué un pintor que, seguramente, no necesitaba abrir los ojos a la luz externa y sumergirlos en el torrente de las cosas brillantes, como es general entre pintores. Peregrinó hasta anclar en Toledo, ciudad de penumbras históricas, braviamente subida a una escarpa y arrebujada casi siempre con un cielo plúmbeo; y aquí vivió, trabajó y murió, luego de haber dejado a

sus espaldas la maravilla esplendorosa del Mediterráneo donde nació, y la otra maravilla donde educó su aptitud de pintar: Creta e Italia. Las dejó por su claridad, por la luz disuelta en las cosas entre las que sus ojos no podían ver —sus ojos de nictálope voluntario o de nocturna ave sagrada de los ritos del color.

El esquema psíquico del Greco debió de coincidir con su esquema somático: sólo así puede explicarse aquella contorsionada humanidad de compleja carne desnuda —ángeles, mártires, Magdalenas, Cristos— levantándose indefectiblemente hacia las alturas indefinibles; materia torturada hasta dar en espíritu, y espíritu condenado a traducirse por voz de la materia; cuerpos en pos de esperanzas ascendentes, y almas en pos de alturas casi imposibles; ar. or que es llama, y carne que se alarga con dolor y color de llama; ojos que ven más allá, abiertos para las lágrimas y clausurados para el milagro del sol; ropajes convertidos en piel sensible, sobre carnes descarnadas o sobre cuerpos descorporizados. En suma: lo corpóreo en trance de excorporizarse. Tal es la enciclopedia figurativa —que no corporal como la de todos los pintores— creada por Dominicó Theotocópuli.

No hay psicología humana que mejor se haya expresado, ya siguiendo la línea normal de las figuras, ya transformándolas oníricamente en sustancias extrañas, suprahumanas algunas de ellas, pero sin despeñarse por una absurda concepción antirrealista. Al fondo de su misticismo, retorcido y todo, complejo por demás y peregrino, la conciencia de la realidad nunca abandonó al místico o al soñador en sus horas de más arrebatado delirio espiritual, o en sus minutos de más ascendido amor terreno. Igual cosa ocurría con Santa Teresa o con San Juan de la Cruz: místicos, paradójicamente equilibrados por una incontrastable realidad.

Las sombras del Greco son lo más transparentes de la pintura universal: parecen agua profunda y clara donde notamos el movimiento de las algas sensitivas. El latido de esas criaturas vegetales, que son la arquitectura de las ondas límpidas, marcan el ritmo de los lamentos musicales de la luz entre las penumbras acumuladas por el Greco: sus rojos y sus verdes son color y temblor de algas marinas.

Nada se nos escapa de la hondura de su alma, así el cretense acumule sombras en sus cielos o llamas tenebrosas en sus santos. Todo es claro en la pintura más llena de buscada sombra. Y gracias a tal claridad sabemos que el pintor fué la víctima del tormento de llegar a donde no se puede con el cuerpo, de buscar un fin que rebasa nuestro tiempo, de inquirir por un sendero impropio de la planta humana. Era una búsqueda de lo inasible, una esperanza jamás colmada, una pregunta sin respuesta mundanal. La voz del Greco, por eso, no halló respuesta en la pintura: fué y continúa siendo un pintor solo y sin escuela.

El cuerpo y el alma del Greco, tal como su vida y su obra, son una sola e inmensa pregunta, la perpetua inquisición, un punto interrogante que sin término se renueva con cada golpe de la sangre dentro de las venas. Lo más diáfano de su pintura es esta actitud de apertura al infinito, la expresión psicológica presente en cada cuadro, en cada personaje, en cada color y en las movientes sombras que los contrastan. Por lo que a mí se me alcanza, esta actitud interrogativa es la más nítida en la obra del cretense.

Recordaré algunos detalles, los más salientes a la elemental consideración. Por ejemplo: los pies. La enorme cantidad de pies desnudos que se ven en los lienzos del Greco, se hallan casi todos en trance de levitación, como demostrando que todos ellos imprimen un movimiento de búsqueda hacia arriba, de lanzamiento, de interrogación sobre el haz de la materia. Voluminosos cuerpos se balancean sobre un pie apenas pegado al suelo, como enormes interrogantes, abiertos a la curiosidad, apoyados en un leve punto. Cualquier pregunta es, siempre, un trance de levitación.

Las cejas. Las cejas de los personajes retratados por el Greco, se levantan en exagerados arcos hacia arriba, parecen arcos de herradura, orientales, y denotan la espera de una respuesta afirmativa. Las cejas son, pues, interrogaciones, como arcos tensos, listas a disparar la saeta de unos ojos, también inquisitivos, ojos de ansiedad insatisfecha, o de místico arrobo, o de irónica discrepancia con la materia.

Y las manos, las portentosas manos del Greco, revelan la suprema inquisición del gesto que va más allá de la persona y no

quiere caer en el vacío. Las manos de esos lienzos del pintor cretense son como el vuelo: el ansia de más allá y la pregunta por algo que parece irremediabilmente incognoscible.

Volviendo ahora al sabio catedrático de la Universidad de Madrid, puedo asegurar que un afán inquisitivo, siempre alerta y actuante, le adhirió con viveza al espíritu extraño de Dominico Theotocopuli: los dos fueron hermanos gemelos en la necesidad de preguntar constantemente. El pintor místico y el catedrático buceador de honduras espirituales, se parecían en la insatisfacción o en el disgusto por las apariencias, en la mensura de profundidades, en el alumbramiento de las espeluncas anímicas, en el arte de explicar los cuerpos por medio de la oscuridad de las almas, y éstas por la clara apariencia de aquellos.

El Greco y Marañón son dos vidas en actividad interrogativa permanente. La cátedra del médico y el taller del pintor servían, con prioridad cotidiana, para lanzar preguntas al mundo callado de los prójimos, a su existencia hermética, a su oculta definición. El Greco para llevar por la muestra al éxtasis. Marañón para llevar del resultado a la enseñanza.

El lector atento de las tesis del profesor madrileño y de las doctrinas morales en que siempre solía respaldarlas —Marañón es el ejemplo moderno de un médico o de un hombre de ciencia que jamás hizo ciencia sin vincularla éticamente al hombre—, se da cuenta de que nunca fué el profesional satisfecho de su ciencia, o el profesor pagado de su oficio. Solía repetir que la presencia de un deber es válida sólo en tanto nos lleva a crearnos nuevos deberes que nadie nos impone. Y su primordial tarea, con la que construyó un imponente número de deberes libremente impuestos por su libre voluntad, fué la de interrogar, la de inquirir en los cuerpos a fin de llegar a las almas. Supremo servicio de iluminación.

La trayectoria artística del Greco demuestra a quien sabe contemplarla, un afinamiento de la intuición y una capacidad para ingresar en el alma del prójimo, siempre más firmes, progresivas desde los primeros lienzos, hasta las obras de la madura plenitud del pintor. La meditación despaciosa de los libros, sea científicos, sea históricos, sea críticos del catedrático, nos demuestra del mismo

modo, el camino ascendente y sin reposo del maestro que primero vivía lo que después enseñaba. Ahora bien, una tarea biográfica de tal naturaleza no puede ser sino de interminable interrogación a la ciencia, a la cultura y a la vida humana. Es decir, un camino de plena y lograda sabiduría.

Móvil y ascendente la pintura del Greco. Móvil y ascendente la trayectoria mental de Marañón, permanecerá como insignia o clamor o ejemplo: su obra nos mostrará hasta dónde es legítimo dominar una especialidad científica con el propósito de ofrecerla en servicio de la inteligencia abstracta o de la cultura universalista.

O, para decirlo con palabras del mismo maestro, incansable seguidor de su sueño de aprender para enseñar:

“El camino es el que hace entretenidos los días y gratas las noches. El fin es siempre un sueño. Y quizás el verdadero fin es nunca llegar”.

### Velázquez, o la expresión de lo psicológico.

El método de los contrastes tiene visos de prudente, cuando el uso de las definiciones a priori nos lleva a incómodas posturas dialécticas. Los cotejos son necesarios, por eso, antes de entrar en la pintura de Velázquez.

Si la del Greco se manifiesta como una vida interrogativa, la de Velázquez aparece como una existencia aseverativa. Mientras el cretense iluminado por resplandores internos veía o creía ver cuánto buscaba con ansiedad, entregándose devotamente a extraños juegos con la forma y a estentóreos ejercicios de color; Velázquez, fiel seguidor de Cervantes, lograba descubrir con certeza esos difíciles límites entre el alma y el cuerpo, habilidad que le permitía pintar cuerpos repletos de alma, con la ayuda de colores discretos y afirmados en la sutil realidad, en esa que no ve sino el ojo penetrante del analista crítico de la luz y de la forma.

Sombras de cosas espirituales o espiritualizadas, envueltas en misterios que reflejan cuerpos tremolantes: tal es la pintura del Greco. Luces del espíritu claro en pos de comprender la vida concreta, que traducen intimidades en forma de cuerpos exactos: tal es la



pintura de Velázquez. Si fuera dable un paralelo con el pensamiento filosófico, el primer pintor podría ser parangonado con Plotino, aquel griego vuelto oriental e intranquilizador, para quien el sér era y se movía como un surtidor de aguas que iban en un descenso y un ascenso temblorosos y continuos. Y el segundo pintor emparejaría con Renato Descartes, el padre de la idea clara y distinta, que posibilitó el análisis de los cuerpos geométricos, en los albores de nuestra era científica.

Y luego de limitar a Velázquez por medio del Greco, buscaré las proximidades de Marañón con el primero de los nombrados. Y comienzo por decir que no es el real pintor objeto de las primordiales admiraciones del médico. Lo cual se explica por el afecto decidido que mostró hacia el cretense. Pues dicho sea entre paréntesis: el onirismo del Greco es lo más opuesto que pueda darse ante el análisis crítico de Velázquez.

Si Marañón no nos lo dijera, comprenderíamos esta falta de devoción. Pero nos lo dice, y tan claro, que una sensación de rechazo sentimos levantarse desde el ánimo del catedrático. Pero rechazo elemental y aparente, porque ambos —Velázquez y Marañón—, apuntan con ojo igualmente agudo y preciso a la configuración externa del cuerpo humano, ordenándole, más aún, obligándole a entregar la profunda vida interior.

Sucede en este caso lo que innumerables veces, cuando se aproximan dos espíritus semejantes, dos modos de concebir el mundo y la existencia, o dos técnicas de interpretarlos muy parejas o próximas: por el momento, el rechazo; pero, en seguida, la comprensiva colaboración, el complemento y, al cabo, el andar de brazo en diálogo inteligente, apoyándose el uno en el otro. Eso es lo que ha hecho Marañón, al ir de camino hacia la intimidad de Felipe IV o del Conde-Duque de Olivares, auxiliado por el dato biográfico o por el documento psicológico latente en los lienzos de Velázquez. Porque el ojo analista del pintor corresponde con exactitud con el ojo clínico del médico, pues ambos tienen de común su realismo fundamental y sincero.

Mas el realismo ha sufrido un equívoco, tal vez porque al transplantarle de la filosofía a una de las corrientes literarias del siglo

XIX, se le privó de la raíz o de la facultad de intuir en la profundidad psicológica, convirtiéndole en una visión de las cosas externas más gruesas.

El realismo de Cervantes y el de Velázquez no se detuvo en el **soma**, antes bien llegó a la **psique** más recóndita, reuniendo en una teoría o en una explicación organizada e inteligible, es decir legible, a las dos sustancias componentes de la persona: el alma y el cuerpo. Conocer al hombre real con conocimiento pleno —realismo analítico, realismo crítico, realismo existencial— equivale a volver transparente el cuerpo a fin de ver, al fondo, cómo es el alma; y al mismo tiempo comprender el alma por medio del cuerpo, no idealizándolo como hacia el escultor clásico, sino viéndolo en su cabal y actual modo de ser y de actuar.

Como se observará, el asunto es complejo y comporta un doble camino. Desde la superficie hasta la profundidad, sirviéndose el cuerpo como de una lupa con qué mirar a lo hondo y captar hasta los detalles nimios. Y desde la intimidad hacia la piel, sirviéndonos del alma como de una lámpara con qué alumbrar los rasgos externos, su llamativa apariencia y la movilidad con la que se expresa.

Este doble tránsito ejercita al retratista, que jamás logra ser bueno sino a trueque de sujetarse a un camino de ida y vuelta, rápido, constante y perspicaz. En tanto el pintor hace un retrato, entabla una contienda con la corporeidad, aparentemente sumisa y expresiva, para vencer con ella —que es arma de dos filos pues casi siempre trata de engañar—, a la fluente interioridad que se quiere asir, como al descuido, tras la muralla donde está parapetada, en asecho, a la defensiva, burlando a su cuerpo, burlando al pintor y burlándose de sí misma. Y digo de sí misma, porque ¿cuántas almas hay capaces de apresarse totalmente en un minuto dado, y verse con severidad y sinceridad completas?

El arte del retrato es el peldaño supremo de la pintura. Esta, en su forma corriente y elemental, si creémos a Aristóteles y a todos los que a imitación del griego han hablado de la naturaleza como modelo, comienza por ser **mímesis**, imitación, copia. Copia de las apariencias, que son las que primero se ven y se imitan. Luego después el artista da un paso más adelante de la simple **mímesis**,

se siente libre de la puerilidad imitativa, con lo cual la pintura se transforma en interpretación. El artista comienza a sentirse creador y nota que así es llamado; y goza al poner en el mundo externo algunas realidades que antes no estuvieron.

Mas esto no es todo. Tras el segundo, viene el tercero y último paso. La interpretación transitoria de seres o de circunstancias, conduce a la necesidad interna de definir, paso final de la investigación científica, de la búsqueda espiritual y de la creación estética. El pintor quiere definir porque se siente capacitado para hacerlo y encara, valientemente, la más ardua definición: la de sus prójimos. Para hacerlo extrae del mundo interior realidades que antes no fueron vistas por los demás y él sólo logra descubrir. El arte del retrato, suprema altura del orbe pictórico es, al mismo tiempo, copia, interpretación y definición.

¿Pero qué tipo de definición? Desde luego hay definiciones y definiciones. Siendo las más complejas no las que enumeran o deslindan propiedades naturales, o aquellas otras que racionalmente precisan generalidades lógicas, sino las que biográficamente encierran la vida singular e irreplicable de un prójimo, en un gesto, en una actitud o en una posición corpórea que no es meramente corporal, ni es muda, ni es efímera. Un retrato es, pues, una completísima definición en la que no nos encerramos, ni ante la cual nos hieratizamos.

Frente a uno de los retratos del Conde-Duque de Olivares pintado por Velázquez, aquel retrato ecuestre, opulento y al parecer tan afirmativo que se halla en el Museo del Prado, Marañón medita de esta manera:

"Estoy seguro de que muchos españoles habrán tenido, contemplando los maravillosos retratos del Valido de Felipe IV pintados por Velázquez, el mismo presentimiento que yo tuve siempre de que detrás de aquella coraza y debajo de aquella peluca y de aquel chambergo aparatoso se escondía un hondo y delicado problema humano. Creo que mi libro descubre y prueba esa ignota personalidad de Olivares, que tenía su raíz en uno de los cerebros y en uno de los corazones más sugestivos de la España de los Austrias".

He aquí el modo cómo la definición biográfica, tan aguda y patente de un personaje, en vez de tranquilizar o de satisfacer a la manera de una buena definición lógica, nos abre a otros mundos, nos inquieta, nos obliga a marchar desde la superficie corporal hasta la hondura anímica. Esta clase de definición aloja en su fondo un cuestionario, al que obligadamente se ha de responder, si queremos afirmar nuestra comprensión del retrato. Y cada vez que volvamos a mirarlo, se reedita el cuestionario, surgen las preguntas y se conforman las respuestas. La vitalidad, la importancia, la supremacía del retrato como obra de arte y más como documento vivo, se patentiza en este diálogo ineludible, forzoso, entre la hondura espiritual del cuadro y el alma del contemplador inteligente. Los intérpretes protocolarios o cancillerescos de la entrevista son: de un lado y para el alma del retratado, el pintor; y de otro, para el que contempla, el cuerpo del retratado, tal y como fuera retratado. Es que no hay manera de entenderse a solas con un cuadro de esta clase. Un paisaje puede ser un estado de alma, un solitario estado de alma como reza la sabidísima lección romántica. Pero un retrato no es ni más, ni menos, que una complicada definición biográfica.

En este sentido Velázquez fué un gran biógrafo, y no ocasional o fugazmente amigo de aproximarse a sus personajes. No era su puesto de pintor de la corte el que le ocasionaba la obligación de retratar cada año a ciertos personajes, pues muchos reales pintores ha habido que no se dedicaron a la sugestiva y difícil tarea de traducir la vida de sus protectores en los rasgos fisonómicos, conforme éstos, lenta y casi inaparentemente, iban cambiando. Los ejemplos de reales pintores que de todo pintaban en sus respectivas cortes, menudean; pero no hay sino un caso de pintor de este tipo que, en vez de cumplir la faena distrayendo a la real familia reinante, se entregó a la tarea retratista y biográfica de legar al futuro una serie de documentos vivos, en los que el ojo clínico puede descubrir, todavía, después de siglos, la vida interior, la vida en marcha, la vida sinuosa y sorprendente de un personaje.

Son numerosos los retratos de Felipe IV y del Conde-Duque de Olivares, en años sucesivos, retratos que copian y denuncian definitivamente las diversas situaciones espirituales de los dos personajes, y descubren las etapas de sus vidas que, desde adentro, modificaban la apariencia externa de sus cuerpos. Cito a los dos señores corte-

sanos, al Rey y a su Valido, pero no fueron los únicos cuyo secreto existencial haya perseguido Velázquez, a lo largo de varios lustros, con una paciencia y una perspicuidad incansables. Y los cito, porque sobre estas dos series de retratos reconstruye Marañón una época de la historia española, aquella donde agoniza la gran hora imperial juntamente con la casa de Austria.

Una de las horas más disolutas de España, una hora de fanfarronería displicente, de reacio nacionalismo, de lividinosa conducta moral y política, una hora que equivale a un cuarto de siglo entregado en manos de don Gaspar de Guzmán, el célebre Valido de Felipe IV, el odiado y temido Conde-Duque de Olivares, ha sido rehecha por el catedrático madrileño, apoyado por la incontestable argumentación biopsíquica, aprestada en una veintena de lienzos velazqueños. Si contemplamos las efigies repetidas, sucesivamente, en años de puntual observación, veremos de lo que es capaz un pintor, y admiraremos su fuerza penetrante, hoy puesta en claro por un médico sabio en las cosas de la vida profunda. Dicho de otro modo, admiraremos el espíritu velazqueño de Marañón, y el análisis crítico fundamental que sobre sus retratos ejercía el real pintor.

Cuando en él se ha dicho que no pintaba sino la realidad, ha habido quienes han supuesto que pintarla así, es labor de copia segunda o de inferior ímpetu creativo. Lo cual equivaldría a sostener que la doctrina ontológica de un filósofo realista, digamos Aristóteles, no es sino una repetición trivial de los seres y, por tanto, una traducción de segunda mano. Concebir así el realismo es tratarlo de modo equivoco, según recordé más arriba. Pintar la realidad y nada más que la realidad, implica suma independencia estética y técnica, dominio de la figura, dominio del color y, sobre todo, conocimiento intuitivo del sér en su condición aparente y en su mutable sustancia, duradera y transitoria a un tiempo, si se refiere al retrato, especialmente.

Un retrato realista, estilo Velázquez o Van Dyck, no es éxtasis ni estatismo. Es vida fluuyente, es controversia de alma y cuerpo, es ilusión y destino descubiertos de pronto, psicoanalizados de improviso, en un momento en que el retratado no se percató de que, sin querer, dijo su confesión lastimera o esperanzada. A quienes se encogen de hombros ante un retrato realista, les rogaría que contem-

plen largamente, puramente, humanamente los ojos de los cuadros velazqueños, que luego los comparen en los retratos sucesivos que hizo a los mismos personajes el gran pintor, y que después miren los ojos que brillan en torno, sea de personas semejantes o diferentes de las retratadas por Velázquez y que, por fin, reunan dentro de sí estas experiencias, y hagan cuenta de lo que puede acumularse inquiriendo en la luz de los ojos ajenos. Esos escépticos se enfrentarán, así, a una luminosa enseñanza de psicología inductiva, o mejor aún, intuitiva. Seguramente no pensaron hasta ese momento lo que vale la realidad en ella misma y lo que vale saber mirarla.

Velázquez no pintó sólo personajes de corte y de elevada alcurnia, ni persiguió únicamente la psicología normal. Fué uno de los primeros pintores de la patología interior, de la que hoy decimos psicopatología. Fué un pintor psicólogo y psicoanalista. Bufones, enanos, maniáticos, imbéciles, enfermos mentales de varia clase, como en las novelas de Cervantes —en el *Quijote* y en las *Novelas Ejemplares* hay locos para fundar un gran manicomio—, desfilan bajo la mirada certera de Velázquez. Hoy admira al médico la precisión corporal de un enano o de un idiota de los retratados por el pintor de la realeza. No exageró, ni ridiculizó: a toda esa turba deprimida y deprimente la reflejaba mirándola por dentro y dotándola, a modo de cuerpo, con la condición de materia correspondiente a cada alma. Qué veracidad somática la dé esas tristes figuras. Y qué graduación anímica tras de cada una de esas apariencias.

Velázquez, como un neurólogo de ahora, veía en cada uno de sus retratados un caso clínico. No es raro, entonces, que un médico, al decidirse a biografar a personajes de la época de Velázquez, haya aprovechado en forma decisiva y exhaustiva los documentos palpantes, verdaderos historiales clínicos, legados a la visión por un pintor que conoció la técnica de pintar almas tras la vestimenta carnal de los cuerpos. Hay muchos pintores realistas, pero ninguno ha emparejado con Velázquez, menos sobresalido a su arte. Por algo se le llama pintor para pintores. Mas si con su técnica ha vencido a todos, con su mirada analítica ha sentado cátedra para siglos: psicólogos, historiadores y biógrafos han participado del banquete luminoso de sus enseñanzas.

Las biografías clínicas de Marañón pretenden y consiguen lo mismo. Una resurrección del personaje, que revive con el soplo de

su propia vida interior, que no aparece vestido del aparato documental externo, sino vivificado y, así, alienta y camina, casi a nuestro paso, una biografía tal: he allí una obra maestra no de literatura, sino de verdadera creación humana, escrita con la mejor elocuencia, con la que se encarna en la vida y es palabra de vida. Biografía sustantiva, alejada de la hipérbole, desligada de la vanagloria, sustancial y sustanciosa. Biografía que entra en nuestra existencia, no en forma paradigmática, mas por asimilación de simpatía.

El matiz del Greco y el detalle de Velázquez se conjugan en el arte revitalizador de Marañón. A lo largo de las biografías de Feijóo, Olivares, Antonio Pérez, Luis Vives, se encuentran esparcidas, como arenas de oro, profundas intuiciones, semillas de filosofía humana, bellos grumos de polen fructífero, expresados en frases condensadas y transparentes. Frases que nos hacen pensar en los pensamientos de Epicteto y, sobre todo, de Séneca, ese rancio español que amó tanto la vida. Y nos hacen pensar, además, en esas pinceladas sutiles de Velázquez, donde se condensan tratados de psicología. ¿Quién que haya contemplado los retratos de Velázquez no ha sentido el valor grávido y repleto de jugo biográfico —tragedia, ironía, esperanza, desilusión y todo, al mismo tiempo— de esas sutilísimas pinceladas con que el retratista ha puesto la vida por fuera, en una leve sombra del párpado, en una arruga de alguna comisura, en una mancha facial o en un nervio de la mano? Esto mismo nos sugiere el empleo discreto y estelar de bellas frases profundas en las biografías de Marañón.

Los retratos de este sabio maestro, sea tomados del natural velazqueño, sea tomados de la inercia documental, hablan por sí mismos, como los del pintor. Son elocuentes, pero con un género de elocuencia tan correcto y ceñido, tan mesurado y sentencioso, que en esto se esemejan más Marañón y Velázquez. Nos ocurre, con frecuencia, que un contraste de color se impone de tal modo a la vista, que es preciso acercarnos al lienzo y encontrar que allí, en ese punto dramático del cuadro, el pintor no pintó, dejando la tela cruda y empleándola, audazmente como color. Con respecto a su elocuencia, Marañón solía decir una frase que es un tratado de discreción. He la aquí:

"Porque nada enseña a hacer concisa y directamente elocuente a la retórica, como tener que describir las cosas que

se ven, para que los demás, sin verlas, las encuentren como si las estuvieran viendo".

Pedagogía suma y sumo arte descriptivo: la mensurada elegancia del que, a sobra de pensamiento, no incurre en excesos de palabrería. El color de Velázquez y el estilo descriptivo de Marañón sirven de ejemplo en la babilónica expresión corriente y vulgar de hechos y cosas de nuestro siglo.

Si se quiere una enseñanza más, acaso la extracientífica, acaso la más practicada en la cátedra y en el libro por el ilustre profesor matritense, es ésta, la enseñanza más sabia y más modesta: hacer del verbo instrumento de creación, huir de la palabra vana, encerrar al ímpetu elocuente en los canales de la sencilla y sensata expresión. Ver las cosas, verlas con ojo clínico y contarlas al modo de don Diego de Velázquez, el correcto señor de la forma y de la luz. Contrar tantas y tan brillantes facultas, porque, tan grande fué en la ciencia, como en la historia, en la filosofía, en la literatura o en el arte. Del lado que se mire sorprende su elevada capacidad, la claridad de su obra, su afán de servicio a la humanidad, su infatigable actividad, su genial perseverancia, más allá de lo que la mente normal puede escudriñar en el campo de las ciencias, penetrar en la investigación histórica, profundizar en los ocultos secretos de la psicología. La difusión de su obra se extendió por fuera de las fronteras de su patria, sobre ella se desahoga como astro de primera magnitud, como el hombre símbolo de la época contemporánea.

Desde cualquiera de las caras del "poliedro de su inteligencia" se puede admirar a Marañón, pero quizás en ninguna se encuentran sumados aspectos tan sobresalientes como cuando se medita en su obra de Médico. Porque en él se reunieron tantas condiciones favorables, desde aquella "aptitud natural", condición primordial señalada desde Hipócrates, la vocación del médico, cimiento básico y profundo sobre el que se edificó la elevada personalidad científica del genial Maestro. Aptitud natural que se revela a través de su obra, de sus diagnósticos extraordinarios, de aquella rara intuición y de aquella, casi extraña, propiedad de captación, unidas al infaltable don de observación. Cualidades que le permitieron superar muchas de las clásicas e inamovibles doctrinas y dar un paso avanzado en el progreso de las modernas ciencias endocrinológicas.

Marañón, sabio de verdad, con humildad excepcional, supere las críticas que no dejó de lanzar el fuerte maestro. Cuando trató de publicar sus primeras observaciones en una revista, fuere de España, le fueron rechazadas. El mismo leíste los hechos y la explicación que dio. No tienen estos manuales... escribiste al publicarlo... que la exposición... la exposición personal... absolutamente... por lo que es susceptible de todas las críticas, menos... la de las revistas... porque el sabio y el doctor... el criterio... más allá de... y tan pocas... muchas otras que se pueden... y pocas... lumbre los conocimientos... y cuántas veces... En pocas figuras como en la del genial Maestro, se pueden encontrar tantas y tan brillantes facetas; porque, tan grande fué en la ciencia, como en la historia, en la filosofía, en la literatura o en el arte. Del lado que se mire sorprende su elevada capacidad, la claridad de su obra, su afán de servicio a la humanidad, su infatigable actividad, su genial penetración, más allá de lo que la mente normal puede escudriñar en el campo de las ciencias, penetrar en la investigación histórica, profundizar en los oscuros secretos de la psicología. La difusión de su obra se extendió por fuera de las fronteras de su patria, sobre ella se destaca como astro de primera magnitud, como el hombre símbolo de la época contemporánea.

## Gregorio Marañón, Médico.

Gregorio Marañón acaba de traspasar el lindero de la vida, su genio universal brilla ya en el firmamento de los hombres símbolos de las épocas y de la humanidad.

Desde cualquiera de las facetas del "poliedro de su inteligencia" se puede admirar a Marañón, pero quizás en ninguna se encuentran sumados aspectos tan sobresalientes como cuando se medita en su obra de Médico. Porque en él se reunieron tantas condiciones favorables, desde aquella "aptitud natural", condición primordial señalada desde Hipócrates, la vocación del médico, cimiento básico y profundo sobre el que se edificó la elevada personalidad científica del genial Maestro. Aptitud natural que se revela a través de su obra, de sus diagnósticos extraordinarios, de aquella rara intuición y de aquella, casi extraña, propiedad de captación, unidas al infatigable don de observación. Cualidades que le permitieron superar muchas de las clásicas e inamovibles doctrinas y dar un paso avanzado en el progreso de las modernas ciencias endocrinológicas.

Los retratos de este sabio maestro, sea formados del natural Velázquez, sea tomados de la inercia documental, hablan por sí mismos, como los del pintor. Son sencillos, pero con un género de elocuencia tan correcta y ceñida, tan mesurada y sentenciosa, que en esto se parecen más Marañón y Velázquez. Nos ocurre, con frecuencia, que al mirar de cerca se imponen de tal modo a la vista, que es preciso acercarse al lienzo y encontrar que, allí, en ese punto del cuadro, el pintor no pintó, dejó en blanco y empalmeado, audazmente, como color. Con respecto a su elocuencia, Marañón sólo decir una frase que es un tratado de dicción. He aquí:

Este... me enseña a hacer concisa y directamente elocuente a la vez, como tener que describir las cosas que

no se ven porque los demás, sin verlos, los encuentran como si los vieran. Este es el arte de la descripción. Cuando trató de publicar sus primeras observaciones en una revista, fuere de España, le fueron rechazadas. El mismo leíste los hechos y la explicación que dio. No tienen estos manuales... escribiste al publicarlo... que la exposición... la exposición personal... absolutamente... por lo que es susceptible de todas las críticas, menos... la de las revistas... porque el sabio y el doctor... el criterio... más allá de... y tan pocas... muchas otras que se pueden... y pocas... lumbre los conocimientos... y cuántas veces... En pocas figuras como en la del genial Maestro, se pueden encontrar tantas y tan brillantes facetas; porque, tan grande fué en la ciencia, como en la historia, en la filosofía, en la literatura o en el arte. Del lado que se mire sorprende su elevada capacidad, la claridad de su obra, su afán de servicio a la humanidad, su infatigable actividad, su genial penetración, más allá de lo que la mente normal puede escudriñar en el campo de las ciencias, penetrar en la investigación histórica, profundizar en los oscuros secretos de la psicología. La difusión de su obra se extendió por fuera de las fronteras de su patria, sobre ella se destaca como astro de primera magnitud, como el hombre símbolo de la época contemporánea.

Los retratos de este sabio maestro, sea formados del natural Velázquez, sea tomados de la inercia documental, hablan por sí mismos, como los del pintor. Son sencillos, pero con un género de elocuencia tan correcta y ceñida, tan mesurada y sentenciosa, que en esto se parecen más Marañón y Velázquez. Nos ocurre, con frecuencia, que al mirar de cerca se imponen de tal modo a la vista, que es preciso acercarse al lienzo y encontrar que, allí, en ese punto del cuadro, el pintor no pintó, dejó en blanco y empalmeado, audazmente, como color. Con respecto a su elocuencia, Marañón sólo decir una frase que es un tratado de dicción. He aquí:

Este... me enseña a hacer concisa y directamente elocuente a la vez, como tener que describir las cosas que

Marañón, sabio de verdad, con humildad excepcional, superó las críticas que no dejó de tenerlas el ilustre maestro. Cuando trató de publicar sus primeras observaciones en una revista, fuera de España, fueron rechazadas. El mismo relata los hechos y la explicación que dió. "No tienen estos manuales, —escribía al publicarlos,— otra pretensión que la expuesta —la aportación personal absolutamente comprobada—, por lo que es susceptible de todas las críticas, menos la de tacharlas de insuficientes"; porque, él, sabía y preconizaba que el criterio científico nunca puede considerarse como definitivo, que más allá de donde la ciencia conduce a la certidumbre, hay, tantas verdades, muchas ocultas, otras que se pueden presumir y que, poco a poco, se irán incorporando a la patología conocida. Marañón no se detuvo ante la censura infundada, porque mantuvo como lema: "difundir los conocimientos entre los médicos, difundir los datos que se saben y las premisas de las lógicas ampliaciones" y, cuantas veces sostuvo que la medicina "ciencia, ante todo de observación, se alzará con muros tanto más firmes, cuanto más seguros sean sus cimientos, y estos cimientos no son otros que los que proporciona la casuística clínica", que el Maestro supo aprovechar en alto grado, gracias a su innata aptitud, a su inigualable intuición, a su gran poder de captación y a su singular espíritu de observación, unidos a su natural modestia, modestia propia de quienes poseen el don de la sabiduría.

Endocrinólogo por "autoridad, por razón y por experiencia", sus obras no fueron un libro más sobre lo ya conocido. Profundas investigaciones rompieron muchos misterios, dando valiosas aportaciones en el campo de la fisiología, de la fisiopatología, de la clínica y de la terapéutica de las glándulas de secreción interna. Abordó aspectos tan difíciles, a la par que interesantes, como las relaciones hormonales con el psiquismo del individuo, sin apasionamientos ni apreciaciones hiperbólicas, sin dejarse llevar de la interpretación pansexual que los exégetas de Freud quisieron ver en todas las manifestaciones instintivas de la vida. Marañón dió a cada hecho su verdadero valor, sin negar que "en la vida hay el sexo, pero al mismo tiempo hay muchas otras cosas".

No fue el único campo de sus investigaciones la endocrinología. Su tratado de diagnóstico etiológico, sus manuales de patología, etc., han llenado vacíos en la consulta diaria del médico y constituyen aportaciones científicas de inestimable valor.

Prototipo de médico culto, en sus obras se enfoca cada problema con amenidad y nitidez, dentro de esquemas bien reglamentados, situando a cada parte en el lugar que corresponde, sin alardes de erudición, con lo indispensable para dar la autoridad suficiente a sus conclusiones, basadas en su observación personal, porque Marañón, como él mismo lo dice "siempre ahorró todo lo que es copia de los otros" y nunca sus teorías fueron lanzadas antes de estar debidamente fundamentadas.

En los libros científicos de Marañón, la lectura se desliza, por su literatura amena, florida e impecable, tan rara, aún en obras de indiscutible valor científico.

Simbolo del médico contemporáneo, en él se unen las corrientes de progreso actual y las sólidas investigaciones clásicas. No se descubre en sus obras, aquel "cientifismo" de cierta medicina moderna "hecha de materiales de última hora, que ha borrado de sus índices bibliográficos a las autoridades antiguas". El Maestro no olvidó lo clásico, tan valioso, sin lo que, no hubiera sido posible el despliegue de la medicina contemporánea; él supo aprovecharlo, con selectivo análisis crítico.

Marañón fue Médico, en todo el extenso sentido del término, con su sutil poder de observación penetró hasta la intimidad misma de los sentidos del hombre. Porque él no fué de aquéllos médicos racionalistas, que ven en el hombre al ser orgánico maravillosamente estructurado, a la especie más elevada del reino animal. Marañón consideró al hombre como és, unidad indestructible de cuerpo y alma, materia y espíritu. Hace más de veinte años, al tratar de las influencias hormonales sobre los trastornos psíquicos del niño, decía: "en el hombre, pináculo del reino animal, no hay, probablemente, nada de nuevo con respecto a los animales, en lo orgánico, sino sólo desarrollos extraordinariamente portentosos de cosas que encontramos también en éstos, pero en el hombre hay además el alma, que le da categoría propia; tan singular, que para algunos naturalistas, el hombre, no sería una especie del reino animal, sino que formaría un reino aparte, la Humanidad, tan distinta del reino animal, como del vegetal y del mineral". De ahí el humanitarismo y la caridad, de ahí el trato bondadoso para con sus enfermos tanto de las altas esferas, como para con los más humildes mendigos; sólo esta concepción

integral del hombre puede formar aquel estrecho vínculo afectivo entre el médico y el enfermo, vínculo nacido de la actitud espiritual de un ser humano que en un momento dado de angustia, de dolor, de inferioridad, pide ayuda a un semejante; porque el enfermo busca en el médico, no solamente al científico, al técnico, sino al semejante que se llegue a él con simpatía, con caridad; busca en el médico, al hombre en quien depositar con ilimitada confianza, no solamente los dolores de su cuerpo, sino, sobre todo, las miserias que lleva en lo más profundo de su alma. Marañoñ supo abrir su corazón a los enfermos. "Asistió a medio millón de enfermos, cuando menos", nos relata la prensa y España entera ha demostrado su afecto al médico y humanista derramando lágrimas sobre su tumba y con España, todo el mundo científico y especialmente latinoamérica. porque Marañoñ, orgullo de la raza, no se perteneció solamente a España, Marañoñ fue Médico universal, porque como dice Pasteur: "la ciencia no tiene patria, aun cuando los sabios la tengan".

Mi modesto tributo de admiración a Marañoñ, símbolo del Médico contemporáneo.

## "Vocación y Ética"

Hay pequeñas grandes obras, frutos de las circunstancias, que, al transcurrir de los años, consagran la celebridad de su autor mejor que las grandes. Hubiéranse admirado hoy, valga por caso, Erasmo o Voltaire al ver que sus nombres iban asociados por lo común a esos entretenimientos que fueron el "Elogio de la locura" o el "Cándido" respectivamente. Ocurre, pues, con las obras lo que con los gestos: que el pequeño y descuidado ademán puede ser mucho más revelador de la personalidad que la grave actitud, la cual, por lo mismo que sería, es generalmente estudiada y por ende un tanto postiza y un tanto hipócrita. No quiero con ello decir que entre la abundante producción bibliográfica de Gregorio Marañoñ sea ese harito breve librito que lleva por título "Vocación y ética" una obra trascendental. Pero debo también advertir que el valor que atribuímos a las obras depende en buena parte de nuestras circunstancias. Es posible que nuestros problemas, no los ficticios sino los reales, sean precisamente los problemas del libro. Unese entonces a la galanura de la exposición y a la agudeza en la solución de los mismos, nuestro interés, sumándose todos esos factores en la formación de nuestro juicio estimativo. Y hay también a veces en los libros el eco emocional de algo íntimo, como cuando el escenario de la acción, por ejemplo, es aquel en donde se desarrolló una buena parte de nuestra existencia.

Al echar hoy un vistazo rememorativo sobre la producción de este español de renombre que fue Don Gregorio (para nosotros los españoles Marañoñ era Don Gregorio, como Ortega era Don José, como Menéndez Pidal sigue siendo —y que por muchos años a pesar de sus noventa y pico— Don Ramón, como Menéndez Pelayo era Don Marcelino para sus contemporáneos. El por qué es esto así aca-

so pusiera de relieve características esenciales —en parte buenas, en parte malas— del ser español, pero no viene al caso) me he acordado del librito en cuestión. Excelente que un médico haga algo más que detectar alarmantes silbidos con el fonendoscopio o recetar el último remedio aconsejado por el visitador médico para tal o cual enfermedad. Marañón, que algo sabía de eso, no cesó de recomendarlo toda su vida. Para quienes, un poco por vocación y otro poco también por curiosidad, queremos especializarnos en no especializarnos demasiado y estar abiertos y sensibles a cualquier inquietud intelectual, que Marañón hiciera psicología al escribir sus biografías de Amiel, de Antonio Pérez, de Tiberio, de Enrique IV, del Conde Duque de Olivares o, simplemente, al disertar sobre la vocación, nos parece, repito, excelente. Mas, en tratándose del libro que sirve de título a este comentario, existen, además, otros dos motivos que justifican mi preferencia. El primero, que estas conferencias, las que constituyen el contenido del libro, fueron pronunciadas, va para los 25 años, en aquella Universidad Internacional de Verano de Santander, a cuyos cursos asistíamos por entonces como estudiantes, años de la república española. El segundo, que el problema de la vocación nos atañe esencialmente en una doble dimensión: como profesores universitarios y como profesores de una concretísima circunstancia vital. Hasta el punto que en buena parte que siga existiendo en nosotros una vocación por la enseñanza dependerá de que veamos o no surgir en torno nuestro, auténticas vocaciones por el saber. Creo que es el mismo Marañón en algún sitio que dice que el mejor maestro no es por cierto el de un mayor saber, sino aquel que despierta más vocaciones en su derredor al conjuro simpático de su auténtica vocación y amor por el terruño de su especialidad. Nuestra situación vital es la contraria: suspiramos por vocaciones en los alumnos que mantengan viva nuestra fe en la educación, nuestra vocación por la enseñanza. La cosa es de por sí grave y hasta alarmante. Es el pan nuestro de cada día a la hora de salir de las aulas. Todo, pues, un conjunto de circunstancias que explican haya escogido este libro a la hora triste de rendir homenaje al compatriota sabio desaparecido.

Y no es en verdad que crea en la vocación como una predestinación del individuo a tal o cual tarea manual o intelectual determinadas. Nada humano puede explicarse por el yo ni por el contorno, sino por la simultánea colaboración de ambos factores. Nacemos

con un bagaje de disposiciones que constituyen nuestro equipo físico-espiritual para la vida. Si ese equipo es robusto, digamos como las arqueadas alas de un cóndor, podremos volar a gran altura. Caso contrario, tendremos que cortar el aire a ras de tierra, como lo hace la perdiz. Mas que no se diga, valga por caso, que el águila real tenga vocación por los desnudos peñascos de la alta serranía. Constituyen su ámbito normal por el impulso ascensional de sus alados remos cuando baten el aire. Hay toda una orografía en el mundo del pensamiento, con sus altas cimas de problemas graves y difíciles, y sus suaves colinas u hondos valles de lugares comunes y fáciles verdades. Nuestro trato con unos u otros problemas depende del poder de ascensión de la mente. Y, claro es, nunca tendremos vocación por las inquietudes triviales, si estamos acostumbrados al vértigo intelectual que produce asomarse al abismo de los problemas metafísicos. Pero que me dedique a meditar en la eterna problemática filosófica, a solucionar problemas de matemáticas superiores, a desentrañar la naturaleza del átomo o a rastrear el misterio de la vida, ya nada tiene apenas que ver con la vocación. Dependerá de que me encuentre en el contorno de mi vida con unos problemas con preferencia a los otros, de la tradición familiar, de la sugestión del ejemplo, de las posibilidades económicas y de mil y mil circunstancias fortuitas más. Después, el prolongado ejercicio, sobre todo si viene acompañado del éxito, es lo que hace surgir en nosotros el pensamiento de que estábamos predestinados vocacionalmente para esa actividad. El responsable del equivoco, aquí como en tantas otras cosas humanas, es el tiempo, que nos jugó muy malas pasadas. Al instante de haber realizado cualquier acto, si echamos un vistazo hacia atrás, siempre encontramos una causa que parece justificarlo. Mas un minuto antes de realizarlo nosotros sabíamos (si nos hubiéramos puesto, claro es, a meditar en ello) que aquel acto no era en modo alguno inevitable y que podíamos igualmente decidirnos por otro. Es decir, teníamos plena conciencia de nuestra libertad. Cuando lo hacemos es sólo que nos parece haber sido determinados a la acción. Es lo que ocurre, según mi forma de pensar, con la vocación. De ahí, lo inútil, a mi parecer, de los intentos de orientación vocacional. Según sus respectivos profesores Einstein no era nada sobresaliente en matemáticas, Emilio Zola merecía un suspenso en literatura y composición, Hegel tenía escasas disposiciones para la filosofía. Después de llegar a ser lo que fueron, cualquiera que hubiera conocido sus respectivas vidas, por poco perspicaz, hubiera



encontrado asaz detalles significativos reveladores de una predestinación vocacional que entonces, en cambio, nadie se hubiera atrevido a pronosticar.

He querido anteponer estas modestas reflexiones filosóficas en torno a la vocación, por lo mismo que no comparto la interpretación del maestro español. Marañón piensa que la vocación es lo que el significado etimológico de la palabra expresa: la vocella interior que nos advierte hacia qué lado de preferencia hemos de encaminar la actividad. Mas hecha la advertencia, hay que aceptar con Marañón que lo que hacemos vocacionalmente con amor lo hacemos bien. Sólo que, por última vez, la relación de causalidad (vamos a llamarla así) entre el hacer bien y el amor o vocación, es, en la interpretación que vengo sosteniendo, completamente distinta. No es que, porque tenga vocación obre bien, sino, a la inversa, porque estoy capacitado para obrar bien, el ejercicio fácil para mí de esa actividad va acompañado de un placer, de un amor, que interpreto entonces como vocación.

Marañón opinaba que toda una serie de actividades intelectuales, entre ellas, claro es, la medicina, requiere de vocación ineludiblemente. Y no sólo de vocación sino de aptitudes especiales. El número de alumnos de las Facultades de Medicina en España, por los años en que Marañón escribía esas reflexiones, era muy elevado. Había que suponer que en no todos existía vocación y menos aptitudes auténticas. Ocurría —y ocurre— que determinadas profesiones en determinados momentos históricos y países, gozan de un gran prestigio social. Los éxitos espectaculares de la medicina en el pasado siglo y en el actual sólo en parte justifican ese prestigio. También la física, por ejemplo, llevó a cabo proezas en los primeros 30 años de nuestra centuria como para llenar de orgullo al género humano. Lo que Planck, lord Rutherford, Einstein, Niels Bohr, de Broglie, Heisenberg, Schrodinger, Dirac, etc., realizaron en el campo de sus actividades ningún otro equipo de salud ni intelectuales lo realizó en el suyo. Y, sin embargo, ningún señuelo especial ejerce hoy en los jóvenes el papel de físico nuclear. Lo que sigue, pues, atrayendo masas de jóvenes anualmente a las aulas de medicina es la esperanza de conseguir una profesión lucrativa, de ganar rápidamente dinero. A la hora de elegir profesión el joven recién graduado bachiller piensa en la medicina o en la ingeniería como profesiones de relumbre so-

cial y que, por añadidura, se les ofrecen como económicamente brillantes.

Pero habría que trazar el cuadro de los aspectos negativos, y que no lo son para el que realmente posee vocación, de éstas como de cualquiera profesiones. Las largas horas en las salas de los hospitales, ausencia de clínicas brillantes, la angustia de los momentos diarios junto al dolor, la pobreza quizás, la muerte que triunfa una y otra vez a pesar de nuestros cuidados y de nuestra ciencia. Si el médico es un investigador y hombre de ciencia sufrirá al ver el opresor silencio de la prensa en torno de él. El libro que tardó en madurar años y años se comentará en el mejor de los casos en un par de renglones. "Ah pero si cualquiera de ellos se decide a ser diputado, estarán generosamente abiertas las columnas de la prensa entera para todas las insensateces que diga en el Salón de Sesiones o en los corrillos de la Cámara". "Ninguno de estos contratiempos atemoriza, claro es, al médico de fibra ni al sabio verdadero. Pero se necesita para afrontarlos una templadísima vocación, y vocación, no nos cansaremos de repetirlo, de la más alta categoría".

Marañón no nos dice del por qué de las vocaciones escasas. Nos informa, eso sí, de las razones de tantas vocaciones ilusorias, y, por ende, de tantas vidas frustradas. Y el caso es que el problema nos atrae irremisiblemente. Porque sabemos de países en donde el porcentaje de intelectuales y profesionales de nota es alto y otros en donde ocurre todo lo contrario. Aquí es donde falla cualquier interpretación objetivista o subjetivista de la realidad. Quiero decir: que explique el fenómeno sólo por las aptitudes subjetivas o por las circunstancias del medio. Marañón parece haberse inclinado por la primera solución cuando habla reiteradamente de aptitudes, de capacidades. Pero cualquier capacidad o aptitud requiere de un ambiente idóneo para actuar. Caso contrario, y permóneseme que vuelva a tomar como ejemplo al animal rey de los Andes, sería como un cóndor encerrado en una jaula de algunos metros cúbicos, como esos que en realidad hemos visto en los jardines zoológicos del mundo. Siempre nos hemos preguntado si es que las mujeres griegas pusieron de acuerdo para dar a luz infantes extraordinariamente dotados, allá por los siglos IV y V antes de J. C. y dejaron de hacerlo un par de centurias después. En la propia España de Marañón, quiénes son los que están sustituyendo a la pléyade de grandes hom-

bres en los variados campos de las letras, de las ciencias que dieron lustre al país desde la época de la restauración hasta los años de la guerra civil? Pocos van siendo ya los que quedan de aquellas dos o tres generaciones que hicieron que España con decoro pudiera hombrarse con el resto de los pueblos cultos del occidente de Europa. Marañón, Cajal, Jiménez Díaz, Cardenal, Azorín, Baroja, los Machado, los Maetzu, Unamuno, Ayala, Menéndez Pidal, Benavente, D'Ors, Pemán, Picasso, Gris, Blas Cabrera, Palacios, Moles, Juan Ramón, Lorca, Salinas, Gómez Moreno, Cabré, Hern, Andrés Pacheco, Américo Castro, Navarro Tomás, Onís, Ortega, Morente, Zubiri, Gaos, Xirau, Manuel de Falla, Casals, etc., etc. La lista sería interminable. La mayor parte han muerto. El resto son hombres de edad madura. Y cuando el último haya desaparecido, qué? Podríamos seguir afirmando que es sólo cuestión de aptitudes? Habría algún biólogo que pudiera explicar plausiblemente el por qué en determinadas épocas los genes se combinan felizmente y en otras no en el misterio de la fecundación? Y es que las aptitudes son sólo la mitad de nuestro yo. La otra mitad, como diría Ortega, son las circunstancias. O, en términos de Toymbee, las aptitudes juegan papel primerísimo en las respuestas que damos a las incitaciones del contorno..., pero es necesario que existan dichas incitaciones y que las circunstancias dejen libre el juego de nuestras respuestas inventivas y personales. Caso contrario, las respuestas activas se marchitarán en bellos proyectos. De donde toda pedagogía eficaz debe ser, además de cuidado del niño o del adolescente, política social. Pero... perdón!: política en un sentido totalmente distinto del que la palabra sugiere de ordinario a unos y otros, a los de la *main droit* y a los de la *main gauche*, y que ahora no podemos explicar.

Planteamos un problema, el del por qué de las escasas vocaciones auténticas, que tampoco podemos solucionar aquí. Que el lector, si gusta, medite en él, ayudado quizás por nuestra indicación de que en él juegan parte las aptitudes y el contorno. Pudiera ser que faltan aptitudes. La acumulación del saber exige, cada vez más, vuelos a gran altura. La civilización pesa sobre los lomos de la humanidad y a ésta la vienen y han venido de vez en vez ganas de mandarla a paseo. Pudiera también ocurrir que no estuviéramos especialmente bien dotados vastos sectores de la humanidad para tales o cuales tareas. O nos es lícito suponer, por el contrario, que sí, que la razón "est naturellement égale en tous les hommes", como pensaba el

optimista Descartes. En ese caso, tendríamos que echar mano del otro principio de explicación, el medio ambiente, y pensar que éste, versátil, se modifica como el color del cielo en un día de cambio de estaciones.

Ello supuesto, la aptitud que acompaña a toda auténtica vocación se manifiesta, como con justicia señala Marañón, en la invención de deberes. Todos hemos tropezado en nuestras vidas con ese tipo de joven estudioso, cumplido, el "empollón" de España, el "matón" del Ecuador, que almacena amplia cosecha de sobresalientes en el colegio, en la universidad, acaparador de premios ordinarios y extraordinarios en y al fin de la carrera y que luego termina en una gris "mediocritas". Es frecuente el fenómeno en las mujeres, en quienes la aplicación sustituye de ordinario a las vocaciones auténticas. En la raíz de todos estos casos encontramos la misma explicación: falta de verdadera vocación. Cumplía el estudiante sus deberes oficiales, escuchaba con atención las lecciones, redactaba sus notas de clase, se aprendía de memoria los libros de texto, pero no pasaba de ahí. Mientras que el estudiante capaz y con vocación vertical por el estudio puede quizás despreocuparse un tanto de los deberes protocolarios, pero está seguro que se buscará otros acaso más pesados.

En relación con esto Marañón habla de la necesidad de que el médico se interese por otros conocimientos ajenos a la medicina. Cabe decir lo mismo de cualquier otro especialista intelectual. Es más; preguntáramos: se puede ser intelectual y especialista? Si se es especialista de verdad la exploración hasta el límite del campo acotado de nuestros estudios forzosamente nos lleva a los linderos en que nuestra ciencia se relaciona con otras muchas. El físico ha de ser matemático, epistemólogo a poco que medite en el significado y realidad de las fórmulas y conceptos con que pretende captar la realidad de la materia, químico, biólogo, e, inclusive, metafísico, en cuanto reflexione sobre el origen, destino y fin de su objeto de estudio y acerca de las leyes mecánicas, finalistas o meramente de probabilidad que lo rigen. El jurisconsulto tendrá que ser historiador si se enfrenta con los derechos positivos y el por qué de su vigencia de hecho en tales o cuales realidades sociales, sociólogo, moralista, humanista en suma. Y así en todos los casos. Claro que esto será así si efectivamente se es un especialista **intelectual**. Caso contrario, se-

rá un empírico de su profesión, con habilidad para salir del paso en los problemas que la realidad o los clientes la plantean. Mas no será un intelectual. Dice Marañón: "Yo creo importante que, además, el hombre de ciencia en general, y, desde luego, el médico, posea una afición concreta y activa por alguna otra actividad del espíritu al margen de su habitual ocupación". Y como la claridad es la buena fe del filósofo, como decía un sabio francés, el intelectual debe cultivar "la religión del orden y la claridad". "Para mí, el espíritu básico del aprendizaje de la ciencia es éste: orden, claridad. Y el que no sepa sacrificar ante él todo lo demás, incluso la erudición y la elocuencia —estas dos trampas en las que tantas veces la ciencia queda prisionera—, no será nunca eficaz en la conquista del saber humano.

El sabio teme, más que nada, a no parecérselo a los demás; y este miedo le aparta, con frecuencia, de la sencillez. Pero el que sirve de verdad a la ciencia sabe que ésta es una luz, y que en la religión de la luz el rito supremo es ese humilde ejercicio del orden y la claridad.

## "Antonio Pérez" o un testimonio de la transigencia

En esta serie de reportajes necrológicos que los sucesivos fallecimientos de los últimos años nos imponen, le ha tocado su turno ya a Don Gregorio Marañón, otra de las figuras hispanas de las letras que, al extinguirse, deja un vacío como el de sus antecesores en el tránsito muy difícil de llenarse. Y este es el gran pesar que nos proporcionan estas noticias necrológicas; porque al dolor personal por la simpatía que sus figuras nos infundían tenemos que añadir una nota de pesimismo que se agranda cada vez más sobre el futuro angustiado de lo que va a ser la cultura nuestra después que ellos hayan desaparecido en su totalidad. Y son "Ellos" todo aquel grupo de escritores, los del 98 al 36, los que dieron a sus compatriotas, y a los extraños también, una sensación de "ascensión nacional" calificada por los críticos como Edad de Oro liberal y Segundo Siglo de Oro español, en una España queda, pacífica, purgada ya de sus ambiciones imperialistas colmadas, resolviendo alborotada sus problemas políticos internos, con un clima de aparente ociosidad, pero en la que bulló una gran inquietud espiritual.

Esta más amplia situación cronológica de la figura desaparecida nos ahorra las engorrosas catalogaciones generacionales, tan del gusto de nuestros días, que clasifica a los escritores en compartimientos de cultura, tan mínimos en el tiempo, que no permiten visiones amplias capaces de concatenar el hecho humano y literario.

Todos "Ellos" fueron el primer sedimento cultural surgidos de la violenta remoción romántica que transformó el mundo moderno y si nosotros, aun sin perspectiva amplia, podemos vislumbrar el fe-

nómeno, éste se ofrecerá con matices bien definidos después de pocas generaciones más. Ellos son, hemos dicho, el primer poso o sedimento cultural del romanticismo moderno; pero aún no está sedimentada la sociedad que convivió y convive con ellos porque sigue sufriendo, tan agitada y violenta, como los primeros románticos que le comunicaron esta inquietud. Esta sociedad alborotada, agresiva e intransigente, es decir, romántica, no puede perdonar a estos hombres su actitud reposada, tranquila, en suma intelectual que han adoptado frente a ella. Se trató de arrastrarlos de nuevo al torbellino del que también formaron parte y de aquí surge la contradicción del escritor con su sociedad, agudizada todavía más en la cultura española porque un hecho histórico de proporciones trágicas ha venido a ahondar más la separación. Este problema que aquí sólo esbozamos bien pudiera ser objeto de un estudio más profundo que pusiera de manifiesto todas las causas de la escisión. Las culturas se mueven generalmente bajo un signo de continuidad espiritual que las permite soslayar diferencias materiales aun en momentos históricos difíciles. Pero la nuestra, la española, parece condenada con un signo trágico. Cuando España se creía ya "europeizada", es decir, encarrilada en su continuidad cultural, surge la fecha tope de 1936 que acabó con aquella ilusoria "Edad de Oro Liberal" y que arrojó de nuevo su cultura a la nada para permanecer ¡Dios sabe cuánto tiempo será! en el caos más infamante y del cual surgirá no sabemos en virtud de qué esfuerzos futuros. De este sino trágico de nuestra cultura yo no hago responsable a los escritores contemporáneos que ahora se están extinguiendo porque de puro fácil e ingenua resulta tonta la aseveración. Pero al surgir la gran catástrofe y después de la guerra civil que aniquiló materialmente a la patria y la envileció espiritualmente, las sombras pensantes que se paseaban aún por el solar patrio, educados por ellos en la reconsideración de la ruina, porque también ellos habían vivido otra tragedia nacional aunque de proporciones menores, los apuntaron como a traidores, porque habiendo sido, decían las sombras, los mentores de nuestra rebeldía, en el momento de las responsabilidades nos abandonan cuando su voz potente y resonante, modernos Jeremías, pudieran aliviarnos espiritualmente la esclavitud. Y callaban; algunos fuera de la patria y por lo tanto ajenos a la mordaza que se le tenía puesta al pensamiento nacional. Pero la exasperación llegaba al paroxismo cuando alguno de estos escritores extrañados regresaban, mudos, a la patria y experimentados huían, no del torbellino que ya no podía formar

una sociedad muerta, sino de los pequeños remolinos que debajo del dolor nacional todavía se movían. Y este aislamiento puede ser el motivo de la mediana acogida que se les dispensó en las esferas oficiales al regreso. De este sentido hostil doy fe como la darán algunas publicaciones clandestinas el día que éstas se incorporen a la crítica de estos escritores que tuvieron la desgracia de sobrevivir, es decir, traspasar el límite temporal asignado al efímero siglo de oro liberal que ellos habían creado. ¡Qué distinto recuerdo han dejado para las generaciones futuras, en su actitud humana, un Unamuno, muerto a tiempo, Juan Ramón, expatriado hasta la muerte y del que sólo han cobrado su cadáver, al que acompañará, en nota crítica menor, junto a la formidable obra literaria y científica de Ortega, Marañón, Azorín o Baroja conviviendo con la opresión mental, no la única, pero sí la más brutal que ha conocido la historia de España!

Sin embargo, esta postura retraída del intelectual frente a la revolución tiene su justificación. Sería inhumano solicitar del escritor actitudes heroicas que no son capaces de dar los mismos que se las piden y sería al mismo tiempo confundir dos misiones, la del intelectual con la del revolucionario profesional por el solo hecho de que aquél haya manifestado un idealismo político y social humano, ajeno a la demagogia con la que tiene que contar siempre el revolucionario de oficio. De estas posiciones de inhibición del intelectual frente a la revolución, política o religiosa, tiene la historia ejemplos bien significativos, pero ninguno más característico que el de Erasmo frente a la Reforma. El humanísimo sabio de Rotterdam gozó, por sus conocimientos e inteligencia, de un predicamento que puesto a uno de los dos lados de la balanza hubiera decidido el peso de la contienda. Así lo comprendieron ambos bandos, católicos y protestantes, que le acuciaban para arrancarle una declaración rotunda y parcial de la que siempre huyó. Su sola presencia física al lado de uno de los dos bandos en las Dietas componedoras hubiera sido suficiente para descalificar al contrario. Pero comprendió que lo que querían ambos grupos era abusar de su prestigio intelectual y, de seguro, inconforme con la intransigencia doctrinal de ambos contendientes se llevó al sepulcro la opinión de condescendencia y nos legó, para goce espiritual, una postura ecléctica adornada con las mejores galas literarias, modelo de humanísima transigencia y de actitud intelectual que hoy llamamos Erasmismo.

De este temple intelectual es la postura política de Marañón; actitud humanísima que frente a los excesos de los contendientes de sus días buscó en la historia de su patria otro ejemplo más de cecillismo político para proclamar a los cuatro vientos su transigencia. En esto, sin duda, pensaba Marañón cuando escribió esta página de fina penetración psicológica y digna de figurar en las antologías de escritos políticos. Titula el párrafo: CAPTACION DE LOS PRESTIGIOS POR LOS REVOLUCIONARIOS.

“Sucedió entonces, en el bando de los fueristas, el fenómeno habitual de los revolucionarios que presienten su derrota: el querer comprometer en su causa a gentes de autoridad reconocida, violentándolos por el terror para lograrlo y, a la vez, mortificándolos con sospechas de presunta traición a la causa popular. El fenómeno tiene complejos mecánicos ocultos. Es frecuente que estas personas de autoridad hayan mostrado su simpatía inicial a la causa revolucionaria, ya por desinteresada adhesión a los ideales generosos que se invocan en el movimiento —la libertad, la tradición, la igualdad social, etc.— ya por lealtad a cargos o compromisos públicos. Después vacilan, al ver desbordarse la marea demagógica; y entonces es cuando el revolucionario de oficio —el que hace la revolución por hacerla y la haría lo mismo por el ideal contrario— que surge en este momento y se impone a los demás; entonces es cuando, necesitando la autoridad que él no tiene, acude a los idealistas de primera hora, que vacilan; y les obligan y coaccionan para que proclamen una adhesión que ya no sienten. Mas desde ese instante, a nadie odia el revolucionario como a su forzado fiador, porque le ahoga el resentimiento de tener que pedir prestada la fuerza moral, sin la que presiente que no podrá vencer. De aquí la vigilancia agresiva a que somete al valedor del que desconfía día y noche; y no sin razón, porque la adhesión forzada es la forma de esclavitud de que con más ansia queremos liberarnos. Y un día, ocurre lo inevitable, la exteriorización del secreto antagonismo; la agresión al que se considera traidor; y también la incomprensión de los que, sin haber pasado por el mismo trance, juzgan cobardes a los sometidos. Suele decirseles que hubiera sido preferible morir a abdicar de sus convicciones; pero al decir esto se olvida que muchas veces tiene razón el hombre inteligente al considerar que, en el orden político, no hay casi nunca ideas dignas del sacrificio de morir; porque su calidad de buenas o malas depende, no de criterios fijos y eternos, sino de

humanas y aleatorias circunstancias. Lo grave no es morir por la verdad, sino saber, de tejas abajo, donde está la verdad que merece el sacrificio de morir. Además, a la larga, esa actitud de duda de los hombres representativos, es la que vence a la revolución y no la violencia de los contrarrevolucionarios. Todo esto, por haber sucedido tantas veces en la Historia tiene el valor casi de ley, ocurrió también en los días de la agitación aragonesa”.

Y en nuestra última contienda civil, parece decir el autor a los lectores, justificando con esas líneas una actitud frente a la intransigencia política desbordada que seguía aún más violenta en los años que sucedieron al fin de la lucha militar; porque la incomprensión que engendran las victorias en las mentes absolutas parece tener por misión ahondar más en las diferencias, que quieren perpetuar, añadiendo a los epilogos de las contiendas actos de venganza innecesaria que casi siempre malogran las victorias conseguidas. Es la falta de clemencia de los señores absolutos de todos los tiempos “a los que pierde siempre el no saber, y no lo saben por temor a su propia debilidad interna, cuál es el momento en que se debe usar de la generosidad. Temen parecer buenos antes de tiempo y llegan siempre tarde”, dice Marañón de Felipe II, censurando los actos de crueldad innecesarios que siguieron a la entrada de las tropas castellanas en Aragón después de las revueltas que motivaron la libertad y huida de Antonio Pérez a Francia y que resume a modo de aforismo político: “Siempre que el vencedor se niega a perdonar es que no está seguro de su victoria”. El tirano está exento de generosidad porque ésta es atributo sólo del buen gobernante y “cuando se busca el origen de esas profundas simpatías en hombres y mujeres próceres, se llega siempre a la conclusión de que brotan de un manantial que es, invariablemente, el mismo: la generosidad. Otras cualidades físicas y morales, pueden contribuir, como afluentes del río, a su formación; pero sin generosidad no hay atracción permanente y de eficacia profunda en los gobernantes”. De este temple generoso eran Enrique IV de Francia y su hermana Catalina, los monarcas que acogieron en su reino al perseguido Secretario huído de España. La reacción de Marañón contra los crímenes políticos; calificar al liberalismo de “actitud noble y generosa”; acreditar como vergonzoso el criterio jurídico de la responsabilidad retroactiva, común a todos los tiranos; señalar el vicio de la concusión como planta que florece sobre todo en los regímenes absolutos, y otros tantos

pecados políticos de nuestros días suponen una valentía de pensamiento que sólo una conciencia política libre y recta en su intención y actuación puede denunciarlos. Si alguien en la España que sucedió a la guerra civil hubiera escrito y publicado frases más contundentes y alusivas a la intransigencia y a la tiranía, tendría derecho a juzgar a Marañón un traidor a la causa de la libertad que él consideró siempre el móvil de todas las acciones nobles de los humanos.

#### GIOS POR LOS REVOLUCIONARIOS.

El dictador de cualquier tiempo no soporta las verdades como tiro directo, pero nunca falta un pretexto histórico que permita decir lo que prohíbe la censura. Este hecho que Marañón señala como una argucia de Antonio Pérez al utilizar a Tácito no sólo como inspiración de su obra "Norte de Principes", resumen maduro de su vieja experiencia política, sino de pretexto para decir lo prohibido, porque "en las épocas de represión del pensamiento surgen, invariablemente, los comentarios a Tácito; y Tiberio, lleno de profunda, de patética humanidad, es el modelo eterno del tirano y sirve de excelente cabeza de turco para desahogar sobre su recuerdo lo que no se puede decir del dictador vivo", sería lo que consciente o inconscientemente movió a Marañón a registrar la Historia de España y en ella no le fue difícil encontrar un episodio más en que la pasión intransigente coronaba una actuación política, tenida por tradición histórica como prudente y que coincidía con realidades actuales por muchísimas pensadas, pero que difícilmente podían ser expresadas si no se recurría a alguna astucia inteligente. No le fue difícil encontrar un motivo en nuestra historia, abundante en hechos de manifiesta intransigencia, la cual, vista con mirada retrospectiva, es decir, histórica, en la mayoría de los casos se conjuga con la violencia de los adversarios. Así ocurrió en la larga contienda sostenida entre Felipe II y su Secretario Antonio Pérez, poder contra astucia, de la que todavía no se ha apagado la pasión pues ha llegado hasta nuestros días dividiendo a los tratadistas del episodio en filipistas y perezistas, los que siguen alimentando la pasión moderna con alegatos de justificación partidista, en la mayoría de los casos con criterios ajenos a la historia. Marañón tuerca en la contienda con una oportunidad indudable justificando como muy antigua su afición por este episodio y como nacida de la contemplación juvenil de un ambiente del cual no han desaparecido aún, en sus días, los miasmas de la envidia que provocara entre sus contemporáneos la suntuosidad de "La Casilla", sus huertas y sus jardines, mansión de un "arribista

político, Antonio Pérez, precursor de tantos otros modernos y construida a precio de exacciones arbitrarias conseguidas a la sombra de una influencia política omnimoda junto a su Señor, el Rey. "Muchas veces he mirado —dice Marañón— las huertas y arboledas de La Casilla, a vista de pájaro, desde las terrazas del Hospital General, en las tardes de guardia, de estudiante, leyendo las historias de Antonio Pérez, cuyo espíritu flota aún por toda la barriada; y fue entonces cuando me nació la idea de conocer bien su historia y de escribirla". Y más tarde, en París, residencia impuesta por la guerra civil española, tuvo ocasión de investigar en los archivos franceses los documentos relativos al gran expatriado de finales del XVI y con el pensamiento en él conjugaría también su nostalgia de España, "donde estaban los suyos y todo ese mundo de cosas que no se advierten cuando se viven y que, al resucitar en el recuerdo del ausente cobran un profundo patetismo vital".

EL HECHO HISTÓRICO Y SU VERSION POPULAR. Los sucesos políticos en los regímenes absolutos, privados de luz para proyectarse al exterior, se graban en las mentes populares con caracteres indefectiblemente falsos pero con algún destello de verosimilitud a pesar de la intención deliberada de los ejecutores de apartar a la opinión de los verdaderos móviles del suceso. Hoy no podemos dudar de que Lope de Vega, unos años después de los hechos, recogió la versión popular del caso Antonio Pérez en su obra "LA ESTRELLA DE SEVILLA", muy desfigurada, como lo imponían las circunstancias de sus protagonistas, pero que en nada se contradice con su habitual técnica teatral encargada de captar todas las pulsaciones del corazón colectivo. Fue la crítica de los siglos XVIII y XIX la primera en darse cuenta de la similitud del hecho dramático fingido con el suceso histórico acaecido. Menéndez Pelayo conoció toda esta crítica perezista anterior a él, y aún más, fue el primer crítico español moderno que conoció los documentos de La Haya comprometedores para Felipe II pues ponen de manifiesto el conocimiento y asenso que tuvo el Rey en el asesinato de Escobedo, nudo del drama; pero su posición filipista le impidió definirse en cuanto a la semejanza en el estudio que precede a La Estrella de Sevilla en las Obras Completas de Lope, hecha por La Academia y dirigida por él. Por este motivo es difícil encontrar alusiones a la similitud en los Manuales de Historia Literaria porque en casi su totalidad repiten todavía la crítica de Menéndez Pelayo.

Lope traslada los acontecimientos a la época del Rey Don Sancho IV el Bravo el cual, en la visita que hace a Sevilla se prenda de una de las damas de la ciudad de las que acuden para aclamarle. El Rey descubre su pasión al cortesano Don Arias y éste se presta a servirle de intermediario para sofocar su pasión. La dama es conocida por sus virtudes y belleza con el nombre de la Estrella de Sevilla, hermana de Don Busto de Tavera, regidor de la ciudad y apasionada enamorada del Capitán Don Sancho Ortiz de las Roelas. El enredo dramático obliga a que el Rey colme de honores a Don Busto mientras el cortesano Don Arias prepara con el soborno de una esclava servidora una entrada nocturna en la habitación donde duerme la protagonista, contando con la ausencia de su hermano. Y como en toda comedia de capa y espada el Rey acude ambozado y la presencia inesperada de Don Busto provoca el consiguiente duelo. En situación apurada, el Rey Don Sancho declara su verdadera personalidad, motivo para que Don Busto redoble su impetu agresivo contra el que él cree un impostor, porque si bien el Rey —según el código del honor al uso— es el único que puede atentar contra la honra de sus súbditos, su pasión ciega le obliga a la venganza. La presencia de criados y luces obligan al Rey a huir para evitar ser reconocido. Asegurado Don Busto de que honor de su hermana está intacto, arranca la declaración de tercería de su esclava y la cuelga de una reja en una ventana del Alcazar. Enojado el Rey por la violencia de su súbdito, con el consejo de Don Arias, decide que sea Don Sancho, enamorado de Estrella, capitán valeroso y cumplidor fiel de las órdenes de su Rey, el que alevosamente ejecute al reo de lesa majestad y al aceptar ciegamente la orden rompe el papel que el Rey le entrega para librarle de las posibles persecuciones que se sucedan a su crimen. La sorpresa e indignación del fiel vasallo no tienen límites cuando se entera de que la víctima es el hermano de su amada. En el conflicto de pasión y deber vence este último y Don Sancho lleva a término su terrible misión entregándose inmediatamente a los Alcaldes para que lo maten. Hasta aquí, a pesar de las situaciones trágicas, no empieza el nudo de la obra que es el mismo del hecho histórico que el poeta trata de encubrir. Acosado por sus jueces el Capitán se niega a declarar los motivos de su crimen a pesar de que el mismo Rey le exige la verdad. El Rey entrega una orden secreta a Estrella para que saque de la cárcel al matador de su hermano pensando el Monarca que así le será más fácil deshacerse del Capitán al que después hará matar. Pero al enterarse de que su

libertadora es la hermana de su víctima, renuncia a la libertad y regresa a la prisión para que en él se cumpla la sentencia fatal. Finalmente, asombrado el Rey ante tanta obstinación, simbolo de una adhesión sin límites, se declara autor de la orden de muerte y el Capitán es confinado a la frontera de moros para que siga peleando, no sin antes hacer una declaración de fe amorosa por parte de ambos enamorados a los que separará en vida la sombra del asesinado Don Busto de Tavera.

Los personajes idealizados de la comedia no cabe duda que no admiten la menor comparación con las figuras reales del hecho histórico. El Rey Don Sancho el Bravo, guerrero indómito, conductor de sus propias huestes de victoria en victoria en guerra civil y de frontera, Rey galante e imprudente violador de doncellas como nos lo presenta el poeta, no tiene el menor parangón con Felipe II, ascético, melancólico, irresoluto, conduciendo su Imperio desde las oficinas de Madrid o de El Escorial. Ni hay tampoco semejanza entre la Estrella de Sevilla, personaje femenino arrancado de las viejas crónicas romanas y la Princesa de Eboli, mujer intrigante a la que movió más su pasión de mandar que el erotismo de que la acusa la tradición popular; un resto de feudalismo altanero aún no extinguido en los días de los Austrias. Y menos comparación cabe entre el noble Capitán Don Sancho, matador de Don Busto y el taimado Ministro de Felipe II, matador de Escobedo, el Secretario de Don Juan de Austria, al que sólo salva su recuerdo, en un mar de vicios políticos, la obstinada y sañuda persecución de que fue objeto por parte de un Rey todopoderoso y su astucia para librarse de tan eficaces garras. Finalmente, las dos víctimas tienen de común que ambos fueron víctimas de pasiones desorbitadas. Pero así era el teatro de entonces, tan español por sus contrastes: una visión idealizada y por lo tanto deformadora de la realidad y en este caso particular mucho más porque "por respeto a los egregios herederos de los protagonistas no le permitió llevar a la escena el episodio mas que con toda suerte de vaguedades. Hubo de disimular tanto a los personajes y dar a la tragedia apariencia tan excesiva de fábula, que la Eboli, Antonio Pérez y Felipe II se perdieron detrás de Estrella, Don Busto de Tavera y Don Sancho el Bravo".

También hubo una versión popular del episodio, confirmada por alusiones en las declaraciones del proceso, secundada por escritos

extranjeros según la cual, con ligeras variantes, venía a decir que la Princesa de Eboli, Doña Ana de Mendoza fue, incluso en vida de su marido consentidor, la amante de Felipe II y Antonio Pérez, primeramente, el intermediario en esta regia aventura. Viuda ya la Princesa y Antonio en la cumbre de su poder por la captación absoluta de la voluntad de su Rey, captó para sí incluso esta presea real. Juan de Escobedo que vino de Flandes a la Corte con asuntos de su Señor Don Juan de Austria, sorprendió estos adúlteros amores y como una muestra de fidelidad a su antiguo protector, el ya difunto Príncipe de Eboli, amenazó con denunciarlos ante el Rey. Los amantes decidieron deshacerse del delator en ciernes y planeando un asesinato de suma maestría complicaron al Rey, haciéndole creer que Escobedo era el instigador de supuestas ambiciones que abrigaba su hermanastro Don Juan de Austria y que por lo tanto era política su eliminación sin sentencia pública. El Rey accedió y Escobedo, tras unos intentos de envenamiento, como los resistiera, fue ejecutado a golpes de cuchillo en una calle de Madrid.

Como la obra dramática quiere sintetizar ante todo la exaltación de la fidelidad de los súbditos hacia su Monarca, no cabe duda de que esta actitud caballeresca es la que fingió siempre el Secretario Pérez con su Rey durante todo el proceso y, al final de él, cuando Felipe II después de muchas meditaciones que lavarían su conciencia se decidió a actuar de una manera fulminante contra su Ministro, sólo el tormento le arrancó la declaración que deseaba, comprometiendo con ella más que al Rey, al Marqués de los Vélez, primer Ministro en los días en que se meditó y ejecutó la sentencia contra Escobedo, pero ya muerto. Sabemos hoy que este rasgo de fidelidad fue fingido y que su silencio entrañaba un mar de enredos que no podía poner al descubierto sin comprometerse muy gravemente. Pero la imaginación popular exaltó al Ministro caído, perseguido por su Señor durante once años, inducido al crimen por una orden real y como sólo levantando su silencio podía salvarse, prefirió lo que le aconsejaba su obligación. Tenía razón el austero Monarca cuando irónicamente reprendía las aficciones teatrales de su Secretario en notas añadidas a los mismos papeles del despacho oficial; su desdén hacia las ficciones dramáticas estaba justificando porque el amonestado iba a aprenderse muy bien la lección y la aplicaría algún día en provecho propio, motivo para el Rey de tantas pesadumbres y desvelos.

La semejanza no concluye en el nudo, iguales como hemos visto en ficción y suceso. Hay más rasgos de identidad. Cuando el Rey de la Comedia objeta al adúlador Don Arias que la muerte violenta de Don Busto puede provocar el escándalo, el cortesano le da la solución al día, es decir, a la de los días de Lope: un proceso de investigación, anterior al crimen, desviaría la atención pública. Lo que ocurrió exactamente en el caso de Antonio Pérez. Mientras Felipe II sosegaba su conciencia alterada, para comenzar su actuación contra el Secretario, ordenó primeramente un proceso de investigación, el que se iniciaba con todos aquellos altos funcionarios que perdían la gracia real y al que se llamaba entonces el "Proceso de la Visita"; así lo retuvo años a su disposición, estirando o aflojando la cuerda a su antojo, mientras acumulaba contra él los cargos más graves y al mismo tiempo desviaba la atención pública de los verdaderos móviles del suceso. Y como en la comedia, inesperadamente, ambos reyes exigen de sus comprometidos súbditos la declaración ante los jueces de las verdaderas causas del crimen. Este hecho, aparentemente insólito, consolidaba aún más el nudo de la ficción y en cuanto al suceso, si bien conocemos hoy los verdaderos motivos de esta decisión regia, los contemporáneos no podían llegar hasta ellos confundidos como estaban intencionalmente. Pero no cabe duda de que la opinión de la calle recogió este cambio en la actitud regia y Lope, con el mismo carácter de extraordinario, como "Deus ex machina" de la comedia, lo asimiló a su obra. Y nadie, en ambas Cortes, la de Sancho y la de Felipe, siente el menor rasguño en su conciencia cristiana ante la monstruosidad de eliminar al individuo que estorba con procedimientos tan radicales. En la comedia este poder tan absoluto del Monarca podía ser un convencionalismo dramático, pero en la realidad asombra que no aparezca la menor objeción personal contra este desbordado poder. Y la identidad se continúa todavía en episodios secundarios. La justicia que se toman ambas víctimas con los infelices seres que juzgan comprometidos en su desgracia: Don Busto, en la comedia, cuelga de una reja a la esclava comprometida; Don Juan de Escobedo, después de los repetidos intentos que se llevaron a cabo para envenenarle queriendo evitarle el hierro, descubrió como cómplice a una sirviente suya que fue ahorcada en la plaza pública. Y los tan ponderados y escondidos papeles que como un tesoro guardó para su defensa el Secretario y con los que amenazó constantemente a su Rey, la imaginación popular los resumió en sólo uno de la comedia:



el que rechazó de su Rey, rompiéndolo, el Capitán Don Sancho, patente de impunidad para el crimen que iba a ejecutar. Fue la exaltación de la caballería de la víctima. De seguro que el Secretario no hubiera roto nunca esta patente que tanto ansió porque nunca pudo arrancársela al desconfiado y cauteloso Señor suyo. Y más similitudes que se hallarían en un análisis minucioso de la obra de Lope obligan a creer que "en suma, ningún otro documento contemporáneo nos da una idea como es "Estrella de Sevilla" del aspecto legendario que rápidamente adquirieron los sucesos en torno al asunto de Antonio Pérez".

**LA PASION Y EL FACTOR ECONOMICO COMO SUCEOS HISTORICOS.** Las dos versiones anteriores, la dramática y la popular, casi nos han puesto al corriente del hecho histórico ya que por ellas conocemos los principales personajes en relación con algunos de los motivos por los que se movieron estos protagonistas. Pero las verdaderas causas seguían ocultas aun en nuestros días a pesar de que ya podemos decir que está agotado el hallazgo de documentos relativos al caso Antonio Pérez y muy difícilmente se podrán añadir nuevos papeles que modifiquen sustancialmente su historia. Sólo se necesitaba el historiador imparcial desprovisto de pasión personal ya que la pasión de los tratadistas era la causa de su oscuridad medida con fines particulares. Que la pasión no puede desaparecer del tema, esto es indudable; nació con ella, vivió alimentada de odios y resentimientos y terminó en una explosión de venganzas que arrastró conjuntamente a los que se acercaron al fuego de esta pasión con nobles ideales, confundidos con aquellos otros a los que sólo movió el miedo personal y sus resentimientos. Emplear la pasión, no como postura del historiador, sino como ingrediente histórico, es una novedad aquí ensayada y que utilizada en otros muchos casos colocará a los hechos en su verdadero y justo medio de interpretación. Esta técnica es la usada por Marañón y la resume en un aforismo que se debe añadir a los axiomas históricos: "La pasión es también Historia, pero siempre que se la considere como suceso histórico y no como método histórico". Por lo tanto la pasión bulle por todas partes, desde el principio hasta el fin de la extensa obra sobre Antonio Pérez; pero en los remansos tranquilos creados por el historiador y hábilmente distribuidos como descansaderos del libro, nos invita a la meditación y el lector, en inconsciente confesión, se declara sujeto apasionado de su Historia, de los aconteci-

mientos que le ha tocado vivir, al mismo tiempo que la voz de la cordura, dulce por su humanidad, le consuela: la pasión es impulso humano loable siempre que sea sincera; pero la contención es virtud inteligente y, usada con energía, reprime los impulsos. Analiza lo que estás leyendo: a la pasión no se le puede oponer la pasión porque eso es la intransigencia que sólo produce engañosas satisfacciones personales y tú, lector, aunque eres un solo individuo, no obres como estos protagonistas apasionados porque todos, ellos y nosotros, nos pertenecemos a la Historia que nos juzgará, incluso a estos soberbios que se creyeron exentos de sus juicios.

Lo mismo podemos decir del factor económico, no olvidado, pero si subestimado por los historiadores. Sin embargo es el móvil oculto de muchos hechos de la Historia ya que la ambición de poder se ha conseguido tantas veces mediante especulaciones económicas, adornadas estas conquistas con laureles que ocultaban tan prosaicos medios. Este período de la Historia que analiza Marañón con motivo del caso de Antonio Pérez es uno de esos momentos en que el factor económico jugó un papel preponderante y, como es natural, no pudo escapar a su análisis minucioso. Flota por todo el libro porque los Banqueros europeos fueron una pieza fundamental en el Estado español de los Austrias y uno de sus medios de persuasión, el soborno, empezaba por las altas esferas del poder para contaminarlo todo en escala descendente y en cuantía bien medida según el papel que cada individuo representaba en su esfera política. Hoy podemos leer, pues están conservadas en los archivos, minutas detalladas de estas "gratificaciones" despachadas desde los centros bancarios de Italia para asombro de aquellos ingenuos que juzgan la Historia sólo por hechos políticos y militares. Aplicado el factor económico como suceso de crítica histórica ha producido en el caso de Antonio Pérez efectos inauditos. A este gran contaminado Secretario al que su fracaso lo delató con todos sus vicios, no mayores que los de tantos hombres públicos de antes y de ahora, le movió siempre una gran ambición de riquezas y el poder fue su medio para conseguirlos y llenar una vanidad ostentosa que sus contemporáneos juzgaron desafiante, sobre todo la engreída y decadente nobleza española que tenía que humillarse ante este "parvenu" de origen discutido para conseguir las dignidades y empleos que se despreñaban de la gracia real. Y el que triunfa, no alcanza el perdón muchas veces, "sobre todo en España, donde todo hombre

que sube, antes que para cualquier otra cosa, para servir de blanco al recordar de los que están abajo". Sus relaciones con la Banca fueron siempre cordialísimas y por ello podemos sospechar la calidad de sus buenos servicios. Incluir en la patética historia de Antonio Pérez lo que en términos bancarios modernos llamaríamos su "estado de cuenta", con todos sus ingresos legales que restado de los gastos daban un saldo negativo enorme, llenado con las "gratificaciones" y concusiones extraordinarias, todo esto podrá parecer materialismo histórico, nota de mal gusto incluso, censurado por los idealistas de la historia, pero para aquel historiador que juzga lo económico como suceso histórico y de él va a deducir sus consecuencias, entonces sí tiene importancia. El mayor público de la Historia, como el del teatro, prefiere el vaudeville y se entusiasma con las historias galantes de encopetadas damas con arribistas políticos, como lo seguimos observando todavía en nuestros días. Pero en muchos casos, esas relaciones son sólo aparentemente sexuales, encubren operaciones económicas que deben ser disfrazadas y entonces hay que seguir alimentando el engaño que perdura y se incrusta en el alma popular. Este factor económico ha modificado por su base la leyenda popular, admitida por gran número de historiadores, según la cual el eje relativo a los sucesos en torno al Secretario Pérez fueron sus amores ilícitos con la Princesa de Eboli y la venganza de su Rey una reacción de sus celos; puro engaño. Desnuda la íntegra personalidad humana y política del Secretario, la de su adversario también; descubiertas las pasiones imperativas de la supuesta concubina y desmenuzado el ambiente de hipocresía donde se movieron todos los personajes, resulta de una claridad meridiana que las amenazas de Escobedo recién legado de Flandes y que antes había estado en Italia con su Señor Don Juan de Austria, apuntaban a negocios descubiertos en aquellos sus dos campos de operaciones preferidos por lo delicadamente que tenían que ser tratados los asuntos de aquellos Estados y que se prestaban, por su delicadeza, a un mejor chantaje. Probablemente los rebeldes flamencos supieron con muchísima antelación todas las medidas acordadas contra ellos en el Real Consejo de Madrid. El Pontificado, escarmentado por la dura lección recibida en el reinado anterior cuando Roma fue saqueada por las tropas imperiales comprendió que sus Nuncios, como los diplomáticos de los otros países, topaban con el hermetismo de aquella Corte y decidió, con el halago y el soborno, romper la muralla por el flanco débil que a cualquier inteligencia se le apunta. La

Banca sólo consoló al Secretario en su desgracia, pero Roma, estando perseguido, no lo abandonó nunca pues siempre contó con el apoyo moral y a veces material de las altas Jerarquías de la Iglesia, inspirado sin duda desde las altas esferas, y del que estuvo tan necesitado en los últimos años de su existencia. Después de todo esto es cuando nos damos cuenta de la eficacia del método histórico aplicado por Marañón en este embrollado asunto y como siempre veremos que lo resuman sus palabras: "Los historiadores olvidan la trama económica, menos brillante y entretenida, pero que representa una fuerza tan grande como la política, paralela a ésta, cuando no alma de ella. Los documentos de la vida económica están sin embargo en los archivos sin más ni menos misterios que los de orden político y militar. Las divagaciones de los historiadores sobre con-fabulaciones de fuerzas secretas, poderes ocultos, fuerzas misteriosas como judíos, masones, jesuitas etc. tienen su realidad económica como en el XVI los banqueros".

**DOS RETRATOS Y ALGUNOS SUCESOS.** No es mi propósito seguir el curso de la obra porque el lector interesado por el asunto puede saciar su interés en cualquiera de las ediciones que circulan. Hemos destacado anteriormente la repercusión que el suceso de Antonio Pérez tuvo en la imaginación popular y me he detenido en el análisis de la obra de Lope porque merece la pena que este dato se incorpore a la crítica literaria y con este objeto lo hemos destacado. Después hemos resaltado la pasión y el hecho económico por creer que estos dos factores aplicados por el historiador como método habían conducido a conclusiones que modificaban la versión popular del suceso y daban con la que ya creemos la clave del enigma. Ahora nos queda la labor de resumir en diagnóstico-retrato las dos principales figuras del libro tal y como las ve su autor: Felipe II, Antonio Pérez y al mismo tiempo, y de pasada, tendremos que detenernos también en alguno de los episodios del suceso para destacar el pensamiento del historiador que es parte principal del objeto de este artículo.

**FELIPE II.** He aquí un gran enigma de su historia. La pasión ha envuelto su memoria que nos la presentan unas veces con halo de santidad y otras con los atributos más perversos que pueden caracterizar una conciencia humana. Pero ni santo ni demonio, dice Marañón, sino un hombre de naturaleza compleja con signos degenera-

tivos iniciales que se desbordan después en sus sucesores como consecuencia de una serie de matrimonios antinaturales de los que él fue la primera víctima. La depresión heredada de sus antepasados y que se manifiesta aún en brotes vigorizados con la mezcla de sangre plebeya como fue su hermanastro Don Juan de Austria, le sumía en fases de abatimiento de las que sólo surgía empujado por un sentimiento del deber casi religioso; pero la indecisión turbaba su espíritu sobre todo en los momentos de las grandes decisiones que relegaba siempre para después, dando tiempo al tiempo; en estas vacilaciones está el gran fracaso de su vida política. La irresolución la suplía con una minuciosidad inaudita que los contemporáneos y colaboradores juzgaban como una virtud suya pero que mejor interpretada es "una borrachera de preocupaciones mínimas para quitar espacio a las resoluciones trascendentales: una fuga de lo que nos obliga". Seguramente, conocedor de su carácter, quiso disfrazar su timidez hereditaria con una máscara de severidad que encubriera su ánimo débil y que no menoscabara la omnipotencia de su autoridad. Su vestir, a partir de la mitad de su vida, era sobrio, de negro, que "parecía puro médico"; hablaba en voz baja para desconcertar lo mismo que con su mirada; su sonrisa cortaba como espada y por eso no la llevaba al cinto. Marañón ha penetrado por debajo de esta máscara ornamental, factor necesario al dictador, a pesar de la dificultad que entraña llegar hasta la intimidad de un jefe absoluto del que se perciben los gestos los cuales nada tienen que ver con su verdadera sicología y ha deducido que esta compleja personalidad es la de "un tímido permanente, sin fases de euforia y optimismo; y por tímido, desconfiado y cauteloso". Y partiendo de este diagnóstico síquico lo primero que se destruye es el sobrenombre con el que se le conoce en la Historia: el Prudente. La timidez como rasgo síquico no comprendido puede muy bien confundirse con la prudencia, pero analizadas las acciones del Monarca, un número muy considerable de sus actos trascendentales como gobernante no gozaron de la cordura que justifica esta virtud, mientras que la indecisión ante las soluciones inminentes caracterizaron todos sus actos políticos. No obstante, si un carácter opuesto le ofrecía las soluciones rápidas que contrarrestaban su indecisión, entonces se abrían de par en par las puertas de su falso interior y se penetraba en la fortaleza con la audacia o con la adulación. Mateo Vázquez, su Ministro más durable, se ganó la voluntad de su Señor mediante la adulación y como ésta no tenía dobleces, no hubo conflicto. Antonio Pérez penetró armado de una formidable audacia que mientras se mantuvo difrazada de humildad no entró en conflicto, pero una vez ganada la gracia se sintió atacado por el vértigo de la altura cometiendo toda clase de imprudencias que transformaron el antiguo afecto en odio. La conciencia escrupulosa del Monarca fue, sin duda, la causa de su irresolución inicial, pero cuando estuvo convencido de las culpas del Secretario y de que sus delitos de esa patria, aunque originados en su ambición, merecían un castigo ejemplar, desde entonces fue inflexible, no vaciló más, y al ver que la presa se le escapaba de las manos, para satisfacer su justicia que aplicada con procedimientos absolutos se confunde con la venganza, no dudó en comprometer a instituciones tradicionales como la Inquisición y los Fueros aragoneses, quedando la primera menoscabada gravemente en su autoridad y los segundos ahogados en un mar de sangre. Hoy nos asombra el excesivo carácter legal que Felipe II quiso dar al castigo de su Ministro caído cuando Tiberio por medio de Tácito soplabá en los oídos de las Cortes renacentistas procedimientos más expeditos con los que se despachaba a los sujetos que molestaban, Escobedo pocos años antes. Después de la lectura de la obra de Marañón nos podemos explicar este cambio de la conducta real y atribuirlo a su conciencia escrupulosa, tan severa y melancólica en el declive de su vida, como los muros del Escorial en que vivió cercada. La meditación de las culpas de Antonio Pérez y la de su propia complicidad en el asesinato de Escobedo le traerían a la memoria otros hechos de justicia expedita que turbarían su ánimo, siempre poco vigoroso, pero más debilitado ahora por la conciencia de sus culpas. Intuyó el futuro y adivinó que otros dos hechos, si es que fueron los únicos, de los que creyó haber destruido todo rastro para la Historia, comprometerían a su persona y salpicarían con sus culpas a la misma patria. ¿Quiso dar marcha atrás y dejar en el meditado proceso de Antonio Pérez un modelo de perfecta legalidad para que la esgrimieran sus defensores frente a otras irregularidades jurídicas que por circunstancias no se pudieran borrar completamente? Antonio Pérez tuvo la suerte de entrar con sus peligrosos juegos en este momento del ánimo real y Felipe II la desgracia de que sus dilaciones dieran tiempo para que el reo pusiera en juego toda su capacidad de astucia para escapársele de las manos haciéndole caer en intransigente violencia y lo que quiso ser un acto de arrepentimiento que lavara todas sus culpas anteriores se incorporó como un cargo más contra su memoria. Los

por el flanco débil que a cualquier inteligencia se le apunta. Lo

dos casos a que hacemos referencia antes son: la muerte del Príncipe Don Carlos y la oscura Tragedia de Simancas. Sobre el primero los antifilipistas han cargado todas sus furias convirtiendo un doloroso drama de conciencia del Rey en bandera del liberalismo tolerante frente a la intransigencia religiosa del Monarca. La pasión acertó cuando escogió al Príncipe Don Carlos como bandera de ese liberalismo que proclama, pero se excedió en las consecuencias que trató de deducir. Poquísimos documentos y algunas alusiones relativas a la muerte del Príncipe no dan ninguna luz sobre el desenlace de este hecho cuya verdad se llevó el Rey al sepulcro. Pero si sabemos, y en ello no hay la menor duda, que el hijo del Monarca, entonces el único varón y por lo tanto su heredero obligado, fue ganado para lo que en terminología de hoy llamaríamos "la causa de la paz", frente al partido belicista que proponía el exterminio de los protestantes en las guerras religiosas de los Países Bajos, manzana de la discordia en toda la vida política del reinado de Felipe II. Tampoco se puede dudar ya de las relaciones secretas del joven Príncipe con los cabecillas rebeldes flamencos que encontraron en él y en el partido de la paz capitaneado por el Príncipe de Eboli un firme apoyo para sus aspiraciones. Lo que después pasó fue la prisión de Don Carlos y la separación del Príncipe de Eboli, compañero de la infancia y Privado del Rey, decisión que justifica las relaciones apuntadas. Lo demás, misterio que tanto se presta a la divagación novelesca. De este hecho sacamos consecuencias para nuestra historia. Antonio Pérez, muerto el Príncipe Eboli, antiguo protector suyo y según algunas lenguas contemporáneas su progenitor, se adjudicó para sí la jefatura de este partido de la paz en el que siempre militó; he aquí sus relaciones con Flandes la causa de sus desgracias posteriores. Otra consecuencia es la suspicacia de Felipe II hacia las personalidades fuerte, motivo de muchos de sus grandes fracasos. Los signos degenerativos hereditarios que se presentaron en el Príncipe Don Carlos, irrumpieron en él de manera violenta, creando una personalidad equivocada con apetencias de actividades que puestas en práctica hubieran conducido necesariamente al fracaso; pero provocaron la suspicacia del Rey y por fracaso de interpretación se convirtió un hecho falso en una tragedia familiar. Y reincidió cuando Antonio Pérez envenenó su conciencia con sospechas hacia su hermano Don Juan de Austria, una personalidad fuerte, pero más fuerte en la conciencia popular que lo era en su realidad siquica, y de nuevo la suspicacia le movió a dar su consen-

timiento en el asesinato de Escobedo. Y su recelo por las personalidades fuertes le llevaba a elegir a los mediocres para las grandes empresas y su consecuencia obligada, nuevos fracasos: La Invencible, Flandes. Esta suspicacia es, sin duda, una secuela de su timidez y no esta bien calificar de "El Prudente" a quien cometió tales imprudencias. No se conocería todavía en aquellos días la ciencia que analiza la personalidad, pero ya se conocía la cordura como verdadera prudencia.

El otro hecho ocurrido en el reinado de Felipe II y sobre el cual se guardó la mayor reserva es el que llama Marañón "La Tragedia de Simancas". El jefe del partido belicista español, el Duque de Alba, estuvo encargado de la "pacificación" de Los Países Bajos, empleando allí los métodos que propugnaba su política belicista de la que se excluía sólo a Inglaterra ya que su lema era: "paz con Inglaterra y guerra con todo el mundo", un enorme contrasentido porque las campañas españolas en los Países Bajos afectaban a Inglaterra que apoyaba espiritual y materialmente a los rebeldes. El carácter religioso de la contienda con el que se encubría la lucha por la independencia al frente de la cual se encontraba toda la nobleza fue la causa de una mayor saña por parte de los dos bandos beligerantes. Todavía se recuerda hoy con terror la violenta actuación del general español y las madres siguen asustando a sus pequeños con su recuerdo: ¡Qué viene el Duque de Alba! En una de las campañas cayó prisionero el Conde de Montigny, condenado a muerte en Flandes, enviado a España en 1570 y ejecutado silenciosamente en la fortaleza de Simancas. El hecho en sí, aunque humanamente importa, podría justificarse por la llamada "razón de Estado" con la que se llenaban la boca y aquietaban sus conciencias después de estas monstruosidades jurídicas los políticos que entonces se decían discípulos de Maquiavelo, aunque las cosas hubieran sucedido lo mismo si el Secretario de Florencia no hubiese movido jamás su pluma. Lo que nos asombra es la frialdad con que el Rey en carta escrita de su propia mano, firme y segura, porque la culpa aparece en el desasosiego de la escritura, comunicaba al Duque de Alba la sentencia cumplida y el equívoco que quería filtrar entre los partidarios del Conde Flamenco: "sucedió tan bien que hasta ahora todos tienen creído que murió de enfermedad y así se ha de dar a entender allá, mostrando disimuladamente dos cartas que irán de aquí." Después de leer estas líneas cabe la sospecha, justificada,

de que otras desapariciones de personajes en el momento oportuno fueron "justicias" de igual modo. En los sucesos de Aragón, cuando las tropas castellanas entraron en aquel reino para pacificarlo, la nobleza, que por cobardía había coqueteado con los revolucionarios, se le presentó adicta. La falta de clemencia en los jefes absolutos de la que hemos hablado antes, cometió el error político de encerrar en sendas fortalezas a los dos más linajudos aragoneses, el Conde de Aranda y el de Villahermosa que, con poca diferencia de meses, murieron en su prisión el 4 de Agosto y el 6 de Noviembre de 1592 respectivamente, muy poco antes de la llegada de Felipe II al reino sublevado para presidir las Cortes de Tarazona donde se cortaron los vuelos a los fueros de Aragón. Los filipistas se indignan de que los enemigos del Rey le atribuyan estas dos víctimas más, pero la coincidencia, ya juzgada por los contemporáneos, es bastante sospechosa, sobre todo después de conocer la tragedia de Simancas. Claro es que no en todo el contenido de estos actos violentos imperaba la maldad pues hay en ellos un rasgo de generosidad por parte de jueces tan implacables. Siempre se buscaba la manera de que estas víctimas llegaran a la antesala de la muerte confesadas, extremo por el que se preocupaba mucho Felipe II, a veces difícil porque no todas las veces se podía fijar exactamente la hora del tránsito por lo circunstancial del procedimiento escogido; a Escobedo sus verdugos lo estuvieron rondando varios días hasta hallar el momento oportuno. En el caso del Conde de Montigny hubo espacio para una larga antesala que se le encomendó a un magnífico teólogo dominico, Fray Hernando del Castillo, elevado después de esta misión a confesor del Rey, para que ayudara en este trance al rebelde flamenco. Con sus consuelos y un poco de humanidad que pusiera en su cometido el verdugo debió quedar bien despachado el atribulado Conde. ¡Esto si que es, como diría Unamuno, meterle a uno el Cristo a cristazos! Los detalles relativos a este hecho fueron conocidos por muy pocos, pero desde luego por este confesor y por Antonio Pérez que debió poseer papeles comprometedores para el Rey relativos a este asunto y que sería los que esgrimía como amenaza siempre que sus jueces le apretaban el cerco; amenazó pero nunca declaró el secreto. Fray Hernando del Castillo y Antonio Pérez fueron grandes amigos, amistad que se continuaba aún en la desgracia del Secretario y fundada sin duda en la complicidad "in mente" en un mismo delito. Y para cerrar este capítulo, como colofón obligado, la reacción de Marañón contra los crímenes polí-

ticos: "Es difícil, al hablar de esto, dejar de comentar con horror aquella manera de hacer justicia —no privativa ciertamente de nuestro Rey y de nuestra patria—; justicia en silencio, sin la sola disculpa que puede tener la pena de muerte, la ejemplaridad; suponiendo, con monstruoso orgullo, que los hombres pueden suprimir la existencia de otros hombres sin contar más que con su conciencia, como la de Dios, infalible. Así se vivía y moría entonces; y, a veces, también ahora".

ANTONIO PEREZ. Así como Felipe II ha sido víctima de la pasión que consiguió aminorar su figura, la de su Secretario y Valido, agigantada por la persecución, aparece desproporcionada en su verdadera realidad humana. Colocar a ambos personajes dentro de su justa medida creo que es el principal valor que se puede deducir de la obra de Marañón. Antonio Pérez fue un hombre de oportunidades y como era inteligente no desperdició una. El recelo de la Monarquía de los Austrias hacia la nobleza, fenómeno común a las monarquías europeas de entonces, dió acceso a una clase media que ocupó los puestos burocráticos de la administración y con ellos en la mano pudo hacer su juego y sobresalir por encima de una nobleza disminuida en sus prerrogativas la cual se sometió dócilmente a esta nueva clase, poseedora ahora de la gracia real, símbolo del poder de entonces. De esta sumisión se contagió casi toda la nobleza, con excepción del Duque de Alba y los allegados suyos que mostraron su repulsión íntima, manifestada en hostilidad externa, hacia estos arribistas a los que combatió con la misma tenacidad que a los calvinistas de las guerras religiosas. Hoy, haciéndole justicia, no se ha de ver en él sólo sus pasiones que sabía detener a tiempo, como lo demostró en la desgracia del Secretario; entonces no puso más peso sobre su infortunio como hicieron los ruines, sino que en una sola frase: "los asuntos de ese Pérez", resumió la altanería de su clase y como el antiguo odio se había transformado después en un piadoso desprecio. Pero sus virtudes son también dignas de ser tenidas en cuenta y como tal juzgo yo su alto sentido de la responsabilidad al que le empujaba no sólo la satisfacción del deber cumplido, sino su concepción de los blasones como obligación, noble sentimiento aristocrático que, con su rígido puritanismo, le acerca más a la nobleza inglesa cuanto se aparta de la blandengue y conformiza nobleza castellana. Los prejuicios inamovibles de su Rey hicieron fracasar estas virtudes suyas

real por el cambio entre dos vidas, la juventud sensual, alegre y opti-

sobre todo porque su concepto exagerado del burocratismo le hizo el más antiaristócrata de los Austrias y en su anti confundió a toda la nobleza, despreciado incluso estos brotes sanos y aprovechables.

Del tributo que la carne del clérigo Gonzalo Pérez, Secretario del Emperador Carlos V, pagó al mundo, nació Antonio Pérez, lo más probablemente en 1540, en Madrid, de donde era su madre doña Juana de Escobar, la que muy raramente se cita en su historia por la que pasa como una sombra fugaz. Si el Secretario Gonzalo era clérigo ya cuando lo procreó o fue tenido antes de estar obligado a matrimonio o religión alguna, como dice el acta de legitimación, fue discusión de sus días sobre la que se han alargado después los comentaristas. Desechando por malintencionada la opinión de los inquisidores que tejieron su proceso y dando crédito a la formidable memoria de Felipe II para estas menudencias hay que decidirse por la primera opinión, según lo creía el Monarca: "que era su padre clérigo cuando lo hubo". Como bastardo de clase alta de la Corte pasó su infancia y niñez en el campo, en las tierras que pertenecían a los Príncipes de Eboli, con cuya casa estuvo después íntimamente ligado y motivo de la especie que corrió por la Corte según la cual Antonio fué hijo de Eboli y Gonzalo lo adoptó como era costumbre con los bastardos de los nobles. Antonio Pérez dejaría correr muy gustoso esta noticia que justificaba sus relaciones con la Princesa viuda. En las Universidades españolas de Alcalá y Salamanca alternando con las de Italia y Flandes, forjó su formación intelectual superior a la de todos los burocratas de su época. Pero la verdadera doctrina política la aprendió de "su tío", el secretario Gonzalo Pérez a cuya secretaría fué agregado haciéndosele venir de Italia contra su voluntad, por indicación del Príncipe de Eboli, Privado del Rey. En 1566 murió su padre, el secretario Gonzalo Pérez, y a pesar de que el Monarca "quería gran virtud y recogimiento en los Ministros y Oficiales participantes en sus secretos", si hubo alguna oposición por parte del Rey pronto se rompió por la presión de sus cortesanos allegados porque de 1567 es su nombramiento de Secretario de Estado para los asuntos de Italia y del que tomó posesión en 1568. Antes de abandonar definitivamente a Gonzalo Pérez hagámosle responsable del resentimiento que cuidadosamente alimentó en su hijo Antonio contra el Duque de Alba, cruel con estos burócratas surgidos de la oscuridad y que Marañón califica de "fracaso del penacho" porque el secretario del Emperador no

llegó "al escalón final del triunfo que quizá es sólo vanidad, pero que cuando no se alcanza, hace que muchos hombres, triunfadores en todo lo demás, se consideren defraudados".

El ascenso a la Secretaría concidió con su matrimonio con Doña Juana de Coello, ilustre matrona, si bien fea y pobre, un modelo de abnegación porque no lo abandonó un instante en su desgracia, auxiliar magnífica en todos sus planes de fuga, administradora de las almonedas que se hicieron con los bienes familiares y cuando su esposo vivía desterrado en París ella no cejaba en su empeño de conseguir su regreso. Pero los devaneos amorosos de la juventud de Antonio, sumados acaso a otras prácticas sexuales no muy ortodoxas aprendidas en Italia, fueron, sin duda, motivo de alejamiento de sus protectores. Pero todo se disipó con su matrimonio. Lo que nos descubre ahora Marañón es que "esta intachable matrona, doña Juana de Coello, había tenido sus horas de juvenil pasión y una aventura y un hijo con Antonio Pérez; y la negativa de éste a santificar con el sacramento el fecundo desliz", motivó que el Príncipe de Eboli, según secretos de la Corte y como es natural transmitidos por una mujer, tuviera a Antonio "por un poco levantado, y no estaba bien con él desde que vió el recusar casarse con esta mujer y el inconveniente que para esto puso, y que habiendo ella parido de él, rehusara de casarse con ella". Hemos dicho ya que el matrimonio disolvió todas estas sospechas y hay que hacer notar que el componedor de las partes en este asunto matrimonial fué nada menos que Escobedo, su víctima a diez años fecha. Este tiempo que va de 1568, matrimonio y ascenso inicial de su carrera política, hasta 1578, cuando traspasaron a Escobedo, fué el periodo de captación de la gracia real, el "Jaque al Rey" y además la pérdida de la cabeza del Secretario, "Vértigo de altura", como Marañón denomina acertadamente a estos dos periodos de la vida de Pérez porque la ascensión es "accidente que no se suele perdonar a los que no son suficientemente inteligentes, prudentes y dueños de sí mismos para darse cuenta de que todo poder, por legítimo que parezca, encierra una suerte de agravio para los demás, agravio que, desde un principio, hay que hacerse perdonar. Aún proponiéndoselo así, y nuestro Secretario no se lo propuso, el triunfador no alcanza el perdón muchas veces". Irrumpe el Secretario con su inteligencia y juvenil decisión en el "año climáterico" de la indecisión real por el cambio entre dos vidas, la juventud sensual, alegre y opti-

mista de Felipe, con su casa de campo rica y pagana de Salduña y "el Felipe ascético, irresoluto, melancólico, de la declinación representado por los severos muros de El Escorial". Y "como disponer de la voluntad del que todo lo puede conduce irremisiblemente a abusar de ella, y el débil con poder, cuando se da cuenta de que es un prisionero tarda en reaccionar pero, al fin reacciona, y no lo perdona jamás", creo que este ir más allá de donde se puede llegar fué lo que no midió la inteligencia del Secretario y el motivo de todas sus desgracias, y como el fracaso en los hombres públicos ilumina todos los vicios de éstos, una vez que perdió la gracia real llovieron sobre él las denuncias que agrandaron aún más sus maldades.

Una vez que Antonio Pérez ingresó en la corte, para sacar provecho de ella, tenía necesariamente que afiliarse a uno de los dos bandos en que estaba dividida la política de entonces: el partido pacifista, capitaneado por el Príncipe de Eboli y el belicista que presidía su rival el Duque de Alba. Al Secretario no le cupo elección porque por simpatía y tradición familiar, su padre Gonzalo, y por agradecimiento hacia sus protectores, formó inmediatamente como soldado en las filas pacifistas. Estos dos partidos tuvieron su origen en los bandos de las Guerras de las Comunidades, la primera escisión de España en la Edad Moderna. Se proyectaron hacia la política exterior en la transigencia e intransigencia de las luchas del Emperador contra los protestantes y después, en el reinado de Felipe II, en la diplomacia frente al belicismo en los problemas de Flandes y en la anexión de Portugal. Y como siempre, cuando la pasión ofusca los ojos de la Historia se truecan los papeles de los protagonistas. Los pacifistas de ahora son, ideológicamente, los nobles y pueblo que dendaron al Emperador contra una parte de la nobleza todavía insumisa, feudal y altanera que, con su belicismo, quería mantener prerrogativas y privilegios condenados ya por la evolución moderna la sociedad. Y el equívoco está en que estos nobles belicosos fueron elevados, por tópico político llevado hasta el absurdo, a la categoría de ídolos por historiadores y publicistas liberales del siglo XIX que no vieron en ellos su verdadera realidad: la reacción de aquel momento político. Como ambas fuerzas, reacción y progreso, con estos o con otros nombres, son eternas en todo Estado es por lo que Marañón, a pesar del anacronismo, trata de identificar a los pasifistas de entonces con los liberales de hoy, abiertos al ex-

terior, progresistas, comprensivos y dúctiles frente al belicismo conservador, absoluto, rígido, hostil y totalitario. Y los turnos de estos dos partidos, como los de hoy, aspiraban al poder que entonces era la gracia del Rey y su lucha por poseerla y conservarla era toda la vida política de la nación. Pero dejemos escribir a Marañón para poder comprender bien lo que era esta gracia-poder de antaño: "El Monarca, entonces, no era sólo un señor absoluto de vidas y haciendas al que no se podía discutir ni siquiera desde el fondo recóndito de la conciencia; porque su omnipoder era no ya legítimo, sino sagrado, como debido al designio de Dios: Había, pues, que ganarse su gracia como la de Dios mismo; y si se perdía no había nada que hacer, fuera de resignarse. La misma injusticia regia se aceptaba con la conformidad con que se acepta lo que nos parece injusto si viene de Dios. El mayor castigo para un cortesano era el destierro aunque éste en sí no fuera duro aunque sólo consistiera en vivir en su propia casa; ya que significaba el no disfrutar de la presencia real; casi como el réprobo, sumido en el infierno, se duele más que de los tormentos materiales infinitos, de la ausencia de Dios. No era, por ello raro que varones formados en el campo de batalla o en la soledad austera del estudio, al perder la gracia real murieran de pesadumbre. Y todo esto explica que el poseerla era el verdadero objetivo de la política de aquellos hombres; y que cada uno de ellos fuera capaz de todo, desde luego de renunciar a sus convicciones en política extranjera o interior, con tal de no perderla". El poder absoluto de Felipe II se movía entre estos extremos, más inclinado por carácter a la blanda suavidad, casi untuosa, del Príncipe de Eboli que le atraía más que la gran personalidad y la fiereza de Alba con modales que no cuadraban bien en su tono imperativo. Pero las necesidades de la política obligaban al Rey en muchas circunstancias a tener que aceptar a ambos personajes, al Duque en los asuntos de Estado y Guerra y a Eboli en los de concesión de gracias y honores; pero los contemporáneos adivinaban fácilmente de qué lado estaba la gracia real en estos dos colaboradores cuando el cronista señala que Eboli o Antonio Pérez después "había cerrado al Duque de Alba la puerta para con su Rey; y así se sirvió de él en Flandes y en otros casos de guerra, pero siempre reduciéndole el corazón a que ni por valor ni servicios pretendiese de su Rey vencer nada". Otras veces se imponía actuar de manera inminente contra el carácter y entonces Felipe alejaba de la gracia a los pacifistas. Así ocurrió cuando fueron descubiertos los manejos del partido de

la paz en Flandes, con un idoio un poco peligroso, el Príncipe Don Carlos, a cuyo desenlace ya hemos aludido antes. Esta caída coincidió con un alejamiento relativo de Eboli y su muerte, pero era el momento de la captación de la gracia real por parte de Antonio Pérez y la tormenta amainó pronto. El Secretario aprovechó su influencia y su conocimiento de los secretos de Estado para avanzar un peldaño más en su ascensión política, proclamándose sucesor de su padre o padrino, el Príncipe de Eboli, en la dirección o jefatura del partido pacifista. En su vanidad se cruza ahora la ambición de una mujer, la joven viuda del Príncipe que se juzgaba heredera de su esposo con más derecho que Pérez al que convirtió en su socio y manejado a su antojo lo llevó hasta donde quiso, hasta la ruina conjunta. Y la declinación estrepitosa de un jefe arrastra en su desgracia con las salpicaduras de sus culpas al partido político en que milita, de lo que se lamenta Marañón, con sentidas frases, porque fue este un tropezón, repetido después más veces, en la historia del partido liberal entonces incipiente: "Y su caída y lo que ocurrió después será un argumento que manejaron los reaccionarios y ¡ay!, con justificado fervor: es decir, la caída, una más de la actitud noble y generosa del liberalismo hacia la demagogia y la revuelta sin sentido. Claro es que, como siempre también, habría que justificar la parte de responsabilidad que tuvo en este fin lamentable la intransigencia violenta de los otros".

Otro personaje entra ahora en el juego de Antonio Pérez, el Príncipe don Juan de Austria, un motivo para sus intrigas que manejadas arteramente llevaron la intranquilidad al ánimo del Monarca. La suspicacia de Felipe II hacia las personalidades fuertes, dirigida ahora contra su hermanastro por provocación de Pérez, sabemos que es innata en él y en este caso un poco justificada por las apariencias externas del Príncipe. El pueblo lo admiraba con devoción porque veían en él la verdadera continuidad física del Emperador, y su prestancia y caballerosidad, contrastadas con la constitución endeble y enfermiza del Rey. Pero en su naturaleza siquica dominaban, a pesar de ser fruto de un injerto, los elementos familiares degenerativos de los Austrias, su carácter depresivo manifestado en momentos de abatimiento ante las grandes decisiones las cuales vencían con su impetu varonil como su hermano Felipe con el sentimiento del deber. La desconfianza del Rey motivó que nunca se le encomendara la dirección única de las empresas militares en las que

tomó parte, siempre supervigilado por unas prudentes canas para justificar la suspicacia real como inexperiencia o impetu juvenil del apuesto Príncipe; nunca, a pesar de sus reiteradas peticiones, se le concedieron los honores y el tratamiento de Alteza en la Corte y sólo a su muerte, cuando el Monarca revisó sus papeles traídos desde Flandes, se dió cuenta del engaño de que había sido objeto por parte de su Secretario y rectificaría la opinión en su conciencia y sería otro motivo más de su violencia contra Antonio Pérez. De imprudencias, mejor que de sedición, se pueden juzgar los actos de Don Juan en sus gobiernos de Italia y Flandes. Mantuvo unas negociaciones secretas con Roma para invadir Inglaterra y liberar a María Estuardo, Reina de Escocia, prisionera de Isabel, para reinar como príncipe consorte. Después, cuando lo irremediable cayó sobre la Reina mártir, alimentó una esperanza de matrimonio con la Reina inglesa. Contactos, también secretos, con el partido católico francés representado por los Guisas, todo esto a espaldas de la Corte de Madrid eran motivos más que suficientes para que susurrado por Pérez el oído de su Rey creciera aún más su desconfianza. Y lo probable es que el Secretario jugara con doble baraja, es decir, que alimentara la misma desconfianza en el Príncipe Don Juan contra su hermanastro el Rey, si bien de esto no hay constancia en documentos. Es el maquiavelismo, como llamaban entonces a este doble juego, en este caso no aplicado a una razón de Estado, sino a un medro personal o mejor al de una sociedad en comandita, la formada por Pérez y la Princesa de Eboli. Al estudiar las posibilidades de este doble juego Marañón hace un bosquejo del espía dilettante que por considerarlo fundamental para comprender la sicología del Secretario lo transcribió: "Ocurre ahora inquirir el porqué de esta actitud de Pérez, de doble espía. Yo no dudo en contestar que, ante todo, por gusto. El gran espía, el doble espía, es rara vez un hombre interesado, y casi siempre un dilettante. El espía de alto vuelo, como el detective genial, trabaja por pura afición al oficio antes que para su provecho. Se parece al verdadero avaro que acumula el dinero sin reparar en medio, no para gastarlo, sino por el gusto de tenerlo. En Pérez debió influir también el secreto resentimiento, escondido siempre bajo sus adulaciones, hacia los grandes señores de la tierra. Era la lección aprendida en casa de Gonzalo Pérez, a la edad en que las lecciones no se suelen borrar. En todas sus traiciones ulteriores, durante su emigración, se adivinan el mismo gusto puro de engañar y el mismo encono secreto a los personajes ante



los que se humillaba. Pero al lado de este gusto, que pudiéramos llamar romántico, por la traición, y al lado de este resentimiento, Pérez jugaba la carta de su interés material a conciencia de lo que hacía. Necesitaba halagar al Rey y a Don Juan para serles a los dos indispensables, merced a la posesión y al hábil manejo de los secretos trascendentes. Desde pequeño sabía que un secreto de Estado era un cheque en blanco que con habilidad podía cobrarse fructuosamente. El se decidió a cotizarlos en complicidad con la Princesa de Eboli, y contando con la credulidad del Rey de Don Juan de Austria. Antonio y Doña Ana estaban ávidos de poder y de oro. Y, a favor de la entrega del débil Monarca y del candoroso Capitán, tramaron la red de negocios clandestinos que se explicará en el capítulo siguiente:

No cabe duda de que Antonio Pérez jugó con los personajes reales como con niños o de que trató a estos mayores como a deficientes mentales. A Don Juan pronto lo atrajo a su política. Como es natural el Príncipe había militado por su condición en el partido belicista junto al Duque de Alba; pero su fracaso militar en Túnez y su regreso inesperado a Madrid donde no había sido llamado operaron el cambio. El Rey lo recibió con todos los honores, seguramente instigado por su Secretario, y por primera vez fue enviado a Italia con una autoridad, superior a la de los Virreyes, de la que nunca había disfrutado. Se hospedó en Madrid en "La Casilla" de Antonio Pérez y el regalo con que agradeció el Príncipe tanta obsequiosidad y favor, el célebre brasero de plata, fue después comentario febril en la imaginación popular. Entonces se le cambió el antiguo Secretario, Juan de Soto, al que consideraban demasiado compenetrado con su Señor, por Juan de Escobedo, al que también asimiló rápidamente en virtud del poder de absorción que ejercía el joven Príncipe sobre sus colaboradores. Con estos puntales que acababa de clavar, primero en Italia y después en Flandes, Antonio Pérez tenía armado el doble juego de la amistad-enemistad con Don Juan de Austria. Pero el juego era bastante peligroso porque para perder a un hombre no había más que enviarlo a Flandes, un callejón sin salida donde tropezaron todos los políticos y militares de la época y donde una vez entrado la salida era difícil. Pero también era natural que una vez colocadas las piezas del tablero a su antojo, con los asuntos de Italia y de Flandes en sus manos, tratara de hacer su juego. Después la ambición le cegó y aprovechó su posición de

consejero y confidente real para hacer comercio de sus confidencias políticas. Sólo así nos explicamos declaraciones de su proceso como la que hizo el Cardenal Granvela: "Muchas veces, estando en Roma, se quejaban el Comendador Mayor de Castilla y este testigo de que el Papa fuese tan bien avisado de nuestras cosas y que se hallase tan prevenido, porque sabía lo que pasaba en los negocios y resoluciones de Su Majestad mucho antes de que el Embajador lo supiese por carta de esta Corte; y este testigo no sabía por donde esto viniese; mas es de creer que le debiera avisar el Nuncio, al cual avisarían los que sabían las dichas cosas... o los pendientes de ellas; y en particular no ha sospechado de ninguno". Si estas sospechas que atañían a Roma no tenían la suma gravedad porque el Pontificado, aunque receloso de la política y Corte española, era un Estado amigo, las relaciones secretas con Los Países Bajos mantenidas por medio de una tupida red de espionaje que enlazaba el Dominio con la Metrópoli a través de Francia y de las que no han quedado pruebas por su condición de comunicación clandestina, se resumen todas ellas en las palabras fulminantes de Felipe II que fueron incorporadas al proceso de su Secretario: "Aseguro que los delitos de Antonio Pérez son tan graves como nunca vasallo los hizo contra su Rey y Señor". Esta fulminación regia, traducida del lenguaje de la época al nuestro, sólo podía hacer alusión a delitos de materia religiosa, a concomitancias de los simpatizantes españoles con los protestantes flamencos, compañías que, como acusación, se siguen impugnando al liberalismo de nuestros días en el mundo católico. Esta acusación acompañará al Secretario en toda su desgracia y cuando hizo sus primeros intentos para fugarse de la prisión de Zaragoza enseguida se incorporó al proceso la denuncia de que: "muchas veces ha dicho que quería procurar salirse de dicha cárcel e irse a la Francia hugonota; también ha tratado y procura de irse con otros herejes, enemigos de Su Majestad y con quien trae guerra, comunicando lo sobredicho con algunas personas, las cuales le ayudaban y favorecían con su consejo, industria y de otra manera". Pero esta y otras acusaciones por el estilo son pegadizos añadidos al proceso con el objeto de trasladar la jurisdicción, del poder civil al eclesiástico, a la Inquisición, porque más ligada al Rey actuaría de manera repentina contra la víctima una vez que su verdadero juez, Felipe II, estaba cegado por la pasión de venganza.

Las intrigas del Secretario de Madrid estaban combinadas con

las que su socio en Flandes, el Secretario Escobedo, llevaba a cabo con las noticias avanzadas que le llegaban. Las denuncias del proceso de Pérez se refieren a estos tratos secretos entre los dos Secretarios sin que hoy podamos precisar exactamente al contenido de ellas pero que, sin duda, fueron las propias de un contubernio de dos intrigantes que por caminos distintos se dirigían a un mismo fin: saciar su ambición. Y como "las intrigas políticas de hoy son cosa de niños comparadas con las de estos hombres, a los que, digase lo que se quiera, faltaban frenos que funcionan hoy automáticamente en la conciencia de cualquier ser humano, salvo los notorios criminales", es natural que en este pugilato venciese el más astuto, sin duda Antonio Pérez, al que le ayudaba también su posición de ventaja. La desconfianza del Rey hacia su hermanastro Don Juan inconscientemente se manifestó en hostilidad a su Secretario Escobedo, su inductor, su espíritu maléfico, y esta desviación, sin duda, fue dirigida por Pérez que veía en él un rival capaz de hacerlo descender del favor real. Pero los dobles juegos, si no se descubren, se intuyen y como el astuto Escobedo era muy difícil de engañar, alguna inquietud le debió de comunicar a su Señor porque un cronista contemporáneo comenta que: "el Señor Don Juan de Austria receló de que Antonio Pérez jugaba a dos manos con el Rey y con él, y así, porque confiaba mucho del Secretario Escobedo, le envió desde Flandes". Y desde este instante comienza las inquietudes a minar el espíritu de Pérez que, de sobresalto en sobresalto, no tuvo ya un momento de tranquilidad aunque todavía no le faltó en bastante tiempo la gracia de su Rey. El Secretario de Don Juan desembarcó en Santander, su tierra natal, en Julio de 1577. Pérez salió a recibirle en las proximidades de Madrid con la hipócrita afectuosidad característica en estos personajes, incluso prometiéndole su ayuda incondicional para la resolución de los asuntos, suyos y del Príncipe, que le traían a la Corte; pero la misión de Escobedo era otra e inmediatamente se dió cuenta del juego sucio de su compinche y como buen ejemplar de la raza ibera enseguida surgieron espontáneas las imprecaciones, los insultos, las amenazas con las que llenó y alborotó a toda la Corte. En esta batalla de nervios Antonio no perdió los estribos, se mantuvo dueño de sí mismo, llegó a componendas con su enemigo al mismo tiempo que trabajaba a fondo el ánimo del Monarca y cuando lo consideró enteramente propicio le propuso como única solución ejecutar en silencio al peligroso Secretario de Don Juan de Austria.

El "Patio de Monipodio" se trasladó de Sevilla a Madrid a la casa de Antonio Pérez y empezó a trabajar activamente para llevar a cabo su siniestro cometido. Como una de las preocupaciones del Monarca era el fin ultraterreno de las víctimas, siempre que fuera posible y las posibilidades de la razón de Estado lo permitieran, se pensó primeramente en el envenenamiento porque daría tiempo a la contrición del sentenciado. Pérez, el director de la empresa por cometido de su Rey y del que no pudo arrancar nunca la orden escrita de la ejecución, reclutó entre herbolarios y boticarios a los mejores reposteros de "bocados"—término de la época— de los que la víctima se tragó hasta tres, poniendo a prueba su fortaleza física, porque el primer intento pasó casi inadvertido, y el segundo, en la misma casa de Antonio en donde "a cada comensal se le sirvió una escudilla de nata o de leche y en la de Escobedo se añadieron ciertos polvos como de harina, seguramente solimán o arsénico. Pérez estuvo muy intranquilo, temiendo que se equivocasen y dieran la escudilla emponzoñada a alguno de sus hijos. Además de los polvos, Martínez vertió en la copa del infeliz invitado, una o dos veces de la misma o de otra agua venenosa. Esta vez Escobedo lo pasó mal: tuvo grandes dolores y vómitos, no quiso seguir comiendo y se retiró a su casa, donde hubo de guardar cama varios días, mas que sin que él ni sus médicos sospecharan el motivo". En el tercer intento, ahora en su casa, doblaron los ingredientes y como Escobedo se agravara, echaron de ver la causa y como se sospechó de una esclava morisca, la infeliz subió a la horca levantada en la plaza pública. El Rey seguía con interés todas estas tentativas y ponía sus objeciones, porque "había oído decir que el veneno se había de dar poco a poco, yendo cebando, porque no se podía dar todo de una vez sin que se echase de ver"; y el Secretario escribía con desvergüenza al Rey que: "aquel hombre Verdinegro (Escobedo) dura en su flaqueza y no acabará nunca de levantarse. Harto cuidado traigo, de más de una manera, como le dije a Vuestra Majestad; y han dado en que hagan declarar a la esclava quién se lo mandó, como si ella lo supiese"; y para este caso la "prudencia" del Rey aconsejaba, temeroso de su justicia, que "no es bueno en lo que ha dado el Verdinegro, porque quizá harán a la esclava decir lo que se les antojase". Como el pobre Verdinegro, seguramente amoratado por tantos intentos de envenenamiento, resistía todas estas pruebas, entonces se decidieron a liquidarlo mediante una agresión a mano armada. Se reclutaron seis ejecutores entre los mejores facinerosos,

unos ya al servicio constante del Secretario, otros traídos de lejos, los cuales, tras las reuniones preparatorias, repartos de armas, comilonas y francachelas, iniciaron la ronda de la víctima. Como esta vez la agresión estaba muy bien encomendada, Antonio quiso lavarse las manos de culpa y como el atentado coincidía con la Semana Santa, Marzo de 1578, se decidió a pasar las vacaciones, con su mujer e hijos, en Alcalá. Es de suponer que Escobedo aprovecharía las mismas fechas para asistir a los oficios religiosos propios de aquellos días, se arrepentiría de sus culpas y para tranquilidad del Rey se supo que había confesado el Jueves Santo, porque la estocada que le caló uno de los asesinos, Inchausti, fue maestra, le derribó del caballo, lo subieron a una casa vecina, acudieron los médicos, pero no pudo confesar. Esto fue al anochecer del lunes de Pascua, 31 de Marzo de 1578.

Lo que pasó después ya casi se adivina por la lectura anterior, mas conviene insistir antes sobre el papel que jugó verdaderamente cada protagonista en este macabro asunto. El Rey estuvo enterado, pero cauteloso, no dió nunca la orden escrita de la muerte que tuvo que inventársela el Secretario en una nota puesta por Felipe a una carta que Escobedo envió a Pérez a su llegada a España y por lo tanto muy anterior a las primeras maquinaciones del asesinato; luego accedió, pero nunca ordenó y mucho menos la muerte a estocadas porque en el proceso siempre que se quiere aludir a la intervención del Rey como inductor sólo se habla de los "bocados". Pérez siempre quiso demostrar en sus escritos que la idea había nacido del Monarca y él fue sólo su ejecutor, es decir, tal y como lo creía el vulgo y como se desarrolla la acción en "La Estrella de Sevilla": un rey homicida y el ejecutor sufriendo la persecución de la justicia por negarse a denunciar a su Rey. En el proceso el Secretario no denunció al Rey porque oculto detrás de los jueces escuchaba su declaración arrancada por el tormento; pero diez años después, muerto también el Rey, le acusa ya como verdadero instigador. Y si ninguno de los dos mentía completamente porque la muerte se hizo sin mandarla el Monarca y Pérez actuó por insinuación, si bien excediéndose, entonces hay que recurrir para explicar este contrasentido aparente, completamente desvaratado cuando se conocen los secretos del proceso, al diagnóstico médico de Marañón: "Pérez no inventaba nada fundamental; lo que hacía, y en ello era consumado profesor, era interpretar falsamente la verdad en pro-

vecho de sus tramoyas. Y es tal la contumacia y la seguridad de sus fantasías que, a veces, da la impresión, más que de un malvado, de uno de esos enfermos de pseudología fantástica que creen que el mundo de su imaginación es el de la realidad". A pesar de sus disimulos Antonio Pérez fue señalado inmediatamente por el clamor popular como el verdadero asesino de Escobedo. Y entonces el dilema que se le presentó al Rey tampoco era de fácil solución. Su Secretario le había complicado en su responsabilidad y si atendía a sus exigencias, que querían ser el termómetro de su gracia ahora, las murmuraciones, las opiniones como se decía entonces, subirían hasta el trono; si le castigaba, condenaría su propia conciencia comprometida a la vez que estaba en peligro de que Antonio, como sucedió, huyera de Castilla y exhibiera públicamente las pruebas de su colaboración que seguramente guardaba para su defensa. Por otro lado la viuda e hijo de la víctima, aconsejados por la envidia capitaneada por otro Secretario, Mateo Vázquez, exigía del Rey que se hiciera justicia y se persiguiera a Antonio Pérez. La dilación característica en los asuntos trascendentales del Monarca se planteó ahora como una necesidad porque no se podía castigar al culpable sin descubrir la culpa propia; pero a su vez la dilación era un motivo para escándalo. Otra vez se repite por falta de decisión en el carácter del Rey la transformación de un hecho social en un drama de conciencia y en la suya, tan tarda, el tiempo no contaba, "como suele ocurrirle a los que se creen cerca de Dios". Mientras acallaba su conciencia e indagaba las causas verdaderas del suceso, para desviar la atención pública impaciente, provocó el mismo Rey una pugna entre dos Secretarios, Antonio Pérez y Mateo Vázquez "como hoy mismo dice Marañón, en los regimenes dictatoriales vemos la frecuencia con que se desvía la atención de las gentes desde los graves acontecimientos a actos y sucesos sin trascendencia", trampa en la que cayeron incluso sagaces Embajadores que comunicaron a sus Estados como una novedad averiguada estas fruslerías callejeras mezcladas con amores y celos del Rey. Diez y seis meses habían pasado desde la muerte de Escobedo hasta que Felipe II se decidió a obrar, todavía sin entereza, una vez que empezó a vislumbrar el engaño de que había sido objeto por las exageraciones de su Secretario. Entonces, como una rectificación forzada a toda su política anterior, llamó al Cardenal Granvela que estaba en Roma para privado absoluto de todos sus asuntos, lo cual quería decir que quedaba abolida la política de los partidos: Alba estaba desterado y el

partido ebolista, perdida la confianza de Antonio Pérez, también quedaba descartado. El nuevo ministerio integrado por hombres nuevos inicia una política inflexible, la que no excluyó los actos violentos que van a suceder como secuela obligada del caso de Antonio Pérez, y la que no va a variarse más hasta la muerte del Rey. El 28 de Julio de 1579 llegó el Cardenal Granvela a Madrid y ante su asombro y sin perder una hora fue arrestado el Secretario Pérez después de algunas incidencias; pero no fue el único arresto porque "el ver pasar un ministro todopoderoso de la privanza a la cárcel era, entonces y siempre, suceso apasionante. Pero lo que en este caso elevó al límite la general expectación fue el que la desgracia del Valido arrastrara a una señora, la más ilustrada de la Corte". Otro piquete detenía al mismo tiempo a la Princesa de Eboli a la que se consideró promotora de todo y de la que Antonio no había sido más que su instrumento.

Algo más de diez años transcurren desde el arresto primero de Antonio Pérez hasta su fuga a Aragón, el 19 de Abril de 1590. Todo este periodo fue también preparatorio para que la conciencia del Rey se decidiera a dar el último paso que pusiera a salvo su responsabilidad en el crimen de Escobedo, duración que no puede extrañarnos ya puesto que conocemos las reacciones de Felipe II como tardías, pero decisivas una vez tomadas y como sus decisiones procedían de un larguísimo examen de conciencia en el que todos los pormenores habían sido aquilatados con testimonios teológicos y jurídicos, su determinación, una vez tomada, tenía, por su concepto autócrata de la autoridad, la índole de fulminación y si el reo escapaba a la acción de su justicia, la persecución implacable caía sobre él y los suyos a la manera de anatema; es decir, su justicia se parecía entonces a la venganza. La acción contra su Secretario iba a graduarse a medida que se averiguasen sus delitos, no por la vía ordinaria de la justicia, sino por otros caminos más reservados. Se empezó por el Proceso de la Visita, una revisión de cuentas obligada para todo alto funcionario del que se sospechasen delitos de concusión que debieron de ser los primeros que flotaron al remover la vida económica de Pérez; pero no eran estos delitos los que se buscaban ni tampoco podrían justificar la dureza del castigo que le estaba reservado. El reo no tenía en su poder para su defensa otros medios que los papeles secretos de Estado que cuidadosamente había recogido. La posesión de estos papeles, el cheque

en blanco de que hablábamos antes, constituyó una verdadera obsesión para Felipe II. Comprendiendo su valor también Antonio Pérez jugó hábilmente con ellos. Las entregas por parte del Secretario de algunos papeles que examinados no eran los que se buscaban, nuevas peticiones y nuevas decepciones, se alternan con las prisiones más o menos rígidas de Turégano, Torrejón, Pinto y la de Madrid, y el Rey con otros problemas políticos añadidos a los ya existentes como fue la anexión de Portugal que tuvo lugar en este periodo. El confesor real, el Padre Chávez, escrutador como nadie de la conciencia del Rey, intervino desde los primeros momentos exigiéndole al Secretario su silencio el cual cuadraba perfectamente en sus planes porque Antonio cifraba su salvación en el mutismo que tanto se elevó en las mentes populares. Todo esto no fue sino dar largas al verdadero asunto, la responsabilidad del asesinato de Escobedo al que no se podía llegar porque existía todavía el problema en la conciencia del Rey y mientras tanto la justicia o no actuaba o lo hacia muy levemente, mezclando incluso los favores con castigos. Proyectado así hacia nosotros nos parece este un periodo de incoherencia. Pero la decisión de actuar llegó y se entró de lleno en el asunto cuando los jueces trasladaron el reo a Madrid y le exigieron que, por orden del Rey, declarase las verdaderas causas de la muerte de Escobedo. Esta reacción del Monarca fue el motivo y "no la envidia de los émulos del Secretario ni el afán de lucro del hijo de Escobedo lo que, en verdad, puso en movimiento el proceso por el asesinato, sino la conciencia de Felipe II que le exigía revisar el tenebroso drama, rehabilitar ante el mundo y ante sí mismo la memoria de su hermano y depurar la propia responsabilidad. Todos los informes recogidos confirmábanle, más y más, que había sido engañado por Antonio, induciéndole a consentir en la muerte de Escobedo. Así ya le era posible afrontar la declaración de las oscuras maniobras que precedieron y siguieron al crimen". El Secretario, a pesar de las instigaciones de sus jueces, callaba y apoyaba su silencio en la Razón de Estado y también en el ofrecimiento que le había hecho al confesor del Rey de no hablar. Pero Felipe II estaba interesado ya en verter su propia culpa y ante el obstinado silencio del reo, sólo el potro le arrancó la declaración. El Rey se sintió liberado porque en la declaración las culpas recaían sobre el propio Secretario y sobre su superior jerárquico el Marqués de los Vélez, ya muerto, el cual venía a ocupar en el asesinato el papel de confidente que Pérez quiso cargar sobre el Monarca. Inmediatamente de

esta declaración Antonio se dió cuenta de que todo estaba ya perdido para él y que sólo tenía que escoger entre la huida o el cadalso. Y como la elección no era dudosa, desde el 23 de Febrero, fecha del tormento, empezaron a moverse fuera de la prisión sus numerosos satélites, alguno era del grupo de asesinos de Escobedo, y dentro Doña Juana que, aleccionada por su esposo, maestro en sobornos, le abrieron de par en par las puertas traseras de su cárcel privada un atardecer del 19 de Abril, Miércoles Santo de 1590 y tras una penosa jornada, propia de diez años de prisión y la tortura todavía reciente en su cuerpo, llegó a la raya del Reino de Aragón, tierra de sus antepasados, a la que bendijo como tierra de liberación.

Si el conocimiento de los hombres y la astucia de Antonio Pérez habían podido quebrar las rejas de su prisión de Castilla, abandonar las prisiones de Aragón que gozaban por sus Fueros de una lenidad que ya la quisieran para sí las Penitenciarias Modelo de nuestros días, fue para el Secretario un juego de niños. Además, nadie mejor que él sabía que estaba en una tierra llena de fisuras que la política matrimonial iniciada por los Reyes Católicos sabía restañado con artificio para forjar una aparente unidad nacional; pero hurgando un poco las lañas que la componían aparecían de nuevo en toda su profundidad las resquebrajaduras que hacían imposible todavía la deseada unidad porque una política centralista exagerada y muy poco hábil no había tenido la suficiente inteligencia para transformar en ideal común las aspiraciones nacionales y por lo tanto la convivencia no era espontánea ni gustosa. Pero por uno de los tantos contrasentidos que se dan entre las multitudes enfervorizadas, Antonio Pérez, el Secretario y Valido del más centralista de todos los Monarcas españoles, se convirtió, de repente, en el ídolo de una revolución separatista que, falta de cabeza —la de Pérez estaba allí sólo por salvarla del cuchillo— degeneró en la más excesiva demagogia y de ella tuvo que servirse por la fuerza de las circunstancias y porque una razón vital le obligó, mas no por convicción ideológica ya que Pérez, juzgado por sus escritos políticos, tiene un concepto de la democracia justo y cauto porque consiste en hacer creer al pueblo que es él el que manda, pero manteniendo este engaño con un mínimo de concesiones ya que estas exageradas concesiones son las que conducen a la demagogia. El Rey también conocía la tierra que pisaba su Secretario huído e inmediatamente tomó todas las precauciones para evitar que saliera de España. Pasaremos rápida-

mente por los sucesos de Antonio Pérez en Aragón y por la sulevación que provocó su presencia en el Reino para fijarnos un poco más en un hecho, el traslado de jurisdicción del pleito del Secretario a la Inquisición y estudiar el papel que jugó la Iglesia en este asunto. De la fronterade Aragón con Castilla, Antonio pasó a Calatayud y después a Zaragoza donde su presencia provocó los primeros incidentes para prenderlo porque ya habían llegado de Castilla las órdenes para la detención del fugitivo, acusado por los mismos delitos anteriores. Tampoco se hizo esperar mucho la sentencia de Madrid que es del primero de Julio de 1590 y en ella los jueces decían que, visto el proceso y causa de Antonio Pérez, Secretario que fue del Despacho Universal de S. M, lo debían condenar y condenaban "en pena de muerte natural de horca" y a que primero sea arrastrado por las calles públicas en forma acostumbrada. Y que después de muerto le sea cortada la cabeza con un cuchillo de hierro y acero y sea puesta en lugar público y además el secuestro de la hacienda. A los tres meses le pregunta Felipe al Juez de la causa que le recuerde la sentencia de su Secretario y al recordárselo él contesta al margen: "Es así, que no vi lo de dentro; ahora lo vi. Esta sentencia creo yo que ha muchos días que está dada; no se si ha habido alguna novedad en ella". ¿Sadismo o desmemoriado? Cuando el Secretario conoció la sentencia por carta de su mujer comprendió que el Rey no estaba dispuesto a ceder, a pesar de que por su paso a Aragón se había colocado en una posición de ventaja que trató de aprovechar para negociar con él. Este fue el gran defecto de Pérez, no darse cuenta exacta de su situación y seguir tratando al Rey encolerizado como al niño que manejó en la privanza. No le quedaba, pues, otro remedio que "manifestarse", o sea, acogerse a la jurisdicción aragonesa y pasar a la cárcel de los manifestados, la "cárcel de la libertad", como la llamaban por su régimen de amplitud, cumpliéndose el primer recelo de Madrid de que lo haría así y para lo cual ya se tenían tomadas las medidas: que se vigilara la cárcel con esbirros reales para evitar su evasión. Como en todo el Reino, sobre todo en Zaragoza, su capital, la agitación perecista, confundida con la defensa de los Fueros, iba creciendo el Rey retiró su acusación contra Pérez, golpe teatral que encubría un temor político porque así se evitaba una colisión de derechos, peligroso por el estado de insubordinación en que se encontraba el Reino, ya que se presumía en Castilla que si se revisaba en Aragón el proceso del Secretario podía ser absuelto. Pero para evitar la li-

bertad y esperar el giro de los acontecimientos se lanzó contra él una nueva acusación de asesinato por la muerte de dos individuos que formaron en la vieja pandilla que rodeó al Secretario en sus días buenos de la privanza, pero que hacía ya 7 años que habían sido enterrados. Este segundo proceso fue incoado una semana después del tormento y se pensó entonces añadirlo a la causa principal como un nuevo cargo no hecho ya por el Rey contra el reo; ahora se aprovechó para mantenerlo sometido a la justicia de Aragón y como se trataba de víctimas cuyos denunciantes eran familiares sobornados por la misma justicia, en caso de que fuera absuelto por este delito no quedaría desairada la persona del Rey puesto que no había intervenido como acusador. Lo que importa ver en este segundo proceso amañado es la baja condición moral de aquella sociedad y la vil corrupción de una justicia movida como titere para satisfacer venganzas personales. Y no podían faltar tampoco los intentos de emplear los medios directos contra el perseguido "en un tiempo en que las manos y las conciencias estaban tan expeditas para el atentado personal"; incluso así se lo aconsejaba al Rey la Junta de Madrid, casi sentando Jurisprudencia: "Porque si a cualquier particular, conforme a derecho, le es permitido matar a cualquier forajido o bandido a quien la Justicia ha condenado y no puede hacer a las manos, mucho más lícito le será a Vuestra Majestad mandar ejecutar por cualquier vía su sentencia contra quien anda huído y no se deja de ejecutar, no por falta de causas, sino de medios".

Por fin se produjo lo que hacía tiempo se maquinaba contra el Secretario: comprometerlo en delitos de fé pasando su proceso a la jurisdicción de la Inquisición, tribunal que actuaba con más firmeza, con sus cárceles propias de las que era muy difícil evadirse, aun en Aragón. Este Tribunal había sido creado en la Edad Media para combatir la herejía de los Albigenses en el Sur de Francia y ya casi olvidada al comienzo de la Edad Moderna, fue restaurada en España a petición de los Reyes Católicos que la consideraron necesaria para realizar la unidad religiosa peninsular. Ya había actuado bastante, mas como era un poder humano con atribuciones excesivas, sus abusos y errores estaban corrompiendo ya sus cimientos; no cabe duda de que en Aragón la severidad inquisitorial contrastaba más con los medios, a veces demasiado humanos, que utilizaba la justicia civil y por este contraste era más odiada y se aprovechó la insurrección del Reino para manifestarse públicamente contra el

tribunal eclesiástico. Sin embargo no se deben envolver todos los casos pasados por la Inquisición ni a todos los hombres que formaron parte de ella para juzgarlos conjuntamente porque es defecto común de la pasión histórica confundir a las instituciones y a los individuos que las representan haciendo tabla rasa con todos ellos. El Inquisidor Supremo lo era por razón del cargo el Primado, y en los días de los sucesos ocupaba esta dignidad el Cardenal Quiroga, sucesor del tritemente Carranza, condenado por la Inquisición en uno de los procesos más tenebrosos y apasionados que ha conmovido a la opinión pública y motivo incluso del distanciamiento de la Santa Sede y España durante todo el reinado de Felipe II. Por esta razón el Rey trató siempre al sucesor con excesivo tacto, procurando no tropezar con él, y si hubo alguna colisión la resolvió cediendo, pero alimentando la esperanza de cambiar de táctica en cuanto a la elección futura de estas altas dignidades eclesiásticas para volver a la vieja política, ya ensayada y fracasada en reinados anteriores, de elegir los Prelados miembros de la aristocracia y no de entre la hidalguía; pero la larga vida de Quiroga le impidió llevar a cabo su proyecto y su candidato señalado se agostó en otras actividades cortesanas. Este Cardenal Quiroga, retratado por el Greco, tiene en su haber acciones que le califican como hombre bueno y prudente. Su ascenso al Arzobispado de Toledo lo inaugura sacando de la cárcel inquisitorial a Fray Luis de León y declarándose su mayor defensor en posteriores tropiezos que tuvo el catedrático de Salamanca con la Inquisición. También fue amigo íntimo de Antonio Pérez, no sólo en su privanza, sino lo que vale más, en todo el periodo de la persecución y el Rey tuvo que soportar esta insolencia suya. Y no fue esta alta dignidad de la Iglesia su único aliado porque los encontró siempre entre monjas y frailes cuyos conventos fueron centros de espionaje a su favor. Y "todo lo pasan por alto los que modernamente han atacado sin piedad a Antonio Pérez en nombre de ideas religiosas y sociales, de las que fueron representantes, tan autorizados como ellos, estos remotos prelados, frailes, clérigos, inquisidores y monjas, contemporáneos de Antonio, más cerca que los de ahora de la verdad. Todos ellos le defendieron ardientemente; y, cuando ya no le podían defender lo sostuvieron con su caridad". Esto es lo que hizo el Cardenal Quiroga; ahora tendrá que plegar al poder real y actuar contra Antonio a través de la Inquisición, desde luego sin convencimiento, que no lo tenían ni los propios enemigos porque le adjudicaban todos los pecados, pero ninguno de

los concernientes a la fé. Este sentimiento de inculpabilidad mantenido por las altas esferas inquisitoriales quedará flotando en el ambiente de la institución y hará posible la rehabilitación de su memoria que no se hizo esperar más que cuatro años después de la muerte de Antonio Pérez en París. Decididos ya a pasar a la Inquisición su proceso, inventar la herejía fue cosa fácil. Si pasar caballos por la raya de Aragón a la Francia hugonota era un delito de fé por el que andaban huidos por las montañas varios caballeros aragoneses para escapar a la justicia inquisitorial, mayor crédito había que dar a los soplones del Santo Oficio que reiteradas veces habían oído al Secretario manifestar sus deseos de pasarse también a Francia, claro es que por razones más apremiantes que las de los caballos y que ellos no querían comprender. Pero esta acusación pareció tan especiosa a la Suprema que exigió otras más fuertes para decidirse a actuar. Y las encontraron, por la misma vía, porque Antonio fue siempre un hombre de dicción procax y su vocabulario subiría de tono en los momentos en que sus enemigos arreciaban en su persecución contra él. Vamos a transcribir, como una proposición herejética, uno de estos desahogos de Pérez que figura en el proceso y cómo produce náusea su retorcimiento y hasta se siente lástima por la especie humana capaz de producir algunos ejemplares de vileza tan estúpida que no se justifica ni con la ambición más desorbitada. Pero antes hay que hacer constar que el teólogo calificador fue el Padre Chávez, confesor del Rey, el mismo que diez y siete años antes había calificado la supuesta herejía del Arzobispo Carranza, motivo más que suficiente para considerar a esta víctima como un mártir más de la pasión. Dijo en cierta ocasión Antonio Pérez en la prisión, de seguro que en un momento de desesperación: "Si Dios se atravesara en medio, le llevaría las narices a trueque de hacer ver cuán ruin caballero ha sido el Rey conmigo". Y lean, como impugnación, este sabroso bocado teológico del confesor real: "Esta proposición, cuanto a lo que dice que si Dios Padre se atravesara en medio le llevara las narices, es proposición blasfema, escandalosa, piarium aurium ofensiva y, en sus términos, sospechosa de la herejía de los badianos que dicen que Dios es corpóreo y tiene miembros humanos. No se puede excusar con decir que Cristo tiene cuerpo y narices después que se hizo hombre porque consta que se habla a cuento de la Primera Persona de la Santísima Trinidad; que es el Padre". No vale la pena insistir sobre este vergonzoso documento, dice Marañón, pero si tenemos que pasar, aunque sea rápidamente,

por otras dos acusaciones que recayeron sobre el Secretario en este proceso de la Inquisición para darnos cuenta de que eran lugares comunes de la acusación contemporánea y de su escasa solidez. Los hombres del Renacimiento, Y Pérez fue un tipo perfectamente encajado en él, cifraban el snobismo, como en todos los movimientos, en una serie de actitudes que daban a la persona, en lo externo, un aspecto de originalidad, creando el tipo y su "pose" que es lo que persibe el vulgo en todas las innovaciones, como en nuestros días se identificó el fascismo, y el existencialismo después, con ciertas formas de hacerse la barba algunos de sus secuaces. Pérez gustaba con exceso de los perfumes que él mismo componía y usaba y que fueron después, en el destierro, su regalo favorito para las damas, acompañados con los primeros dentífricos de fabricación casera y las instrucciones para su uso. La primera vez que visitó a la viuda Princesa de Eboli estuvo a punto de dar al traste con sus relaciones, porque la impresión que le causó el Secretario, y sobre todo el ambiente perfumado que dejó tras él, fueron el comentario humorístico de todo el palacio, y no se quedaría a la zaga el humor de la Princesa, un tipo representativo inicial de la plebeyez que, como nota original, ha adoptado siempre una gran parte de la nobleza española; después cambió de parecer y en lenguaje desenfadado que es otro tono de esta actitud remedada decía que prefería el trasero de Antonio Pérez a toda la persona de Felipe II. A estas actividades de perfumista se unieron otras aficiones: la alquimia y su secuela obligada la formacopea, la preparación de "bocados", el estudio de la influencia de los astros en los destinos del hombre y en sus actos decisivos y todos los demás influjos superticiosos que hicieron mella en él, los cuales, si no eran el pecado grave que necesitaban sus enemigos para la acusación, le colocaban al borde del laberinto en el que se confunden los pecados del sexo con estas inclinaciones falaces, pero que en lo recóndito se apuntan como datos sospechosos. Es difícil un diagnóstico retrospectivo para acusar de homosexual a Pérez porque los secretos de su intimidad no habían salido al exterior hasta que la Inquisición descorrió el velo, a pesar de que son estos pecados un motivo de saña en que se suelen cebar los enemigos de los hombres públicos, y de otros menos públicos; pero hay que reconocer que en esta historia de la pasión que es el caso de Antonio Pérez los historiadores se han abstenido, seguramente por ñoñería, de tocar este aspecto también interesante de su vida. La mayor parte de las acusaciones de la Inquisición son falsas, sin con-

sistencia y dictadas por la parcialidad, algunas de ellas arrancadas en el potro del tormento, pero no lo son todas, sobre todo las que existen y no se incorporaron al proceso porque estos pecados tuvieron siempre el ardid de ocultarse en las esferas altas de la sociedad en las que el escándalo tiene más graves consecuencias. Marañón es el primer historiador que ha tratado a fondo esta apariencia de Antonio Pérez y los posibles contactos que tuvo con el "crimen nefando", como se nombraba entonces a los delitos de sodomía. Pero antes de leer el informe de Marañón tenemos que hacer una aclaración. La Inquisición había sido siempre indulgentísima con estos delitos y bastaban sólo la contrición y la confesión para que fuera absuelto el reo, mientras que la justicia civil, por contraste, se mostraba más implacable en el castigo de estos desgraciados. En opinión de Marañón: "Podemos incluir a Antonio Pérez en la categoría de los llamados "intersexuales funcionales", esto es, individuos de aspecto normal —el Secretario tenía "buen rostro como a varón convenia"— con aptitud sexual habitualmente correcta, pero con un grupo de caracteres del espíritu y de tendencias sociales de acento afeminado. Y sobre ello, con la facilidad, que no existe en el varón normal, de desviarse hacia ello. Lo que llevo dicho demuestra el encaje exacto de la personalidad de Antonio Pérez en esta definición. Si la elástica moralidad de Pérez, ejercitada en sus mocedades italianas, le permitió en algunos momentos caídas vergonzosas, sería imprudente afirmarlo; pero que miraba con excesiva indulgencia este orden de desórdenes y que vivió cerca de ellos, tampoco se puede negar". Y sigo, unas líneas más, porque en la clasificación del tipo sexual de Pérez vamos a fijar ya, biológicamente, la realidad de sus imputados amores con la Princesa de Eboli. "Añadiremos que los hombres de esta categoría propenden al amor donjuanesco, a la poligamia volandera, sin compromisos sentimentales; y así fueron los amores de nuestro personaje. Finalmente, trátase muchas veces, en estos casos, de varones de instinto débil bajo las brillantes apariencias; por lo que fácilmente caen bajo el dominio de una mujer imperativa que los convierte en su instrumento. El parecido de Antonio Pérez con el esquema sigue siendo exacto, porque de esta categoría fue su famosa relación con la Princesa de Eboli".

Muy brevemente vamos a tratar su otro pecado, no de conciencia, sino biológico, el de ser descendiente de judíos o "cristiano no

viejo". Fue siempre ésta la primera indagación de los procesos inquisitoriales y en la que invariablemente coincidían todos los reos porque no había nada más fácil que encontrar un incruste judío en cualquiera de las familias españolas. Si la bisabuela del Rey Católico, el creador de todo este tinglado, era judía, no habría que hurgar mucho para encontrarlos en la genealogía nada clara de Pérez. Muy contadas eran las familias que podían alardear con razón de pureza de sangre y por esta profusión de sangre judía que corría por las venas de casi todos los españoles el dato era subestimado, a no ser en casos interesados como este en que era manifiesta la intención de hostigar o de condenar a un individuo; por el contrario, cuando era un mero requisito para recibir alguna gracia, al beneficiario se le hacía la indagación como de oficio y se le reconocía su pureza de sangre como hoy a todo soldado se le asigna un valor reconocido, sin probarlo, es decir, gratuito. "Pero lo abominable no era dar por segura una suposición de judaísmo biológico, sino atribuir carácter herético a los actos de Pérez o de quien fuera por el hecho de supuesta herencia israelita". Todavía estos viejos prejuicios, aunque superados ya, siguen flotando en el ambiente nacional y producen su cosquilleo. No hace muchos años que presenciábamos una escena significativa de la pervivencia de estos prejuicios. A raíz de la proclamación de la segunda República española en la que jugaron tan gran papel los intelectuales parece que se habían olvidado un poco de Valle Inclán que atravesaba entonces una de sus tantas crisis económicas. Una tertulia de escritores, rodeada por un grupo de curiosos, conversaba sobre este tema de la pureza de la sangre en uno de los salones del Ateneo de Madrid. Se precisó mucho el tema, se oyeron opiniones interesantes, y cuando la conversación iba a entrar en el terreno del humorismo, entonces Valle Inclán creyó oportuno cortarla y dirigiéndose a Unamuno, que era uno de los interlocutores, le espetó: ¡Pues usted, Don Miguel, si tiene un buen perfil judío!, aludiendo sin duda a su tacañería proverbial o, acaso, a sus dietas de diputado acumuladas al sueldo de catedrático. Unamuno, que comprendió el doble de la frase, levantándose de su sillón, excitado, violento, decía: ¡Perfil, perfil, Ramón, porque mi pureza de sangre se puede contrastar en setenta generaciones!; es decir, reaccionó como cualquier hidalguete de los días de Felipe II para el que una acusación de judaísmo le dolía como un grave insulto.



Y basta de cargos heréticos; estos fueron suficientes para incoar el proceso y pedir a las autoridades que representaban los Fueros de Aragón el traslado de Antonio Pérez de la cárcel de los manifestados a la de la Inquisición, lo que fue motivo para el primer motín de Zaragoza, el del 24 de Mayo, que le costó la vida al Virrey Almenara y del que salieron bastante maltratadas la autoridad real y la de la Inquisición. Con la impunidad de estos hechos la insurrección crecía y Antonio Pérez, devuelto a la cárcel de los manifestados, y convertido en héroe del regionalismo aragonés, seguía alimentando el fuego separatista que poco después le iba a devolver la libertad. Pero Madrid tampoco cejaba en su empeño de apoderarse del Secretario y su proceso seguía creciendo con nuevas adiciones, ahora como instigador de todos los desmanes que hubo en Zaragoza contra la Inquisición, porque La Suprema, concedora de los planes de invasión de Aragón por las tropas de Castilla confiaba, con muy buen criterio, en que se romperían todas las resistencias. Cuando ya juzgaron maduro el proyecto y con las tropas en la frontera, volvieron a la carga, esta vez tomando todas las precauciones para afrontar un posible ataque de la multitud, tomados militarmente todos los lugares estratégicos de la ciudad, cercadas las puertas de acceso a ella, y de nuevo las autoridades inquisitoriales, con todo el protocolo de rigor, fueron a recibir el preso en la cárcel de los manifestados. Pero Antonio, ni sus auxiliares de afuera; se habían dormido en los laureles de la primera victoria y la valentía de los allegados a su defensa se comunicó a todo el pueblo que, el 24 de Septiembre, escribió con su sangre una página gloriosa digna de mejor causa. Y pensando en otro movimiento revolucionario que le tocó presenciar a Marañón, dice de aquél: "Todas las grandes y las miserables hazañas de tales momentos, tuvieron en Zaragoza su representación. Las muertes injustas, el encarnizamiento con los cadáveres, el matar a nombre de las ideas, pero en realidad para robar; la claudicación de los aristócratas que se sentían, al oír los trabucazos, repentinamente demagogos, como un Conde que gritaba por Antonio Pérez "levantando el brazo" que equivalía a cerrar el puño hoy. Y no faltó, en fin, la generosidad de algunas gentes del pueblo que expusieron su vida por salvar a sus enemigos y que ¡ay!, como tantas otras veces, recibieron por premio la cárcel y el cadalso, sin que los salvados se molestasen en defenderlos". ¡Cuántos recuerdos acuden a la memoria a la lectura de este párrafo! Antonio Pérez, esta vez no por gracia de su Rey,

sino por la liberalidad de un pueblo altamente generoso, cobraba definitivamente la libertad por la que tanto había luchado y sufrido, pero en sus largas meditaciones a las que le daría lugar el vagar de su destierro, despojado ya de la máscara de egoísmo que su siglo le había puesto y próximo a la contricción que elude todos los engaños, apreciaría en su justo valor las lágrimas que la tortura arrancó a los que quedaban detrás de él, sufriendo con desprendimiento los actos coléricos que el Rey tenía reservados para la persona de su ambicioso Secretario.

Los acontecimientos de Zaragoza del 24 de Setiembre pusieron fin al pleito de Antonio Pérez en territorio nacional y fácilmente se adivina su desenlace: la entrada de las tropas reales en el Reino, su pacificación por la violencia y la huida del Secretario que no había sido devuelto a la cárcel como después del primer motín. Las andanzas del Secretario que fue del Despacho Universal de S. M. por Francia e Inglaterra, la expectación que provocó su presencia en estos Reinos ávidos de conocer los secretos de la Corte española y que la fantasía de Pérez los transformó en una crónica galante, su comportamiento de emigrado con respecto a la Patria y, sus momentos de desesperación mezclados con los de esperanza injustificada a los que era muy propenso, su muerte en París el tres de Noviembre de 1611, formarían una segunda parte de su biografía que Marañón estudia con todo detalle en su libro. Como la Inquisición no pudo cobrar su persona tan apetecida, fue condenado en ausencia y rebeldía, como convicto hereje, a ser relajado al brazo secular y quemado en efigie en un auto de fé que se celebró en Zaragoza el veinte de Octubre, en compañía de ocho reos más los cuales fueron realmente ejecutados. Nos interesa destacar ahora la odiosidad de Marañón contra este proceso inquisitorial acaso por la semejanza que veía con otros tribunales idénticos de nuestros días que inventaban acusaciones de herejía política o social como a Pérez le colgaron el sambenito del judaísmo, la homosexualidad o sus deseos de pasarse a países luteranos, y después de demostrar como la Inquisición estuvo en este caso al servicio del Monarca y no de la justicia, concluye: "Tal fue la justicia inquisitorial, tras la que latía la cólera regia. Fue, seguramente uno de los pasos más desgraciados del reinado del Monarca Prudente y el segundo gran traspies —el otro fue el proceso contra Carranza— del Santo Oficio. Más adelante los mismos Inquisidores tuvieron que confesar de plano, no su equivo-

cación, sino su consciente injusticia. Sobre este punto el fallo de la Historia es definitivo". Ya vimos como el Secretario en tiempos de su privanza supo captarse el complejo conglomerado de fuerzas que es la Iglesia y si La Inquisición, forzada por el poder real lo condenó, Roma siempre se mantuvo al lado del reo, y si bien no pudo torcer la testarudez de los miembros de la Inquisición de Zaragoza, el papa Paulo V un poco antes de su muerte lo absolvió de su posible pecado; muerto ya Felipe II y por lo tanto amainada la tempestad de odios, esta decisión pontificia influyó, sin duda, en La Suprema que, contra la opinión de los inquisidores de Zaragoza, firmes todavía en su testarudez, declararon que: "debían revocar y revocan la dicha sentencia dada y pronunciada contra dicho Antonio Pérez en todo y por todo como en ella se contiene; y declaran debe ser absuelta su memoria y fama; y declaran no obste a sus hijos y descendientes del dicho Antonio Pérez el dicho proceso y sentencia de relajación para ningún oficio honoroso ni debeles obstar a los dichos hijos y descendientes lo dicho y allegado por el Fiscal de la Inquisición contra su limpieza.

Nos queda por decir unas palabras sobre un último aspecto de Antonio Pérez: su huella política y literaria. Cree Marañón que ningún político de la España de los Austrias le superó en valor, aunque no llegue al "sublime" de su retrato. Hemos visto su identificación ideológica con el liberalismo de entonces y como consecuencia no compartía la idea de un poder exclusivo, absorbente, "que es la ruina de las Monarquías", y la tranquilidad de sus días la basaba en una paz entre España y Francia y como fiel de la balanza Inglaterra, es decir, el concepto de equilibrio de fuerzas mantenido también por los pacifistas modernos europeos. Interesantísimas máximas se desprenden de sus escritos políticos; veamos alguna muestra: "Es conveniente a los Reyes tener un reino de refugio para sus vasayos"; admirable, liberal, cristiano aforismo, comenta Marañón, nunca oído por los gobernantes españoles que se han significado, entonces y ahora, en no respetar el derecho de asilo de la expatriación, pecado que jamás se justifica y que siempre se paga. Otro: "Hay que dejar sin resolver los asuntos importantes para que el tiempo los resuelva": el cual no sabemos si se lo pegó Pérez a Felipe o Felipe a Antonio. Sigue: "Los Príncipes habrían de temer a los historiadores más que a los grandes pintores las mujeres feas"; pensamiento que sin duda se refería a Felipe II que como otros Monarcas absolutos se olvidó

que detrás de él había una Historia. Pero hay que reconocer que Antonio Pérez fue, ante todo y sobre todo, un hombre de acción y por lo tanto su erudición era escasa, más aprendida en la vida que en los textos de Tácito, aunque sea su cita erudita y Maquiavelo la brújula de orientación en su moral renacentista que encarnó en él "como una categoría inferior y sin genialidad". Ni un solo remordimiento de sus crímenes le arrancó la vejez, y lo que es peor, reconocidos sus actos delictivos por todos los contemporáneos siguió gozando durante mucho tiempo de la gracia real y siempre asistido con la amistad de muchos cortesanos y con la de graves eclesiásticos. Si bien es cierto que no todos los hombres de su época eran capaces de tales fechorías, muchos de los capaces llegaban a ser primeros ministros. Resume Marañón: "Hubiese podido ser Antonio un político excepcional en tierra que abundan tan poco como en la nuestra. Pero le faltó el mínimo de rectitud moral que se exige, y es bien poco, en este oficio para pasar la aduana. Pérez estuvo especialmente expuesto a la ajena ira, porque incurrió en el pecado de la vanidad, de la ostentación de su poder, de utilizar éste para herir a sus enemigos". Pero lo admiramos por la lucha titánica que mantuvo durante tan prolongado periodo, capaz de agotar fuerzas físicas más resistentes que las que correspondían a su endeble organismo. Como los héroes trágicos se enfrentó con un destino adverso y con la misma entereza que Edipo luchó contra su hado heterodoxo, Antonio Pérez se enfrentó con la gran adversidad que era entonces la pérdida de la gracia real.

Y ahora unas últimas palabras muy propias para enlazar con el principio esta final necrológica. Se ha hecho un problema en nuestros días la salvación o la condenación de las almas de estos liberales ilustres, cuando mueren; sobre todo para los hábitos. Cada vez que lo oigo o lo leo me viene en mientes en seguida la obra de Berceo, "Los Milagros de Nuestra Señora", en los que, con su grosero realismo, nos pinta las almas de los pecadores dudosos objeto de un pugilato entre la Virgen y los diablos, tirando de ellas con el mismo impetu con el que los niños, divididos en dos bandos contrarios, tiran de una misma cuerda. Y si me siento un poco más pesimista, hasta peco con el pensamiento, porque creo que hay en el problema algo de aquel sadismo, encubierto con la piedad, con que Felipe II se preocupaba por resolverles el problema a sus víctimas. Pero me tranquilizó de mi pecado porque Marañón, antes de

morir y pensando seguramente en él mismo, nos dejó definido el asunto como una muestra más de la intransigencia, y contra ella no se peca: "Lo que pasa es que el español intransigente no sólo quiere excluir al enemigo de la vida material, sino también de la eterna; y le pone de mal humor que un impio vuelva a la gracia; como si ésta fuera premio de cucaña que sólo lo disfruta el primero que llega". Y entonces mucho les agradecemos la buena intención e incluso nos explicamos que en su afán de salvar el mayor número posible de almas, y de contarlas, hayan tenido que caer en la manía que por la estadística tiene el norteamericano; porque nos hemos enterado últimamente que ha crecido el porcentaje de almas españolas aseguradas en la Gloria, las cuales ascienden ya a un 63 un tercio % de la población difunta, lo cual supone un alto nivel creciente comparado con el periodo de 1931—39, época republicana, que sólo dió un coeficiente del 13%, sin décimas. Pero no es la muerte asunto para ser tomado a broma; lo es tan personal y tan íntimo que, por delicadeza a lo recóndito humano, todos lo debemos de respetar; pero los entremetidos que lean este párrafo de Mara- ñón: "Lo que se hace cuando se va a morir es lo más respetable de la vida; porque nunca está más clara la conciencia de la responsabilidad que en el minuto en que el curso efímero de nuestra existencia, todo artificio, va a derramarse en el seno de la eternidad; y es soberbia satánica el querer los hombres juzgar el sentido de ese instante que, en su brevedad, puede servir de cauce augusto a la misericordia de Dios".

¡Ah!, pero ha muerto como un cristiano.

¡Claro, Reverendo Padre, como vivió toda su vida! Y si ustedes se empeñan en profundizar la separación entre liberalismo y catolicismo, entonces... Doctores tiene la Santa Madre Iglesia que sabrán resolver el problema que ellos mismo han creado.

Y entre tanto: Requiescat in pace memoria sua.

## Orillando un ensayo de Mara- ñón

Densidad metafórica y no ampulosidad explicativa. Intensidad y no extensión. Remirar las cosas y darlas corporeidad al ritmo acelerado de este Siglo; sin prejuicio y de manera corta y concreta. Así ha sido definida y explicada una de las categorías objetivas del estilo, más en boga en la literatura contemporánea: el ENSAYO; categoría del estilo, que justamente por ser una técnica del estilo que mejores posibilidades ofrece para la variación, creo que gustó tanto al egregio Maestro Doctor Gregorio Mara- ñón, quien, por otra parte, cultivó casi todos los géneros literarios, y enriqueció sobre todo, la literatura médica, con Obras, que tanto pueden dulcificar las horas de un viejo galeno de parroquia, como abrir horizontes novedosos y muy comprensivos en la ardiente imaginación del lector estudiantil de los primeros años universitarios, para referirme solo a nuestras lecturas de Profesión adentro.

La obra de Mara- ñón, si valedera en todos sus contornos artísticos, es más sencilla, creo yo, y más acogedora, la que realiza como Ensayista; pues, en verdad parece que él puso también particular dilección en este moderno tipo de técnica literaria que corre parejas con la novedad y movimiento emotivo del estilo periodístico. Son sobresalientes representantes del Ensayo español: Ortega y Gasset, Dn. Miguel de Unamuno y Azorin, para quien, el Ensayo era: "No pensar en nada, y de pronto, en la sobrehaz de la conciencia, una lucecita, un estremecimiento, una vibración, la idea, la continuación de la idea, la prosecución del trabajo mental que habíamos clausurado". Unamuno decía del Ensayo: "Un pretexto para ir el autor entretejiendo sus propias ideas con las que le dan aquellos otros escritores que lee".

Con razón se dijo, que para hablar del Ensayo, habría que inventar otra palabra: INSTANTISMO.

Y es que, en la formidable capacidad de trabajo por una parte, y en la infatigable vida de lector empedernido que se delata por sus mil y mil citas, por ótra, Marañón creaba un tipo de Ensayo a cada instante y un tema nuevo en cada párrafo de sus escritos. Su afán de escribir, o mejor, su voluntad de producción literaria y científica era casi biológica: escribió para descargar su mente y su conciencia. El mismo lo afirmó: "No hay red que se lleve en su seno la pesca confusa de la profunda conciencia como el libro propio... porque el escritor, desde el recato de su mesa de trabajo, abre su conciencia a Dios..." Y añade, en párrafos posteriores y acentuados más la necesidad biológica de la creación literaria, no importa si perfecta o no, pues ella sirve "para aliviar el alma de muchos autores insignificantes; y para salvar a algunos del suicidio o de la desesperación". No sólo creemos nosotros, "de muchos autores insignificantes", sino precisamente, de esos grandes escritores, tipo Marañón y tipo Cajal, por ejemplo, para quienes, la vida, sin poder escribir y sin poder crear, habríales sido invivible y no hubieran podido resistirla dignamente; así que, aquello de autores insignificantes, quien sabe si no pudo ser sino una vaga "transferencia", para poder hacer una cumplida confesión.

Pocas de sus obras han hurgado tanto en un problema, tan gustado por él, como sus ensayos sobre las manifestaciones de la sexualidad. Hace de ellas, y expresamente refiriéndose a los caracteres sexuales, una clasificación tan clara y sencilla, que puede ahora, adaptarse como texto en los estudios de la fisiología de las glándulas gonadales, superando con ella, la larga confusión y las múltiples clasificaciones que se han dado hasta ahora, y diferenciando categóricamente los elementos genitales de los procesos sexuales.

En relación con estas investigaciones, uno de los Ensayos más sobresalientes fué, sin lugar a dudas, su estudio sobre AMIEL: ese atormentado que se consumió en el fuego de su propio volcán interior, que nunca quizo, ni biológicamente, derramar su lava, fuera de sus propias entrañas, transformándolo, paradójicamente, en el prototipo de la TIMIDEZ SEXUAL. Pero Amiel, con su JOURNAL INTIME, en el que abrió para el mundo, las flores de su placer y de su dolor, hizo el grande, gigantesco bien a la humanidad, de dejar

escrita para la historia, la intimidad de sus secretos sexuales, que todos cargamos a cuestras y que a nadie gusta se los descubran en sus palabras o en sus escritos.

Porque, es tan difícil llegar a conocer el alma humana, que nos sorprende, a veces, el hecho de que después de escarbar en la psicología de una persona, aparecen en ella manifestaciones que nos comprueban que hemos llegado apenas a sus planos superficiales. Por eso, para estudiar a Amiel, dice Marañón, para adentrarse en su psicología, nada hay como la teoría de la ventana-espejo. Explica que, cuando decimos conocer una ciudad, no lo hacemos porque hemos recorrido sus principales avenidas, sus monumentos; sino cuando, a través de una ventana indiscreta, que es como un espejo con su marco, podemos captar la intimidad de la vida de un hogar. Sólo así pueden ser conocidas las facetas de una personalidad y ser escudriñado el fondo de su alma, que es como un pozo insondable de misterio. Así conoció Marañón el alma de Amiel, y así nos legó, tipificada su personalidad, ubicada en su justo puerto: el de la TIMIDEZ SUPERIOR.

Al describir la paradójica figura de Amiel: la del hombre común y vulgar, transformado, en gracia de su Diario Intimo, en figura centenaria para la psicología, la patología, la literatura, Marañón nos dedica, como sabe hacerlo en todas sus obras, una enseñanza ética y estética, latente y viviente, en cada párrafo; enseñanza que ahora con su muerte, queda como testamento científico, como lección permanente para las presentes y futuras generaciones.

Al hablar del medio en que se desarrolló la vida de Amiel, dejó pintados, con caracteres más indelebles, un hecho psíquico, conocido generalmente, pero de modo más o menos superficial: cual es la acción que sobre la psicología personal ejercen las fuerzas del medio-ambiente, hablando expresamente de las variaciones estacionales del medio. "Algún día, dice, haré un estudio documentado de este fenómeno, que es sólo un aspecto de la vasta y descuidada ciencia del influjo que ejerce el ambiente cósmico, sobre el tono afectivo de nuestra alma..." No conocemos si llegó a publicar algún estudio sobre tema tan interesante. Sabemos sí que la Fisiología clásica, y antes la Biología, demostraron cómo nuestra morfología física y el conjunto de sus funciones, están como moldeadas en es-

tas fuerzas cósmicas, de las que al decir de los biólogos, los seres vivientes no formamos sino parte; parte de la gran vida cósmica desde luego, dando a los cuerpos materiales que nos rodean y que constituyen lo que llamamos Cosmos, atributos de vida tal como la entendemos; sólo que no podemos advertirla "de viso", en virtud de los recambios materiales y energéticos que en ellos tienen lugar. Si la vida no está sino supeditada a la ecuación:  $V = E$  sobre  $T$ : Espacio — Tiempo, es cuestión de saber catalogar y discriminar en su aspecto relativo el valor tiempo. Nosotros llamamos Seres vivos a aquellos en los que "vemos" las manifestaciones del recambio material y energético, porque se realizan estas transformaciones, de una manera tan rápida (el movimiento no es sino la relación Espacio —Tiempo—), que lo podemos advertir y casi palpar en cualquier momento; pero no tenemos derecho a llamar "seres inertes" y cuerpos brutos a los demás seres que constituyen el Cosmos, porque las transformaciones, acaso más profundas en cuanto a lo energético, que en ellos se realizan, tienen una tal lentitud, que escapan a la observación de nuestros miseros sentidos. Pensemos no más, qué concepto tendríamos de la vida y sus manifestaciones, si nuestros sentidos, mucho más perfeccionados de lo que son ahora, pudieran captar vibraciones de Rayos de menos de 1.000 Angstrom  $\text{Å}$ , por ejemplo. Con razón, la Biología propugna —lo que daría pruebas a los Vitalistas que definen el criterio del "Principio vital"— que nuestras vidas, lo que llamamos vida en grande, de una vida cósmica, escasamente tangible y comprensible para nuestros rudimentarios sentidos.

Bien. Gregorio Marañón nos recuerda, muy hermosamente, la relación directa del período estacional del año, sobre nuestras características personales; y es digno de reflexionar sobre las aplicaciones psíquicas que de esta verdad pueden desprenderse. La Pedagogía sobre todo, se nutre de estas aplicaciones concretas, en la orientación de la vida cotidiana, digámoslo así, con el calendario a la mano, como insinuaba el mismo Marañón, vagamente, cuando llamaban a Amiel, alma calendárica y barométrica.

De esta manera podríamos explicarnos entonces, una larga serie de capítulos oscuros en la biografía de los grandes personajes y en la biografía de los pueblos. Si la Historia debe rehacerse, como quieren los historiógrafos, debería hacerse con el calendario estacio-

nal a la vista, revisando, no el dato, insignificante, a veces; del día cronológico, pero sí la fecha estacional en que se desarrolló algún pasaje aparentemente vulgar y sobresaliente, cuya explicación nos interesa. Y así se programaría mejor la enseñanza de la Historia.

Y al decir "enseñanza", pienso que ella fué el "oficio", el alma, el hobby trascendente en la vida de Marañón. Felices vidas aquellas en las que se impregna en el alma un hobby, con que al mismo tiempo se procura el mayor bien de la humanidad, y también se libera el espíritu de las cadenas de la rutina diaria. Consideremos el bello hobby de Albert Schweitzer, que para cumplirlo y gozarlo, no contento con ser gran artista: compositor y ejecutor de la mejor música, de ser gran filósofo de cátedra, se dedica a estudiar medicina, para poder gozar con su placer de curar negros en su propio medio, improvisando hospitales en la espesa jungla de Lambarene-Africa.

Con razón la Psiquiatría da tanto valor al hobby, aún en el tratamiento de trastornos inveterados de la psicología, como el alcoholismo, el tabaquismo, etc. El hobby juega en la vida moderna un papel de primera categoría; lo que para nuestros abuelos fué no sólo la distracción de "pasa-tiempo", sino la expresa 'pérdida de tiempo', adquiere en la época actual gran preponderancia. Y es explicable que así suceda ahora, dado el sinnúmero de preocupaciones y cargas afectivas que atormentan al hombre moderno, someténdolo a un equilibrio inestable de tensión emocional y obligándolo a buscar su hobby: ese regulador de la propia conservación, a manera de una derivación que afloja psíquica y fisiológicamente, la templada cuerda, a riesgo de arrancarse, del cotidiano "ciclo trágico y vulgar", que dijo nuestro poeta.

Estas consideraciones nos hacemos al pensar en los hobbies de ciertos célebres personajes, en lo que, el del escritor, sobresaliente o vulgar, representa otra maravillosa válvula de escape, que puede liberar al que lo posee, aún del suicidio, conforme hemos explicado al comenzar estos renglones, con las propias palabras de Marañón.

Decimos que, dentro de su trabajo profesional de Médico, el hobby que contribuyó a la glorificación de Marañón, fué el de la Enseñanza, bajo todos sus matices. Sus clases, sus escritos, sus confe-

rencias, representan esa voluntaria distracción de sus horas extras, con las que, nueva "ridendo corrigo mores" que puede traducirse para este egregio español como: "distracciones con las que enderezo las costumbres", predicó su doctrina científica y enrumbo muchos caminos de este Siglo, señalando pautas, por las que, sin desviarse de los criterios de la sana razón, pero tampoco recorriendo por los escuetos caminos del puritanismo vacuo, la humanidad debía encontrar su destino.

Del puritanismo irreductible dijo, textualmente, que es peor que el mismo libertinaje; y en una referencia, añade este interesante comentario que describe la Ginebra de mediados del Siglo pasado, pero que puede aplicarse ahora a cualquiera de nuestras "modestas" ciudades y pueblos "subdesarrollados", —que muy mucho tiene que ver el desarrollo económico con el desarrollo del ambiente moral—: "en este país no sólo no es posible hacer el amor, sino que es necesario excluirlo hasta de la conversación". Y estas no son frases de un Don Juan, son frases de una escritora importante, de donde las ha tomado nuestro ensayista.

Es que quería que los misterios del amor, y más concretamente, los problemas del sexo, fueran tratados sin los prejuicios con que la tradición milenaria nos obliga a enfrentarlos. Al niño, aconseja la Pedagogía moderna, y así recalca el Maestro Marañón, hay que orientarlo con la verdad, ¡nada de mentiras!, y justamente en los años en que se inicia esa época de erupción volcánica que se llama pubertad. Tampoco, desde luego, se debe hablar, para simples revelaciones prematuras: el Maestro debe, ante todo, ser un psicólogo, para conocer el justo tiempo en que debe enrumbar a sus alumnos, en el laberinto de los asuntos sexuales. Todavía ahora se ve en los Programas de Biología, la poca extensión que se da por el miedo de abordarlo, al capítulo de la Reproducción sexual. Por lo menos ahora consta en los Programas: que cuando fuimos niños, no se nos habló nunca, como materia de clase, ni en la Escuela ni en el Colegio; y hay que imaginarse, cómo fué de tabú en tiempo de nuestros abuelos. Tabú con el que ahora tiene tela en qué cortar la literatura contemporánea, y que dá también interesante tema al anecdotario suspicaz: el de unos niños modernos que tratan de dar a la abuelita explicaciones naturales sobre la bella leyenda de la llegada de la cigüeña.

La verdad, ante todo, "verdad limpia y clara y por lo tanto casta", para citar las propias palabras del autor comentado. Porque, a decir verdad, tienen una grande, una tremenda responsabilidad, todos los Profesores de Biología y ciencias conexas tanto de Colegios, como de Establecimientos superiores; pues no se diga que en la Universidad, terminaron las responsabilidades, pues el pleno conocimiento de estos problemas no se adquieren sino con la madurez sexual, y ésta no se alcanza biológicamente sino al rededor de los veinticinco años, edad propia de los cursos universitarios, y propia, por lo tanto para aclarar debidamente un problema que interesa a toda la humanidad.

Y es que al hacer la descripción oportuna, que no la revelación prematura, insistimos, de la anatomía y de la fisiología sexual, con la técnica y la seriedad que ellas exigen, no sólo aclaramos y satisfacemos la innata y natural curiosidad que el niño tiene por los problemas de su propio sexo y del origen de su propia existencia, la cual ha de satisfacerla ideductiblemente, en otras fuentes, generalmente morbosas: compañeros depravados, lecturas pornográficas, estampas de torcida intención, folletos de falsa difusión científica, pero de descarado sentido mercantilista, cine mal interpretado, etc.; fuentes que le darán pues una maliciosa lección de sexología. En todo caso, el niño ha de satisfacer su curiosidad; y en vez de recibir como explicación, mentiras y frases de doble sentido, es mejor, pero mucho mejor, que con una lección de clase, como materia de Programa, sea orientado el educando, con el tino, la sagacidad y la franqueza, que deben ser cualidades de todo buen Profesor.

Es ésta también la manera de luchar contra falsas interpretaciones en el terreno sexológico, que se vienen arrastrando desde hace centurias y que se han popularizado hasta llegar a ser códigos de vulgar asentimiento. Así tenemos, por ejemplo, el falso concepto de hombría y virilidad que el vulgo tiene de los "tenorios", llegando a hacer de ellos, ídolos de imitación cotidiana; siendo así que, a la luz de la psicología, luz a cuya claridad contribuyó con sus brillantes haces, este eminente Maestro español, no son los Don Juanes sino seres que se debaten en las redes de la indiferenciación sexual y que no han hallado, ni hallarán nunca el centro de gravitación que equilibre su propio sexo desbocado y a tientas, pues, el probar de muchas frutas representa su propio castigo permanente. Y así, los

Casanovas, nunca gozan de la satisfacción completa, y "se mueren de sed junto a la fuente", porque en la voraz sed de satisfacción sexual con que llega el hombre al mundo, a estos seres no se les permite beber de sus vasos, sino por bocados cortos, tan cortos, que cuando creen terminado del vaso, se encuentran nuevamente en el otro extremo del círculo vicioso de su nueva sed.

Aquí tenemos que insistir sobre la errónea interpretación del problema del desarrollo de la sexualidad; falsa interpretación que es fuente de la timidez sexual, tipo de timidez que a su vez engendra, o puede engendrar el estado patológico de la Impotencia, de donde, en muchos casos, nos cuentan la Literatura y la Historia, hay pasos muy cortos hacia el suicidio.

Nuestros adolescentes tienen formado un falso concepto de virilidad precoz; creen que desde los años de aparición de la pubertad, puede y debe el joven encontrar todos los resortes fisiológicos y psíquicos para una fácil, total y completa satisfacción sexual, y alentados por este criterio, en su afán de aparecer con una virilidad precoz, apenas han traspuesto los umbrales de su naciente ciclo de actividad genital, caen en sus primeras experiencias sexuales en las peores condiciones de ambiente y en las más nocivas condiciones de sujeto y objeto de sus arrogantes conquistas, generándose, por estas circunstancias, inhibiciones de origen córtico-medular, que impide la consumación normal de la función; lo que representa el primer reflejo de orden fisiológico que ha de engendrar un segundo y tercer reflejo, en las siguientes experiencias, realizadas por lo común, en condiciones semejantes. Aparece luego, con facilidad, el monstruo de la timidez sexual, cuyo vencimiento será más tarde, motivo de graves y a veces agotadoras luchas de reacción psicológica, terapéutica en la que tiene un papel importante que desempeñar la labor comprensiva y paciente de una buena compañera temporal o definitiva.

El ingreso prematuro en los dominios del sexo, pagan con esta moneda cara los que se creen 'muy hombres', apenas están saliendo de los umbrales de la pubertad; pues la Biología y la Fisiología enseñan, con la lógica experimental, que la morfología y la función del sexo, no se desarrollan sino en el tránsito de varios años, y que su madurez y por lo tanto, la plena virilidad se halla en la edad intermedia de los veinticinco años. Lo que no quiere decir, desde luego,

que los matrimonios realizados antes de esa edad sean en todo caso desaconsejados; pues el problema del matrimonio es más de diferenciación sexual completa, por lo tanto psicológico, que no puramente anátomo-fisiológico; pero ésto sería motivo de otros apuntes.

Es necesario, pues, que el adolescente busque, sin el gran esfuerzo que han tenido que realizar las generaciones pasadas, el sentido de la diferenciación sexual en un tipo de ideal femenino concreto, y pese a la etapa de civilización que vivimos, lejana prácticamente de la monogamia auténtica, y que es, según los comentarios de Marañón el estado de perfectibilidad biológica del hombre. Pero el ideal femenino, hay que aprender a conocer y a conquistarlo, pues no se nos dá gratuitamente, ya que "El ideal femenino, con las propias palabras del sabio español —como todos los demás ideales, no se nos dá nunca hecho; es preciso construirlo, . . . Porque cuando nos enteramos de si la mujer elegida es o no la mujer ideal, el día de la boda está ya tan lejos y la cabeza tiene tantas canas, que, si no se acertó, hay que resignarse a la equivocación para siempre".

Así, con amoroso cultivo puede adquirirse la diferenciación sexual última, que poco a poco concede la propia naturaleza, pero a la que, como en otros casos, hay que ayudarla, para que algún día, por instinto o por adaptación, pueda darse en el blanco y hallar la precisa "media naranja" de la leyenda china: secreto secular del matrimonio perfecto, origen a su vez de ese núcleo que es la base de los Estados, y que pese a los pronósticos pesimistas de los asustadizos, no desaparecerá nunca: la FAMILIA.

Mas no tampoco ese exceso de diferenciación sexual que conduzca a la supervalorización del ideal femenino, y que, desde luego, no aparece de improviso, sino que se genera desde los primeros años de la vida, cuando la real o aparente tiranía del padre, crea ese estado complicado de la psicología masculina, cercana al llamado Complejo de Edipo, y que engendra en el sujeto que lo padece, al tímido por supervalorización. Es el caso de esas permanentes solterías, mantenidas por el cariño o el recuerdo de la madre y que ha hecho exclamar, a veces: "No me caso, porque no encuentro a ninguna mujer como mi madre"; o esta otra frase, uno de los elogios más sublimes que se han pronunciado, citado también por Marañón: "Después de todo, quien ha conservado como yo el recuerdo de su madre, no necesita más para ser feliz". Pero, aunque duela decirlo;

aunque "Freud lo ensucia todo" como exclamaba, citando a alguien, un apreciado Profesor de Colegio; aunque "no hay que pensar tanto en Edipo", como escribió el propio Dr. Marañón; sin embargo, todas éstas son manifestaciones, ligeras unas, graves otras, de desviaciones que perturban la búsqueda instintiva de la diferenciación sexual. Lo que pasa es que recién, desde las sabias lecciones de Freud, la humanidad está arrojando la verdad desnuda sobre la evolución de la sexualidad; pero todavía interpretando y midiendo ciertos conceptos con el raso y el prejuicio del milenar tabú.

Por eso, repetimos, la necesidad de una orientación cabal de la juventud, en este laberinto del problema sexual, siguiendo a los grandes conductores, entre los que ocupa lugar sobresaliente el ilustre Don Gregorio Marañón.

Sean estos mínimos comentarios de uno de sus Ensayos, el emocionado homenaje con que, casi de improviso, hemos estado divagando, al recibir la trágica noticia de su muerte.

Don Gregorio Marañón aplicó para su predilecto Amiel, estas frases que en un sentido general pudieron ser escritas para el caso de su muerte:

"La mayoría de los hombres, incluso muchos de vida aparatosa, mueren para ser enterrados. Unos pocos, talvez incógnitos en la vida mortal, mueren para resucitar...."

Sólo que él resucita ahora para la gloria, sin haber sido nunca un incógnito en el mundo del espíritu.

## Gregorio Marañón

En la histórica España, en su capital, se ha eclipsado una vida genial. Acaba la hispanidad de perder uno de sus valores más sazonados y la mundialidad el científico y el escritor más conciso y más ameno. La concisión y la amenidad se fraternizan solamente en el genio, que todo lo desproblematiza y lo simplifica. Es propio de los auténticamente grandes entregar a los comunes todo claro, comprensible y aplaudible....

La gran bandera de la Ciencia y las Letras ha colocado el crepón funerario y el viento del mundo lo agita constrictado y hondamente conmovido. GREGORIO MARAÑÓN, el médico y el letrado ha arrancado el dolor y la reflexión con su muerte, ha sacudido la angustia cosmopolita y comienza la contemplación humana sobre su vida mastilínea y ejemplar....

El mes que acaba de pasar se llevó esa vida preciada y multifásica. El DOCTOR GREGORIO MARAÑÓN hasta los 73 años de edad había cumplido un programa de acción fecunda y cabal con espíritu cuspídeo y mundialmente admirado. Hombre con trayectoria luminosa, ha grabado su nombre con el sello de la veneración ya y su biografía que tendrá que ser sondeada con la vastedad que obliga su obra, tiene que ser escrita con la ponderación de las plumas capaces.

Gregorio Marañón estudió Medicina en el Colegio de San Carlos de Madrid, consiguiendo siempre las matrículas de honor por su excepcional capacidad. Obtuvo el premio extraordinario en la Licenciatura efectuada en 1908 y en el Doctorado del año siguiente. El más elevado Premio, "Martínez Molina", le fué entregado, trofeo que solamente le había correspondido al sabio histólogo Santiago Ramón y Cajal antes de él. Conferencista atractivo y docto, recorrió los continentes prodigando ciencia y erudicción. En Alemania trabajó mu-



cho tiempo con Emden y Erhlich, siendo uno de los primeros concededores del "606" o salvarsán.

Sus obras son numerosas y se encuentran en las mejores bibliotecas por su profundidad científica y su amenidad literaria. Estudió y escribió, tras asiduas investigaciones, sobre endocrinopatías identificándolas con claridad clínica. Tiene inmejorables tratados sobre Enfermedades de las Glándulas de Secreción Interna, Enfermedad de Addison, Paratiroides, Bocio, Herencia Endocrinológica.

Entre las obras literarias se destacan las siguientes: Tres Ensayos Sobre la Vida Sexual, escrita en 1926. Amor, Conveniencia y Eugenesia, 1931. Amiel, un estudio sobre la Timidez. Ensayo Biológico sobre Enrique IV de Castilla y su época. El Conde Duque de Olivares. La Pasión de Mandar, 1936. Ideas Biológicas del Padre Feijóo. Tiberio, Historia de un Resentimiento. Tiempo Viejo y Tiempo Nuevo, ensayos y otros.

Su vida política fué corta y recibió la inyección de su mentalidad vigorosa, terminando en 1931 con la proclamación republicana de España. Alejado del tráfago gubernamental se dedicó por entero a continuar sus afanes médicos, en los que cada día imprimía el acierto y exteriorizaba el sutil conocimiento.

Como gran Médico fundamentó su carrera en las bases seguras de la Biología y se disciplinó con toda la robustez científica en la Endocrinología, a la que prodigó sus mejores escritos, ocupando hoy el sitial de autoridad mundial en esta moderna especialidad. Comprendió extensamente la complejidad de las endo y las disendocrinias y supo entregar esos estudios con lenguaje florecido de ciencia y enseñanza.

El Profesor y Maestro GREGORIO MARAÑÓN empieza con su muerte a destacarse nimbado de universalidad. Su cátedra, su conferencia, su charla han pasado ya a ser vibración de ciencia para todos los ámbitos de la cultura humana y su obra escrita con sabia y singular amenidad hipertrofia su figura y la de España...

Estas líneas, brotadas como respetuosa recordación al Médico Magistral y al Profesor inimitable sean la manifestación de admiración a GREGORIO MARAÑÓN, faro de ciencia apagado en plena irradiación.

## ECOS DE NUESTRO SIGLO EN EL "TIBERIO" DE MARAÑÓN

"La Historia ha servido, y eternamente servirá, no sólo para retratar nuestro hoy, repetición inexorable del pasado, sino, en los tiempos en que la libertad falta, para ser autorizada Celestina de lo que no podemos decir y la antigüedad impunemente dice por nosotros". Así se expresa Gregorio Marañón en la página 65 de su libro "Crónica y gesto de la libertad" publicado por Librería Hachette de Buenos Aires en 1938. Hemos elegido este párrafo para comenzar el presente ensayo por ver en él la intención secreta y veraz de su **Tiberio**, cuya primera edición aparece en Madrid el 30 de septiembre de 1939 en los talleres de Espasa Calpe.

Este año de 1939, jactanciosamente llamado por el glorioso movimiento troglodita "Año de la Victoria", significa para España su momento más negro y luctuoso. En dicha fecha de nefasta recordación para los anales hispánicos, el frente constituido por las oligarquías cerealistas y olivaderas, por los inútiles militares, los señoritos fascistas y los miembros de la "Hispanic Church", rapaces y anticristianos, logró estrangular, con la ayuda activa de Roma y de Berlín, y con la pasiva de las restantes potencias falsamente llamadas democráticas, el maravilloso renacimiento que, desde comienzos de nuestro siglo, venía produciéndose en España. El éxito del "soi-disant" Glorioso Movimiento ha sido, no cabe duda, indiscutible. Nosotros, "los que no fuimos a la guerra", los que teníamos menos de catorce años en 1936 y dimos nuestros primeros pasos en la vida con el alma amordazada por la cruel y estéril tiranía franquista, nos detenemos a considerar en qué han parado las grandilocuentes consignas del fascismo español al cabo de cuatro lustros de dictadura teo-

crático-militar y nos reímos amargamente. Recordamos el lema que proclamaban los falaces salvadores de España como justificación de su lucha, durante la guerra y en la postguerra: el lema de "Por la Patria, el Pan y la Justicia" que martilleó constante y cínicamente nuestros oídos infantiles. Comparamos esa hermosa trilogía de aspiraciones con la efectiva conducta del gobierno franquista, que durante veinte años ha pisoteado con la mayor indecencia su propio "slogan", y seguimos riéndonos con amargura mientras España nos duele en el corazón. Pues a partir de 1939, nosotros, los que no tenemos nada que ver ni con los nuevos déspotas, ni con los anti-gueros y caóticos republicanos españoles, en razón de nuestra corta edad, asistimos con angustia adolescente a los diarios fusilamientos de personas cuyo único delito era —en la mayoría de los casos— haber defendido con las armas en la mano el gobierno legal y libremente elegido por el pueblo español; asistimos al terror y a los registros policíacos, a la insolencia cavernícola de los jóvenes falangistas, al regreso de nuestros padres hambrientos y desharrapados procedentes de los diversos campos de concentración establecidos en el suelo sagrado de la Patria; vimos a España transformarse en una inmensa cárcel; contemplamos con los ojos inocentes y aterrados cómo los que proclamaban en sus discursos y canciones el ideal de la Justicia, sumergían su cadáver en un inmenso océano de lágrimas y sangre. Comprobamos, por consiguiente, que la Justicia, uno de los tres pilares sobre los cuales nuestros presuntos salvadores habían prometido levantar la nueva España, les tenía completamente sin cuidado.

Mientras esto sucedía con tan severa e imposible dama, el espectro del hambre señoreaba casi todos los hogares españoles. Corrían los primeros y terribles años de nuestra postguerra, que, para mayor desgracia, coincidían con los bélicos estruendos de la segunda conflagración mundial. Eran los años de las cartillas de racionamiento y del estómago vacío a todas horas, la época de los extraños alimentos, como las algarrobas, especie de lenteja que de ordinario se utiliza como pienso para las acémilas, pero que entonces, en los gloriosos años de la victoria fascista, prodigaban sus calorías a los humanos junto con unos bollitos amarillentos y duros como piedras hechos de una endiablada masa incomedible, que nuestros salvadores nos suministraban diariamente a razón de uno por barba. Como es natural, nosotros, que éramos ya a la sazón pálidos y desnutridos

estudiantes de Bachillerato, nos dábamos cuenta de que el célebre lema falangista fallaba también en el capítulo Pan. Veamos qué sucedía entre tanto con la Patria.

Si nos hemos de atener a los discursos de los jerarcas y a la letra de los himnos que entonaban a grito pelado por las calles las centurias del Frente de Juventudes, resulta que caminábamos "por rutas imperiales" y que "nuestra España gloriosa" nuevamente había de ser "la nación poderosa que jamás dejó de vencer". Pero si atendemos a la historia real y concreta de los años que van de 1939 a 1960, la verdad es que adonde caminábamos era a la sima de la ignominia, ya que a los "salvadores de España" les ha cabido la gloria de liquidar lo poco que quedaba de ese Imperio tan cacareado en sus canciones y de vender nuestro país a los yanquis.

De modo que resulta gracioso recordar ahora, en 1960 y en América, la canción aquella que nos obligaban a aprender los falangistas a los hijos de los republicanos que hacíamos nuestras comidas en "Auxilio Social", por hallarnos en la zona de Franco sin nuestros padres, combatientes de la España verdadera; la canción aquella que siempre será para nosotros el símbolo de una época sombría y una de cuyas estrofas dice así:

"Prietas las filas,  
recias, marciales,  
nuestras escuadras van  
cara al mañana,  
que nos promete  
**Patria, Justicia y Pan.**

Como fácilmente puede ver el curioso lector, no cabe duda de que los franquistas han realizado cumplidamente su programa. Nos complacemos en enviarles desde el Ecuador nuestras más calurosas felicitaciones.

Esta era la época precaria y miserable que se iniciaba para España en 1939, cuando apareció en Madrid la primera edición del "Tiberio". Es bastante significativo que la biografía del César enfermo de resentimiento viera la luz en este año tristemente célebre para la historia de nuestra patria. La verdad es que la época de Ti-

berio es tan semejante a la del régimen franquista en terror y tiranía, que nos basta leer las páginas sombríamente geniales en que Tácito nos pinta la situación de Roma bajo el César de la Crucifixión, para ver en ellas retratados los años irrespirables que se iniciaron para España con el triunfo de los despiadados reaccionarios. La Historia, una vez más, actuaba de Celestina y le permitía a Marañón decir en una España amordazada por la censura, lo que no hubiera podido expresar directamente.

La preocupación de nuestro ilustre médico por la crítica época tiberiana venía ya de antiguo, según él mismo nos confiesa en "Crónica y gesto de la libertad". La aparición de "Tiberio" editado por la "Nouvelle Revue Française", se anuncia ya en 1938. Esto quiere decir que Marañón meditaba ya en la vida y en el tiempo del segundo emperador romano durante los primeros años de la década que se inicia en 1930, década que vio ascender en el firmamento político de Europa la estrella nefasta del fascismo y, en España, el efímero sol de la República, pronto desaparecido entre las nubes tempestuosas de una guerra fratricida. En un rincón de su obra, escribe Ortega que no son los políticos profesionales, sino los grandes pensadores, quienes primero perciben los cambios futuros. Marañón, que formaba parte de los segundos, se daba cuenta de que los hombres del siglo XX cavaban sin remedio la tumba de la libertad. Al nordeste de Europa, Rusia construía en silencio su férrea dictadura de tintes asiáticos; en Alemania, Hitler representaba el primer acto de una colosal tragedia wagneriana mientras, gesticulando, arengaba a su pueblo, subido en una locomotora o en un carro de combate; en Italia, Benito Mussolini saludaba brazo en alto, soñando con resucitar para su país el pasado glorioso de los Césares romanos; en los demás países occidentales, las democracias sentíanse débiles, caducas, trasnochadas; y, solapadamente, iban imitando las actividades agresivas del fascismo; por todas partes crecía, como un tremendo pulpo, la bestia del superestado; los señoritos españoles a lo José Antonio Primo de Rivera y a lo José Calvo Sotelo, aprendían fascismo en el exterior y trataban de imponerlo en Celtiberia con la insolencia característica de los hijos de los ricos. Marañón se daba cuenta de que aquella República proclamada con tanto entusiasmo en 1931, era el crepúsculo de la libertad, dama imposible, como la justicia, en aquella Europa que la estaba asesinando. en aquella Europa que ya se preparaba para ser un mero campo de batalla entre dos

despotismos: el asiático, representado por Rusia, y el de los grandes capitalistas, representado por los países occidentales de Europa y por los Estados Unidos.

Huésped de una época desgraciada en que por todas partes se pagaba con tiranías el delito de haber abusado de la libertad, Marañón presentía que en el mundo se iniciaba un periodo largo de retroceso a los regímenes impositivos y opresores de las voluntades individuales. El liberalismo tuvo su momento álgido a finales del siglo XIX; pero no había sido capaz de resolver los grandes problemas humanos. En los primeros lustros del siglo XX, se notaba en las masas de todos los países un ardiente deseo de nuevos ideales y un abandono de las antiguas creencias, sobre todo de las religiosas, que tan consoladoras habían sido para los hombres a través de las edades, prometiendo compensaciones "post mortem" a los sufrimientos de la vida. Lo más grave de todo era que los profetas de la sociología no sólo no encontraban soluciones auténticas para la buena marcha de la especie, sino que advertían en el rumbo de los pueblos una trayectoria hacia el caos. Marañón percibía en sus contemporáneos una actitud escéptica y angustiada. Los hombres de su tiempo llevaban a las costillas un mundo de ideas y creencias vacías, inertes y difuntas. Deseaban alumbrarse con el sol de una nueva fe, pero éste no alboreaba todavía en el horizonte. Únicamente aparecían los teatrales sucedáneos del fascismo y del comunismo, verdaderas pseudo-religiones. Con su fina intuición para el diagnóstico, tanto de las enfermedades corporales como de las crisis históricas, Marañón encontraba que su tiempo —que es todavía el nuestro, por desgracia— presentaba los mismos síntomas patológicos de la época tiberiana. De ahí su preocupación por el César Tiberio, símbolo de la tiranía, y por el historiador Tácito, profeta del espíritu liberal. Durante el reinado del segundo emperador romano, los viejos ídolos del paganismo habían perdido todo su crédito y ya no consolaban a los hombres. Lo mismo puede decirse de los restantes ideales grecorromanos, que yacían exangües y arrinconados en los espíritus más finos de la época. Las doctrinas epicúreas y estoicas no bastaban para colmar el angustioso vacío que habitaba los corazones. Mientras tanto, en la remota judea, un sereno y apasionante profeta llamado Jesús pronunciaba el Sermón de la Montaña, destinado a inyectar la savia de nuevos ideales en las arterias vacías de aquella humanidad desorientada y desprovista de motivos para

existir. Pero los hombres de la Roma tiberiana murieron sin darse cuenta de que había nacido, mientras ellos vivían, la espléndida auro-  
 ra de una nueva etapa en la historia. Se había clausurado para ellos  
 la bella libertad republicana entre el estruendo y la sangre de las  
 guerras civiles. Augusto había reunido en sus manos el poder per-  
 sonal y se iniciaba una época de larga duración en que los individuos  
 no serían nada y el César lo sería todo. Ya que las gentes carecían  
 de una fe con vigencia colectiva, el Emperador les imponía normas  
 de conducta con el argumento irrefutable de la fuerza. De esta for-  
 ma, les ahorra la angustia de no saber a qué atenerse. El poder  
 personal era, desde luego, un remedio para salvar la situación; pero  
 si Augusto había sido lo que pudiéramos llamar un déspota ilustra-  
 do, muchos de sus sucesores se transformarían necesariamente en  
 déspotas inhumanos. Su propio heredero, Tiberio, fue el primero en  
 sufrir tan peligrosa metamorfosis, pues su gobierno, que desde el  
 principio se caracterizó por la mordaza y la tiranía, llegó en sus úl-  
 timos años a extremos verdaderamente siniestros, cuando los delato-  
 res alcanzaron el apogeo al amparo de la imperial suspicacia. Na-  
 die podía estar seguro en aquel tiempo, ni siquiera los más íntimos  
 de Tiberio, ni siquiera su propio favorito Sejano, cuyo cadáver fue  
 arrastrado y hecho cuartos por las calles de Roma, cuando cayó  
 en desgracia del César. Los delatores, esa repulsiva planta que flo-  
 rece en todas las tiranías, andaban por doquier a la caza de con-  
 versaciones o actitudes que pudieran exhibirse como pruebas de  
 rebeldía contra el Emperador. Algunos ejercían tan vil oficio por  
 motivos de lucro, ya que Tiberio recompensaba con esplendidez a  
 estas ratas de figura humana; otros hacían denuncias ocasionales pa-  
 ra vengarse de algún enemigo y muchos, en fin, para aliviar su re-  
 sentimiento contra todo y contra todos. La arbitraria tiranía del Em-  
 perador amordazaba también la boca de los pensadores. En tales  
 circunstancias, como tan acertadamente dice Tácito, "los grandes ge-  
 nios desaparecen" y todo el mundo suspira por "la rara felicidad de  
 los tiempos en que se puede pensar lo que se quiere y decir lo que  
 se piensa". Todavía recordamos la temblorosa emoción que nos em-  
 bargó cuando, siendo estudiantes de Filología Clásica en Madrid,  
 pescamos esta frase luminosa en el latín lapidario de las "Historias".  
 También a nosotros, con más razón aún que al joven Marañón, nos  
 produjo un hondo impacto la lectura de Tácito, ese testigo implacable  
 de los tiranos, ese viril amante de la libertad. Y digo con más  
 razón, porque, mientras que nuestro ilustre médico tuvo la suerte de

ser joven en la dorada época de la monarquía, nosotros estábamos  
 viviendo y padeciendo en carne propia todos los síntomas terribles  
 del injustificable despotismo franquista, que, en fin de cuentas, eran  
 y son, para vergüenza del mal llamado "mundo libre", los mismos  
 que los de la época tiberiana.

Calcúlese nuestra emoción al traducir la prosa monda y cortan-  
 te de los "Anales" y encontrarnos descrita por Tácito, al hablar de  
 Tiberio, la época de odio y perdición que era el dintorno sombrío  
 de nuestra juventud. Calcúlese nuestro deseo febril de poder algún  
 día quitarnos la mordaza y denunciar ante el mundo los fusilamien-  
 tos, las torturas policíacas, la hipocresía de la Iglesia Española pro-  
 fundamente anticristiana, la repulsiva actividad de los delatores, la  
 censura inquisitorial y farisea, la diáspora del talento, la esterilidad  
 filosófica y literaria; todo, en fin, lo que caracterizaba a aquellos años  
 del desprecio y la ignominia. Calcúlense nuestras ansias de escribir  
 todas estas cosas "rara temporum felicitate ubi sentire quae velis et  
 quae sentias dicere licet", lo mismo que el más profundo historiador  
 de la antigüedad. Hoy día lo hemos conseguido amparados por la  
 simpática y fraterna bandera del Ecuador, cuyos hombres mantienen  
 aún encendida la antorcha de la libertad, a pesar de las fuerzas del  
 caos y de la anarquía que siempre amenazan con reemplazarla por  
 el espectro fatal de la dictadura. Pero no es esto suficiente; estas  
 verdades hay que gritarlas en España a los cuatro vientos; hay que  
 gritarlas lo antes posible, si no queremos que el noble y bravo pue-  
 blo español se convierta para siempre en un rebaño de borregos  
 castrados.

Marañón, en su "Crónica y gesto de la libertad", afirma —y yo  
 lo creo— que las etapas históricas en que los pueblos son esclavi-  
 zados por una tiranía, resultan muchas veces necesarias "para la  
 salud futura de la colectividad. El retroceder, en la marcha de los  
 pueblos, como en la de los individuos, significa unas veces voluntad  
 recalcitrante de no seguir, desprecio instintivo, biológico del progre-  
 so, cuyo servicio es un mandato sagrado que cada hombre recibe al  
 entrar a formar parte de la vasta humanidad. Pero, otras veces, re-  
 troceder quiere decir rectificar un camino errado o tomar aliento  
 para saltar con más impetu hacia adelante".

Los que todavía creemos con Hegel que la Historia es un cons-  
 tante progreso en la idea de libertad, esperamos que el troglodítico

retroceso de la España franquista llegue a su fin dentro de poco tiempo. Tenemos fe sin límites en las energías inagotables del pueblo español y creemos, firmemente, que después de esta prueba de fuego, sin duda la más luctuosa de nuestra historia, la libertad volverá a renacer en España.

Lo mismo podemos decir en el plano internacional. Esperamos que de la inflexible dictadura rusa —la única simpática de la Historia, a pesar de todos los pesares, puesto que es en beneficio de los humildes— y de la efectiva aspiración de Occidente a la defensa de la libertad —cosa indudable, también a pesar de todos los pesares, a pesar de que mucho se la pisotea y a pesar de Wall Street— nacerá un mundo nuevo construido sobre las bases del socialismo —única esperanza para los hombres sobre la tierra, como acertadamente ha dicho Jean Paul Sartre—; pero un mundo nuevo alumbrado por el sol de la libertad, que ha de brillar al cabo más espléndido que nunca.

## La Libertad y la Cultura Occidental

La historia de la libertad tiene sus fundamentos en la filosofía griega, el derecho romano y la teología católica. Muchas historias de las ideas políticas dejan a un lado el estudio de la libertad en los dogmas católicos por creer que ella no existe o es un contrasentido buscar la libertad del hombre en una religión de principios inmutables, eternos. El error no puede ser mayor. Estos principios son, precisamente, los que más defienden la libertad de cada ser para conquistar su premio o su castigo. El catolicismo se distingue de otras religiones y, en particular, del protestantismo, en que no admite el fatalismo, la predestinación y el determinismo. No anula la personalidad humana, sino que, por el contrario, la eleva y hace de cada individuo un ser independiente e inmensamente libre. Los dogmas católicos son los que más defienden la doctrina de la libertad. Una política clerical, de determinadas circunstancias, es la que ha ido, a menudo, en contra de la misma esencia del catolicismo. Hoy no puede estudiarse la historia de la idea de la libertad sin penetrar en la historia de los dogmas, desgraciadamente hay que estudiar la historia de la antilibertad también en no pocos instantes de política clerical. La historia americana está fundada, toda ella, en sus ideales de libertad y de antilibertad y en el conocimiento de la teología católica. Hace unos años comenzó a penetrarse en las doctrinas de los teólogos de Salamanca, que defendían la libertad de los indígenas americanos, y de los teólogos absolutistas, que pretendían ahogar o dirigir esa libertad. La lucha de esas doctrinas es la historia de la conquista y de la colonización del Nuevo Mundo. Hoy, unos pocos investigadores hemos comprendido que no puede entenderse el gran problema de la independencia hispanoamericana si no se ahonda el espíritu de las ideas políticas teológicas. Así como los actos de la conquista obedecían a doctrinas teológicas, los actos de la indepen-

dencia han respondido a otros principios teológicos. La concepción de la independencia política americana no se admite si previamente no se reconoce la independencia interior de cada ser y la libertad de la voluntad humana para resolver su destino. Estas ideas son propias del catolicismo, del protestantismo y de cualquier filosofía que eleva al hombre al nivel animal. No comprendemos cómo se ha escrito historia americana, durante tantos años, sin familiarizarse con estos estudios. Ahora debemos empezar por saber cuáles son las verdades reveladas de la religión católica, las que no admiten discusión y sólo se puede ir contra ellas cayendo en las herejías. En otras palabras: debemos tener un conocimiento preciso, aunque elemental, de los dogmas y de lo que cualquier católico, aun el más rudo, de los años de la independencia del Nuevo Mundo hispano sabía mejor que muchos ilustres historiadores contemporáneos. Quienes han creído, en efecto, que la independencia de América brotó de las conspiraciones de unos traidores que, por fortuna, nunca existieron, atribuyeron a esos hombres planes separatistas e independencionistas que se fundaban únicamente en la traición, en la infidelidad y en las ambiciones personales de alcanzar mejores empleos o lograr grandes negocios. La escuela conspiracionista era por sí misma una escuela partidaria, mejor dicho, creyente ciega, de una revolución americana en contra de España. Tan honda ha sido la influencia de la idea de una revolución en contra de España que los mismos historiadores de la Filosofía y de la Teología que reconocen el principio político teológico de que el pueblo es la fuente del poder y puede darlo a un gobernante, han caído en la contradicción de admitir la existencia de una revolución y decir, al mismo tiempo, que ella se basó en la doctrina del padre Francisco Suárez que negaba, precisamente, el derecho del pueblo de quitar el poder al gobernante después de habérselo entregado. El pueblo americano no llegó a la independencia por medio de una revolución, sino impulsado por hechos históricos ajenos, en un comienzo, a su imaginación, y, siempre, de acuerdo con doctrinas hermosamente liberales y católicas. No olvidemos que aquel pueblo, en sus clases humildes y en sus dirigentes más cultivados, era esencialmente católico. Debemos comprobar, por tanto, si el catolicismo, en sus dogmas eternos, admite la libertad y si el pueblo americano pudo aspirar a ella y conquistarla dentro del marco de una religión y de unas teorías que nadie se habría atrevido a tocar y que nadie, en efecto, nunca tocó.

La libertad es, para el catolicismo, un dogma, o sea, una verdad revelada. Explícitamente ha sido admitida y creída desde los tiempos más remotos. Como dogma católico es inmutable en su substancia. Las controversias en torno a la libertad del hombre han contribuido a fortificarla. La Iglesia, con su magisterio infalible, la ha proclamado altamente. Jesucristo, como creador de todos los dogmas, fué el primero en proclamarla. En su tiempo, los paganos admitían una influencia de los dioses sobre los hechos materiales de la vida. La filosofía griega, con el estoicismo, creían en la casualidad. Platón imaginó un Dios supremo y perfecto, la creación del mundo y la preexistencia del alma humana. Los judíos también creían en un Dios supremo, esperaban la llegada del Mesías y reconocían que el hombre tenía plena libertad para inclinarse hacia el bien y hacia el mal. Cuando apareció el cristianismo la idea de Dios, todopoderoso, principio y fin, se hizo más amplia y perfecta. Dios es Padre de Jesucristo, el Hijo, y junto a ellos está el Espíritu Santo, distinto de uno y otro. Dios quiere la salvación de todos los hombres: pero no los predestina y deja en libertad de acción. Los ángeles, primeras criaturas de Dios, encargados de custodiar a los niños, fueron dueños de continuar puros o rebelarse contra Dios y caer en el infierno con Satanás, el principal de ellos. El hombre cayó apenas creada la mujer, por el pecado carnal. Para salvar a la humanidad caída, Dios se encarnó en Jesucristo y se ofreció a sí mismo como víctima expiatoria. La redención de Jesucristo borra todas las razas y todas las diferencias entre los hombres. Cristo fundó la Iglesia con los apóstoles y los primeros fieles. Pedro fué el primero de los apóstoles y sobre él se levantó la Iglesia. Desde entonces, la doctrina divulgada por los apóstoles sólo puede difundirse cada vez más, pero no discutirse.

Los Padres apostólicos, entre el siglo primero y la mitad del segundo, no tuvieron una idea definida de la gracia. La gracia santificante debía ser, para ellos, algo intrínseco al hombre. El bautismo significaba una vida nueva. El Pastor de Hermas, a mediados del siglo II, explicó que la penitencia podía salvar a los cristianos que habían pecado. Los adúlteros podían alcanzar el perdón si hacían una gran penitencia; pero cuando marido y mujer se separaban, aun por adulterio, no podían volver a casarse con otras personas. Los bienes sobrenaturales sólo se podían lograr por medio de una actividad del alma también sobrenatural. En otros términos: la suma perfección y la suma santidad sólo podían conseguirse con un gran es-

fuerzo de la voluntad. Todos los cristianos son llamados, alguna vez, a la contemplación infusa, pero deben hacer esfuerzos extraordinarios para disfrutarla. En primer término, debían obedecer el mandato de Jesús, renunciar a sí mismos y seguirlo. En esta renuncia se incluían los padres, la mujer, los hijos, los hermanos y todo cuanto se poseía. Al prójimo había que amarlo como a uno mismo. El Espíritu Santo habita en las almas de los hombres. Por ello todo hombre tiene unas fuerzas proporcionadas a sus tentaciones. San Pablo decía a los romanos que la voluntad debía ser acompañada por la gracia para vencer la concupiscencia. El mal había que vencerlo con el bien. Los apologistas sostenían que el hombre había sido hecho por Dios a su semejanza, sin explicar cuál era este parecido. La gracia, según San Justino, era necesaria hasta para empezar a creer. Pero la gracia había que conseguirla con la oración. Por ello los primeros ascetas creyeron necesario imponerse obras supererogatorias distribuyendo todos sus bienes, observando una castidad perfecta y orando constantemente. La necesidad de la gracia vuelve a exponerla San Lorenzo, el verdadero fundador de la teoría cristiana, a fines del siglo II, pues la libertad podía, a veces, dejarse vencer. El problema de la predestinación lo planteó de lleno Orígenes, discípulo de Clemente de Alejandría, a principios del siglo III. Dios, con su presciencia, sabía el destino del hombre; pero lo dejaba en libertad de obrar. No había, propiamente, una predestinación, sino una presciencia de Dios que se conciliaba admirablemente con la libertad del hombre. El bien debía ser elegido por libre determinación. Dios, con su previsión, cuidaba las cosas futuras. El abuso de la libertad podía conducir al pecado. Entre todas las virtudes la caridad era la más perfecta y ella dependía de la voluntad. En Occidente, el cartaginés Tertuliano, a fines del siglo II, sostuvo por igual la necesidad de la gracia y de la libertad. No había mayores diferencias de opinión, a este respecto, aun en Padres de la Iglesia, como Tertuliano, que rechazaba la virginidad de María.

La libertad fué negada por los gnósticos y defendida por los Padres de la Iglesia. Los semipelagianos no aceptaban la gracia: San Agustín realzó el poder de la oración y de la gracia. Muchos padres orientales prefirieron no tocar el problema de la predestinación. Los padres griegos dejaron a los hombres en libertad de salvarse o de condenarse. San Juan Crisóstomo explicaba que Cristo no había recibido el precepto de morir en la cruz y lo había hecho por su propia

voluntad. Los mismos pecados, para ser tales, debían ser cometidos con plena libertad, de lo contrario no lo eran. San Jerónimo afirmaba que Dios tenía conocimiento de todas las cosas futuras, antes de que sucediesen, y San Hilario explicaba que Dios conocía los deseos que los hombres tendrían en el futuro. Las buenas obras, para ser realmente meritorias, debían ser hechas con plena libertad. La gracia era una ayuda.

El hecho indudable de que la voluntad y las buenas obras, con la gracia de Dios, podían hacer merecer la bienaventuranza llevaron a muchos anacoretas a los desiertos de Egipto. San Pedro de Tebas y San Antonio, a fines del siglo III y comienzos del IV, inauguraron el anacoretismo. Los novicios que querían iniciarse en la vida ascética se reducían a la más extrema obediencia con sus superiores. Las órdenes debían ser cumplidas de un modo fulminante. El fin de los anacoretas era el de combatir las inclinaciones pecaminosas. La caridad era siempre la suma perfección. No se preocuparon de escribir. El pecado se cometía cuando la voluntad se doblegaba. Para salvarse había que rechazar con violencia cualquier pensamiento pecaminoso rezando y acordándose de la muerte. Los relatos de los anacoretas orientales produjeron grandes imitaciones en la Europa occidental. San Martín de Tours fundó los primeros conventos en Francia y su regla se usó en todas partes hasta que apareció la benedictina. San Agustín fué el creador del monaquismo en el África. Este santo fundaba en la caridad la perfección de la vida cristiana. La humanidad contribuía a aumentar el perfeccionamiento humano. La voluntad debía dominar el cuerpo. La tentación debía ser rechazada con los esfuerzos de la voluntad. Para resistir la tentación había que disponer de la gracia con oraciones. La oración sincera, tarde o temprano, era escuchada por Dios. El hombre debía acercarse a Dios y no esperar que Dios descendiese hasta él. La comunión unía con Cristo a todos los creyentes de la tierra.

El estudio, hondo, de San Agustín es imprescindible para comprender la libertad. El dió fin, en Occidente, a la edad llamada patristica y, con su obra **La ciudad de Dios**, en que defiende el providencialismo, echó las bases católicas de la filosofía de la historia. Con la desaparición de San Agustín, en Occidente, y de San Cirilo de Alejandría, en Oriente, la teología empezó a declinar. Los nuevos teólogos se dedicaron más a repetir a los viejos Padres. Los dogmas

de la gracia fueron analizados para hacer frente al semipelagianismo. Teodoro de Mopsuesta, primero, y el monje inglés Pelagio, que dió nombre a la doctrina, sostenían que tanto Adán y Eva como todos los hombres mortales no necesitaban de la gracia para salvarse, que no había más gracia que la libertad y que, con sus propias fuerzas, si querían, podían alcanzar la bienaventuranza eterna. Era la máxima defensa de la libertad del hombre; pero anulaba la provincia y la mirada salvadora de Dios. En el año 418 el Concilio de Cartago condenó el pelagianismo. La defensa de la gracia que había hecho San Agustín hacía temer a muchos teólogos que el concepto de la libertad humana pudiese perderse. Así nació, con el monje Casiano, el semipelagianismo que consistía en admitir la gracia para todas las buenas obras, excepto para la voluntad de creer, que debía ser totalmente libre: principio que, haciendo un gran salto, vemos defendido por Francisco de Vitoria y otros teólogos en el siglo XVI. San Agustín es tan admirado, por unos, como combatido por otros. En principio anteponía la autoridad infalible de la Iglesia a toda filosofía y raciocinio. Así como en Oriente, San Agustín es poco menos que un desconocido y hasta un teólogo como San Juan Damasceno pudo escribir grandes obras sin tomar en cuenta a San Agustín, en Occidente, en cambio, donde imperaba la autoridad papal, fué el maestro de innúmeras generaciones. Su teología es, a veces, oscura, un poco porque sus textos han sido modificados, adulterados o corregidos, y otro poco porque a menudo variaba sus pensamientos. La Sagrada Escritura, como palabra de Dios, no podía tener, para él, ningún error. Dios sabía todo lo que los hombres harían. Por ello los dejaba en libertad. Para la vieja doctrina que unía la gracia y la libertad. Malas interpretaciones de San Agustín, por parte de los calvinistas y jansenistas, han hecho creer que el santo negaba la libertad por su gran defensa de la gracia. El hecho no es exacto. San Agustín explicaba que todo pecado dependía de la voluntad. Hay un pecado habitual que es heredado de Adán, y un pecado actual que es completamente libre. La gracia, por tanto, era siempre necesaria por el pecado recibido de Adán. La gracia no se obtenía por méritos, sino por sí misma. En ningún caso, como demuestra en *De gratia et libero arbitrio*, la gracia anula la libertad. En síntesis, la gracia salva, pero los hombres quedan en libertad de aceptar la gracia. Dios, que conoce todo futuro, envía la gracia a quienes sabe que la aceptarán. El hombre, por tanto, tiene una voluntad salvífica, está en libertad de salvarse, y si no quiere salvarse, Dios, que sabe que no se va a salvar, no le manda la gracia,

por lo cual puede concluirse, al revés, que sin gracia el hombre no se salva.

En *La ciudad de Dios*, San Agustín sostuvo que Dios da el poder a los legisladores y que, por ello, mientras no ataquen la ley de Dios, deben ser obedecidos. Es un fundamento teológico y filosófico que, con el andar de los siglos, tendría sus grandes consecuencias políticas. Los creyentes en los derechos divinos de los reyes no vacilaron en aceptarlo. También fué útil a los partidarios del tiranicidio, pues, con él, explicaban que los tiranos sólo podían ser eliminados si atacaban las leyes divinas o la religión.

La libertad del hombre era considerada libre por teólogos como San Máximo, en el siglo VII. San Máximo explica que la voluntad era creada y, a la vez, libre y que no chocaba con la voluntad divina. Cristo había sufrido libremente, por su voluntad. Teodoreto también admitía el libre albedrío. El predestinacionismo fué considerado, en general, como una herejía. No se podía admitir que Dios destinase unos hombres a ser salvados y otros a condenarse. San León, como San Agustín, sostenía que la presciencia de Dios no obligaba a los hombres a hacer lo que había previsto. San Fulgencio explica que Dios no predestinaba a los hombres para el pecado, aunque supiese que iban a pecar. San Próspero enseñaba que Dios había transmitido a todos los hombres la pena y la culpa de su pecado. En el siglo VIII, San Juan Damasceno, el último Padre de la Iglesia considerado griego, aunque nacido en Damasco, se opuso a los maniqueos, que negaban la libertad del hombre, y declaró que los actos de los hombres en ningún caso podían atribuirse al acaso, a la fatalidad o a mandatos exclusivos de Dios. En el siglo IX, el monje Gotescalco defendió en el sínodo de Maguncia la predestinación. Todos los hombres, según estaban destinados por Dios: unos a la gloria y otros a la perdición. Rábano Mauro, que presidía el sínodo, se opuso a esta interpretación y lo mismo hicieron otros buenos teólogos, pero las discusiones no se detuvieron. Según algunos, Cristo no había padecido por todos los hombres, sino por muchos, según el mismo había dicho: "Este es el cáliz de mi sangre, que será derramada por muchos". En el concilio Tusiaco del año 860 se admitió que el pecado original no había destruido el libre albedrío, que el abuso del libre albedrío significaba la perdición y que la gracia venía a ayudar a la salvación. Dios sólo podía anhelar la salvación de todos los hombres. Juan Ascoto Erigena



combatió el predestinacionismo de Gotescalco, más lo hizo con errores que, a su vez, generaron otras discusiones. Empezaba por suponer que Dios no castigaba los pecados y que las penas eran un efecto del pecado. San Anselmo aclaró que Dios no deseaba actos malos en los hombres, pero los permitía. En general siguió a San Agustín en lo que se refiere a la predestinación. Dios permitía que las obras buenas fuesen hechas por los hombres con toda libertad. Para que pudiesen hacerse estaba la gracia. En los siglos siguientes, San Agustín continuó siendo el inspirador. El purgatorio era admitido también como había explicado San Agustín. Los benedictinos difundieron el amor al estudio y una honda piedad. Abelardo se inclinó más hacia el semipelagianismo; pero San Bernardo no se apartó de San Agustín. La voluntad, según él, debía corresponder a la gracia haciendo el mayor bien posible. Interviene una fuerza de voluntad que debe ser cada vez mayor. Para triunfar hay que conocerse sinceramente. Para ello, también, hay que ser humildes. Sólo purificándose se puede alcanzar la contemplación mística. Al mismo tiempo creó el amor hacia San José. Con el desarrollo de la Orden Dominical, la ciencia práctica fundada en los sentimientos o en el corazón, de los benedictinos, dejó su lugar a la ciencia especulativa de los escolásticos y a la que trataba de unir ambas tendencias, creada por San Víctor. San Alberto Magno, primero, y Santo Tomás, después, acudieron a Aristóteles para robustecer la teología católica.

Aristóteles fué muy discutido en la Edad Media. En París, a comienzos del siglo XIII, se prohibió leer a Aristóteles y los comentarios de Averroes por el racionalismo y escepticismo que encerraban. Gregorio IX suspendió la excomunión con que se castigaba a los lectores de Aristóteles hasta que sus libros fuesen corregidos debidamente. Santo Tomás levantó a Aristóteles al grado de admiración en que se le tiene hoy en día. Hizo traducir sus obras directamente del griego. Dominicos y franciscanos, basados principalmente en Aristóteles, formaron legiones de teólogos con sus lecturas y disputas. Alejandro de Hales y San Buenaventura fueron los más grandes escolásticos franciscanos; pero el mayor de los teólogos fué, sin vacilaciones, Santo Tomás de Aquino (1225—1274).

La voluntad y la libertad representaron, para Santo Tomás, los fundamentos de la devoción y de los méritos del hombre. Mientras los franciscanos se consagraban a la espiritualidad afectiva, los do-

minicanos se entregaban a la verdadera ciencia especulativa. La diferencia entre la dulzura del italiano San Francisco y la energía del español Santo Domingo de Guzmán se distinguió en las dos Ordenes durante todos sus siglos. Los dominicanos supieron combatir la propia voluntad y su amor propio. La voluntad de Dios debe guiar sus pasos. En Alemania, los dominicos dieron origen a la escuela mística. El misticismo alemán se caracteriza por su extrema disciplina, por una verdadera anulación de la voluntad. La resignación debe ser completa. El místico perfecto para la escuela alemana, debe desprenderse hasta de su inteligencia. Hay que unirse a la esencia de Cristo y no a su humanidad. La razón también desaparece. La misma alma debe sumirse en una tiniebla y en un silencio divino. Fácil es advertir que el misticismo alemán se diferencia del de otras naciones donde se tuvo más en cuenta otros estados de ánimo. No debe extrañarse que esta preparación mística, que significaba la anulación definitiva de la voluntad, haya sido seguida por los providencialismos y fatalismos que, a su vez, negaban la libertad.

La doctrina tomista, seguida, en gran parte, por San Buenaventura y otros grandes teólogos, fué combatida, en algunos aspectos, por Duns Escoto (1266—1308), tan admirado por los franciscanos. La gracia y la Inmaculada Concepción fueron sus temas principales. En torno a ellos se discutió durante más de dos siglos. El principio de que Dios conoce las cosas que van a suceder y deja a los hombres en libertad de hacerlas fué el que se impuso. Lo futuro no es origen del conocimiento divino. Los acontecimientos son previstos por Dios, pero esta previsión no los determina. En realidad, lo que se hacía era seguir comentando las claras conclusiones de Orígenes. Dios, por su eternidad, encierra todo cuanto va a suceder y no lo ignora. La libertad del hombre queda salvada y de ella dependen sus premios y castigos. Dios desea la salvación de los buenos y el castigo de los malos. La predestinación, según Alejandro de Nels, San Buenaventura, San Alberto Magno y Santo Tomás, es síntesis, la presciencia de Dios, que sabe todo lo que va a ocurrir; pero no contradice el libre albedrío. Santo Tomás explica que así como Dios permite que haya buenos, permite que haya malos y se condenen. Dios puede abandonar a unos seres y dar la gracia a otros; pero ello depende de la libertad que tiene cada ser de merecer el abandono o la gracia. Todo proviene del hombre. Duns Escoto sostenía, en primer término, la libertad de Dios y, en segundo, la libertad de la voluntad de los hom-

bres para elegir lo que significaría su salvación o su perdición. Lo bueno tenía siempre un origen divino, y lo malo se originaba, siempre, del abuso de la libertad de los hombres. Los ángeles también tenían una libre voluntad. No debe olvidarse que unos habían resuelto pecar y se habían condenado, y otros se habían negado al pecado y obtenido su salvación. Según Escoto, los ángeles siguen siendo libres en el infierno, pero, por su maldad inveterada, no se salvan.

El problema de la gracia fué largamente estudiado desde los tiempos de Alejandro de Hales y Santo Tomás. Los fundamentos echados por San Agustín estaban siempre presentes, en especial a través de Pedro Lombardo. Alejandro distinguía una gracia operante, que preparaba la voluntad, y una gracia cooperante, que actuaba junto con la voluntad. Santo Tomás explicaba que Dios da fuerza para obrar, pero deja siempre en libertad, de elegir tal o cual decisión. En definitiva, según Santo Tomás, el hombre es siempre libre de elegir, aunque Dios le de plena fuerza para ello. La voluntad, la libre determinación, son preparadas por la gracia. Duns Escoto se adhirió a esta manera de interpretar la gracia y la voluntad. La gracia santificante de Escoto es la virtud de la caridad, pues ella se basa en la voluntad y tiene como fin a Dios. En otros problemas teológicos, por ejemplo, en lo relativo a la Inmaculada Concepción, Escoto la defendía y Santo Tomás la negaba. Los franciscanos, primero, y los benedictinos y otras órdenes religiosas, más tarde, aceptaron la Inmaculada. Los dominicos fueron los últimos en reconocerla. Los pecados mortales sólo pueden ser perdonados por la caridad. La penitencia —según San Buenaventura— redimía de todos los pecados. Los méritos retornaban a la persona que los había perdido y hacía una honda penitencia. Santo Tomás, San Buenaventura, Ricardo de Mediavilla y Duns Escoto sostenían que la voluntad tenía como objeto a la bienaventuranza y que la primera de las virtudes era la caridad.

En el siglo XIV, algunas doctrinas místicas tendieron a anular la voluntad para identificarse mayormente con Dios. Juan Gerson, discípulo de Pedro de Ailly, enseñaba que el espíritu debía unirse a Dios por medio de un intensísimo amor. La Imitación de Cristo, atribuida, a Tomás Kempis, y otros tratados espirituales del mismo carácter, llevaban al perfecto conocimiento de uno mismo y, sobre todo, de Dios. El autoconocimiento y la fe en la Providencia y en Cristo alcanzaban los más hondos extremos. San Bruno, alemán de Colonia,

creó el Orden de los Cartujos a fines del siglo XI. Sus sucesores intensificaron la práctica de la contemplación. En el siglo XV, la adoración a las llagas de Cristo condujo a la adoración del Corazón de Jesús. Estos cultos, como el de la sangre de Cristo, aún más antiguo, se vieron negados, de pronto, por la reforma protestante, con las teorías de Lutero, Calvino y Enrique VIII. Las causas del protestantismo no corresponden a estas páginas. Un afán nuevo de hallar la verdad, por medio del libre examen, sin someterse a la autoridad de la Iglesia, y una nueva fe en la predestinación comenzaron por negar el libre albedrío y la necesidad de hacer méritos para salvarse. La libertad originaria del hombre, sobre la cual descansaba su premio o su castigo, su futuro ultraterrestre y su misma vida política, desaparecía de un modo repentino. La rebelión contra el Papa implicaba un gran afán de buscar, de un modo independiente, todas las verdades y un fuerte deseo de negar dogmas y disciplinas. Era un estallido de libertad que conducía a la sujeción del Destino. El hombre podía lanzarse a hacer lo mismo el bien que el mal, pues nada valían los méritos si estaba señalado, por la Providencia, para la salvación o la perdición. Lo único que podía hacer era confiar en la voluntad divina e implorar el perdón de sus pecados. La predestinación era absoluta. Dios había creado a unos hombres —según Calvino— para el fuego y otros para la vida eterna. Calvino calmaba a los fieles diciéndoles que Dios no había permitido que naciesen los condenados al fuego. Los protestantes negaron dogmas y sacramentos, excepto el bautismo y la eucaristía. Los muertos no necesitan rezos y los santos no tienen ningún poder. Purgatorio e indulgencias son negados totalmente. El protestantismo no tiene dogmas y la libertad de examen permite a cualquier cristiano protestante negar la divinidad de Cristo y la Trinidad. La lucha contra la Reforma comenzó en varias partes de Europa, pero principalmente en España. El Concilio de Trento, convocado por Paulo III en 1545, tuvo dos grandes épocas hasta que se disolvió en 1563. El Concilio reconoció, en primer término, la libertad del hombre y aprobó rígidas normas de disciplina eclesiástica. La doctrina de la libertad halló en España los más grandes maestros de todos los siglos.

En España hizo de la teología la ciencia más perfecta de su época. La escuela de Salamanca, con hombres como Francisco de Vitoria, Martín de Azpilcueta y tantos otros, fué seguida por la escuela de los jesuitas, que repitieron sus conclusiones adoptándolas, especial-

mente un siglo después, a las necesidades políticas del momento. Los teólogos vascos que enseñaban en Salamanca, como Victorio y Azpilcueta, reanudaron con intensidad el estudio de Santo Tomás. La libertad del hombre no habría hallado campeones tan decididos y el tomismo no habría vuelto a resurgir con tanto entusiasmo si en el mundo no hubiese aparecido el gran problema del hombre americano. Mientras los teólogos alemanes negaban la libertad originaria del hombre, los teólogos españoles, con los ejemplos y casos impresionantes de los hombres americanos, la defendían desesperadamente. Ciertó es que, en este sólo aspecto, el aristotelismo inspiró doctrinas contrarias a la libertad a algunos teólogos y filósofos de aquel entonces, como Ginés de Sepúlveda, que quiso contradecir a Bartolomé de las Casas, que dedicó su vida a la dignificación del hombre americano, pero los reyes de España, en todos los casos, defendieron a los teólogos liberales y prohibieron publicar sus obras a los teólogos que, con fines políticos o de adulación, pretendían negarla en beneficio de un mayor dominio del Estado sobre los pobladores del Nuevo Mundo.

Los jesuitas tuvieron el don de crear un ejército espiritual con una disciplina de hierro. Sus Ejercicios fueron adoptados por García Jiménez de Cisneros. La oración, según San Ignacio, debía fundarse en la memoria, en el entendimiento y en la voluntad. Los jesuitas fueron y son hombres de trabajo y de constancia. Nada puede ni debe vencerlos. Como prueba continua para su voluntad, cada jesuita reza el oficio divino particularmente. La ciencia de la oración se fué desarrollando en España hasta alcanzar un grado jamás superado, con el dominico fray Luis de Granada, Juan de Avila, fray Luis de León, Santa Teresa y San Juan de la Cruz. La perfección, según Santa Teresa, reside en la obediencia. San Juan de la Cruz creó la doctrina de la contemplación. De este modo, mientras los místicos italianos se dejaban llevar por su amor a la piedad y a la caridad, con un dulce espiritualismo, una suave alegría y una mortificación interior que conduce a la mayor tranquilidad, en España surgía el problema de si la contemplación debía ser, como querían los alemanes, un desprendimiento de los sentidos y de la inteligencia o una acción libre, propia de la voluntad más firme y decidida. Los españoles, en general, aceptaron la doctrina de la oración y de la contemplación por completo dueña de si mismas. La inteligencia debe intervenir en todos los pensamientos y en todos los actos. La mística an-

tiintelectualista es la negación de la libertad de desear y de la verdadera conciencia.

En España, el neotomismo se extendió con un gran brillo principalmente gracias a los dominicanos. Los jesuitas también siguieron a Santo Tomás, pero le introdujeron modificaciones que alteraron los principios fundamentales de la libertad, especialmente en sus alcances políticos. Vitoria, Azpilcueta y tantos otros teólogos españoles, no jesuitas, sostuvieron, por ejemplo, que el pueblo recibe el poder de Dios, lo entrega a un gobernante y puede retirárselo si el gobernante no satisface los deseos del pueblo. Los jesuitas, como Francisco Suárez y sus repetidores, un siglo después de Vitoria, no desentaron del principio de que Dios da el poder al pueblo y los gobernantes lo reciben de él, como sostenía Santo Tomás; pero explicaron que una vez dado el poder al gobernante, por parte del pueblo, éste ya no se lo podía retirar, a menos que atacase la religión, en cuyo caso se admitía el regicidio. La doctrina jesuitica agradó a los reyes absolutistas; pero limitó los poderes del pueblo, por lo cual hubo revoluciones en América en contra de ese principio y en favor de la suprema potestad popular.

Todas estas doctrinas se fundaban sobre el reconocimiento de la libertad originaria del hombre. Los protestantes habian revivido el problema de la predestinación. Santo Tomás y los escolásticos sostuvieron que Dios conoce lo que va a suceder en el futuro y deja en libertad al hombre de decidir sus actos. Los nuevos teólogos quisieron saber cómo conocia Dios ese futuro. Muchos protestantes sostenian que Dios no podía conocer el futuro. Otros explicaban que si lo conocia era indudable que el hombre ya estaba predestinado y carecia de libertad. Los jesuitas Fonseca y Molina interpretaron que Dios conoce, en efecto, todos los futuros y puede preveerlos a la perfección. En realidad, según los jesuitas, Dios no prevee el futuro, lo ve y no existe, por tanto, para El, ningún presente ni ningún futuro. Dios sabe todas las determinaciones que van a tomar los hombres. Molina llamó a esta interpretación o explicación, ciencia media, porque se hallaba entre la inteligencia y la visión: las dos formas de conocimiento divino con que los dominicos, basados en Santo Tomás, explicaban la presciencia de Dios. Las polémicas entre jesuitas y dominicos fueron duras y largas. Miguel Bañez, dominico español, creador del neotomismo, sostuvo que Dios conoce el futuro porque es causa de él y promueve físicamente los actos libres de los hombres.

En otros términos: Dios sabe qué harán los hombres, porque es causa de sus actos, pero los deja en libertad de obrar. Los dominicos unían la voluntad de Dios a la libertad de los hombres. Pero los opositores afirmaban que con la voluntad condicionada de Dios, que expresaba, por ejemplo, su deseo de que una persona se salvase si cooperaba con su gracia, la libertad humana quedaba limitada o suprimida. En realidad no era así; pero las discusiones continuaron hasta que el Papa Paulo V prohibió que se siguiera discutiendo sobre el tema. En general se llegó a la conclusión de que la gracia es imprescindible para todo acto bueno y que la voluntad queda completamente libre bajo la gracia. Las discusiones consistían en colocar primero la gracia, como hacían los tomistas y agustinistas, o la libertad, como enseñaban los jesuitas. Para los primeros había dos gracias: una eficaz, que daba el poder y el acto, y otra suficiente, que daba solamente el poder. Para los segundos no había diferencia entre las dos gracias; pero llegaba a reconocer la existencia de las dos si la voluntad resolvía un acto, en cuyo caso era eficaz, o lo negaba, con lo cual quedaba en suficiente. Según otros autores jesuitas, como Suárez y Belarmino, la gracia eficaz debía llamarse congrua porque era superior a la gracia suficiente, se adaptaba a todas las circunstancias y necesitaba el consentimiento de la voluntad, mientras que la gracia suficiente recibía el nombre de incongrua. Otros teólogos quisieron poner de acuerdo a tomistas y molinistas e inventaron el sincretismo: la existencia de dos gracias: una intrínsecamente eficaz y otra que necesita la voluntad. La discusión abarcaba, también, la predestinación y la reprobación. Tomistas y molinistas coincidían en que Dios desea la salvación de todos los hombres y también sabe quienes van a salvarse y quienes van a condenarse; pero diferían en lo siguiente: según los molinistas, Dios, al saber que algunos no se salvarán, les destina gracias especiales para que se salven, y, al saber que otros harán obras buenas, los predestina a la gloria. Por último, al saber que otras personas harán obras malas, los predestina al infierno. Los tomistas, en cambio, suponen que Dios, al saber que los hombres no aprovecharán debidamente la gracia suficiente, elige a quienes desea salvar y les da gracias eficientes para que logren su salvación. Al mismo tiempo, el saber que serán capaces de salvarse, los destina a la gloria. En cuanto a los restantes, como sabe que no serán capaces de salvarse, los destina al infierno. Se comprende porque el Papa no supo a quien dar la razón e impuso el silencio.

Las disputas en torno a la gracia dejaban siempre independien-

despotismo ilustrado de los reyes. Al mismo tiempo surgían enseña a la libertad. Se discutía de estos temas en las Universidades y en los conventos y también en casas de familia y en las calles. Simplificados los términos, no había doctor en ambos derechos que no pontificase sobre el tema. América no estaba ajena a estos debates. En Buenos Aires, los jesuitas fueron muy atacados por su defensa de la ciencia media de Molina. Cuando empezó a difundirse el bayonismo y, luego, el jansenismo, las luchas fueron mayores. Miguel Bayo, a mediados del siglo XVI, sostuvo en Bélgica y Francia que los dones de la gracia pertenecían a la naturaleza humana y no eran divinos. El pecado original no era más que la concupiscencia heredada de padres a hijos. La redención permitía disfrutar de los dones de la primera inocencia y la gracia facultaba al hombre para realizar buenos actos. Cornelio Jansenio aprendió el bayonismo a través de Jacobo Janson y empezó a enseñar que la voluntad humana oscila entre la gracia, que la induce a las buenas acciones, y la concupiscencia, que la induce a las malas. Los hombres son libres de inclinarse hacia uno u otro lado. Jansenio pensaba que exponía fielmente la doctrina de San Agustín, pero los jesuitas demostraron lo contrario. Antonio Arnald, profesor en la Sorbona, defendió a Jansenio; pero el jansenismo fué condenado en 1653. Blas Pascal y varios obispos franceses rechazaron la decisión papal. Fué necesario una segunda condenación en 1706. Los jansenios siguieron firmes y duran en Holanda hasta la actualidad. En España, el jansenismo contó con muchos adeptos y, a comienzos del siglo XIX, se hizo sentir también en América. Rivadavia y otros políticos de su tiempo, con la colaboración de no pocos sacerdotes, defendieron el jansenismo y el galicanismo, o sea, la mayor autoridad del Estado, en el patronato y otras cuestiones, con detrimento de la autoridad del Papa. Luis XIV se halló en abierta pugna con el Papa Inocencio XI, lo cual explica el favor que disfrutaban Voltaire y demás escépticos y sarcásticos de aquel entonces. El gobierno francés ansiaba reducir extremadamente la autoridad pontificia. En España, poco después, se produjo igual fermentación. Y de España pasó a América, especialmente cuando los nuevos Estados americanos comenzaron a gobernarse por sí mismos.

El principio de la libertad humana se hallaba entre tendencias opuestas. Por una parte, dominicos y jesuitas lo defendían con ciertas diferencias. Por la otra, la libertad política disminuía frente al

ñanzas místicas que se inclinaban a anular la intervención de la inteligencia en el rezo y en la contemplación divina. Ya hemos hablado de algunas de estas manifestaciones. Francia vió desarrollarse el berulismo, de Pedro de Berulle, místico del siglo XVII, que sostenía la urgencia de aniquilar la personalidad y entregar la naturaleza humana a la divinidad del Verbo. La autonegación de sí mismos debía ser completa. San Vicente de Paul fué de sus discípulos. Los jesuitas coincidían en cierto modo con el berulismo al dedicar su devoción al Verbo encarnado. Para adorar a Dios, según ellos, había que aniquilarse cada vez más. Se llegó, así, a fines del siglo XVII, al hábito de reducir la oración a una contemplación, a un silencio, a un recogimiento o simple mirada que se transformaba en un quietismo o éxtasis en el cual el alma no tenía más regla que la voluntad de Dios. Los carmelitas fueron sus creadores. Los jesuitas la perfeccionaron; pero las tergiversaciones y malentendidos a que dieron origen estos extravíos desacreditaron cada vez más el misticismo. Entre tanto, los esfuerzos para reconciliar a los católicos con los protestantes, consistentes en dar a los obispos las prerrogativas que, en materia religiosa, querían tener los reyes, fracasaron todos. La defensa del regicidio y tiranicidio hecha por los jesuitas y otras muchas causas relacionadas con su Orden, que cada día se trata más de ocultar, terminaron por decidir a la mayor parte de los soberanos de Europa y al Papa Ganganelli, Clemente XIX, a suprimir la Compañía de Jesús. Las cuestiones americanas, con la lucha de los comuneros del Paraguay, que sostenían la necesidad de reconocer al pueblo como fuente del poder, con plenos derechos de darse un gobernante y quitarlo cuando le pareciese conveniente, contribuyeron a aumentar su impopularidad. Los masones hicieron causa común con los reyes absolutistas y los jesuitas, acusados de tiranidas —hecho que hoy los honra— terminaron por ser extinguidos en 1767. La intervención del clero, especialmente de los jesuitas, en los problemas políticos creó, cada vez más, una indiferencia religiosa que permitió el triunfo del liberalismo y del racionalismo. La prédica de los filósofos alemanes, como Kant, Fichte, Hegel, Schelling y otros que, en síntesis, arrancaban de Descartes, divulgó los métodos del escepticismo. A mediados del siglo XVII los jesuitas trataron de revivir la mística; pero todo fué inútil. Santo Tomás fué estudiado en su aspecto místico. Salvo el caso de Santa Rosa de Lima, muerta a comienzos del siglo XVII, no hubo otros grandes místicos dominando una serie de dogmas y principios tradicionales. En la segunda mitad

nicanos en los siglos posteriores. La Iglesia, en el siglo XIX, se ocupó de asegurar su infalibilidad y la Inmaculada Concepción de María. Condenó también el Liberalismo, como doctrina contraria a la fé, e igual cosa hizo con el llamado modernismo, o sea, negación de del siglo XIX, cuando el mundo estaba convulsionado por Napoleón, las enseñanzas jesuíticas habían caído en un semi olvido. Los Papas, como Pío IX y León XIII, se ocupaban de imponer el culto al Corazón de Jesús, creado, un siglo antes, por Santa Margarita María Alacoque. El misticismo ya no era un problema de la voluntad y se expandía en instituciones piadosas, de protección y de enseñanza. Un sentido práctico dominaba la vida. Los seminarios eran substituidos por los gabinetes de una física incipiente. La escolástica y el estudio de las fuentes de la libertad pasaban a segundo término frente a las doctrinas políticas y filosóficas. Infinitos argumentos puramente teológicos, tomistas, eran aprovechados por filósofos que los presentaban como concepciones propias, cambiando el impulso divino por razonamientos que llamaban lógicos. Poco a poco se imponían dos principios antagónicos, el de la voluntad popular, la libertad de obrar del pueblo, poner y quitar rey o gobiernos, y el de la voluntad individual de un solo gobernante. Las dos fórmulas de gobierno se basaban en concepciones teológicas y filosóficas opuestas: una era la tomista, que reconocía al pueblo como fuente del poder, con derecho a nombrar un gobernante y a destituirlo cuando dejaba de serle útil; la otra era la oriental, judaica, suareciana y borbónica, que hacía entregar el poder, por el pueblo, a un gobernante y no le permitía reitrárselo nunca más. Derecho del pueblo y derechos de los reyes o gobiernos absolutos se hallaron, así, nuevamente en oposición. La vieja libertad individual de cada persona, que el catolicismo había reconocido desde sus más lejanos orígenes, tuvo que combatir contra concepciones que torcieron su espíritu, amputaron sus alcances y anularon la verdadera libertad y los innegables derechos de la voluntad del pueblo. La tradición de la libertad católica hizo frente a la antilibertad que una escuela teológica y filosófica deformadora levantó para adulación de reyes y señores absolutos. Los pueblos combatieron, pues, dirigidos por políticos que, sin saberlo, eran teólogos y filósofos, y el grande y maravilloso principio de la Libertad, que el catolicismo dió a los hombres como responsabilidad y camino para su salvación o perdición, se encontró tan en peligro como en los remotos tiempos de los herejes y de los negadores del mayor don que distingue a los hombres de las bestias.

mayor don que distinguieron a las grandes figuras de la cultura occidental, como en los tiempos de los romanos, cuando los grandes hombres de la cultura occidental, como en los tiempos de los romanos, cuando los grandes hombres de la cultura occidental, como en los tiempos de los romanos...

El mismo se creó su tipo, él mismo ha venido al mundo de la pantalla en su dimensión admirable y única, él mismo ha sido crea-

## Charles Chaplin, el dolor de reír

(ESPECIAL PARA "ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA").

Para Ricardo León Argudo, Artista de honda sensibilidad y muy querido amigo. Cordialmente.

"Charles Chaplin es el único genio que ha tenido el cine".  
BERNARD SHAW.

Hay quienes se preguntan, con verdadera sinceridad, la razón de la presencia actual y permanente de Chaplin, su presencia mágicamente sencilla, cristalina y constante en el mundo interior, más allá de la pantalla y, no obstante, dentro de la pantalla donde luces y sombras crean un mundo subyugante, a veces, y con destino de eternidad en el caso del "único genio", como dijera el gran viejo de las barbas que se integraron ya a la espuma viajera del mar.

Mientras las llamadas estrellas de los cielos filmicos se han apagado ya en definitivo apagamiento o son apenas señales en un fatigante camino que el mercantilismo acelera a pasos vanamente renovadores, Chaplin está él, él mismo, en toda su personalidad profunda, predicando desde el plano artístico más puro y auténtico la más cierta y trascendente humanidad. Si, éste el sentido de su permanencia, de su paso clarísimo aún sobre las técnicas de última hora, de su presencia como verdad artística, como genio, como símbolo de altísima humanidad.

El mismo se creó su tipo, él mismo ha venido al mundo de la pantalla en su dimensión admirable y única, él mismo ha sido crea-

dor y realizador, artista y artífice de su arte. Jamás se prestó su temperamento a direcciones ajenas: no se sintió nunca muñeco dirigitivo en manos de cualquier millonario improvisado en director cinematográfico. Siempre creó la tela sutil de la trama, de una sencillez verdaderamente elemental en la casi totalidad de sus obras, pero, por ello mismo, de maestría total. No es preciso el gran acontecimiento ni el esplendoroso artificio para crear en arte: el arte tiene la asombrosa naturalidad de lo cósmico y, al propio tiempo, la prodigiosa fuente de misterios hondos de lo cósmico...

Chaplin fue él mismo en todas sus creaciones. Ningún inspirador ocasional le señaló caminos. Es el caso auténtico del gran artista íntegro y cabal que todo lo tiene creado dentro de sí mismo, de tal manera que la manifestación a lo circundante, el contacto con lo externo, es tan sólo expansión, desprenderse de luminosidades de alma, entrega de la belleza interior con apasionada y apasionante sinceridad...

La aparición de Chaplin en la pantalla de las luces y las sombras significó desde el principio lo que realmente debía significar: llegada de un creador magistral al mundo temblante de los reflejos, presencia de una personalidad absoluta y magnífica en medio de una fantasía caprichosa que iba creando y destruyendo figuras en fantasmagoría vertiginosa... Llegó Chaplin y el cine tuvo, de pronto, una dimensión insospechada que no la tuvo antes ni la tendrá acaso después: la del arte expresivo en grado perfecto, la del arte universal, la del arte absoluto...

La perennidad de Chaplin, su arte único, original e incomparable, reside en el dominio absoluto del gesto y la expresión. El gesto, como traducción de lo íntimo, como vida sensible de la maravilla espiritual, como manera de comunicar a los demás lo que acontece y ocurre en el mundo interior. La expresión como llamamiento ineludible a la sensibilidad, como contacto simpático de un mundo de esperanzas y, más todavía, de desilusiones, tristezas y frustraciones latentes en el corazón humano, es decir, encuentro de honda humanidad que no se resuelve en la protesta, sino en la risa construida por escalas de lágrimas soterradas, con esa llama acariciante que brilla en los ojos de Chaplin y que atrae precisamente por eso: porque es una llama dulcísima encendida en lágrimas que rien...

El mundo artístico total de Chaplin vive y alienta en el terreno propio e íntimo del cine: el gesto y la expresión... Cuantos posteriormente pretendieron seguir sus huellas dieron en la payasada intrascendente y, con el dominio del cine parlante, en la palabrería vacua y fatigante, en la palabrería que trata de sorprender por el disparate, pero que se queda única y exclusivamente en su mismo contenido: el disparate...

Al retornar por la pantalla las maravillosas películas silentes de Chaplin, guardan la misma frescura original. Desde que se las vio por primera vez han transcurrido tantos años como para que el niño de sueños encantados sea hoy un hombre hundido en sus pensamientos sobre lo deleznable de las cosas, y, sin embargo, junto a la humanidad infinita que identifican las pupilas actuales ante el arte del Chaplin de siempre, surge también la presencia infantil más pura, la actualidad del niño que parecía haberse ido y, no obstante, sigue latiendo en medio de la bruma de tanta tristeza como lleva ya la vida... El hombre y el niño viven en un solo ser extraordinariamente sensible y receptivo, y así, junto al pensamiento profundo vibra un sentimiento de especial ternura infantil... En medio de la triste risa de hoy, ante el arte de dolida comicidad de Chaplin, la nostalgia se define finamente: es que en las escenas que la pantalla entrega y que son insuperables se sustancia un mundo humano de todos los hombres... Chaplin representa la risa triste de una humanidad que soñó para despertar, como tantas veces despierta el admirable artista, en medio de los sórdidos escenarios donde la autoridad ennegrece más la miseria con su presencia torturante...

El arte lleno de eternos contenidos puros de Chaplin se debe a que el genial creador comprendió desde el principio la verdadera misión del cine como expresión eminente.

El cine es un arte de imágenes visuales, de figuras que vibran de vida interior, y no de sonidos ni de palabras. Cuando llegó el parlante a la pantalla, aunque ello parezca en principio contradictorio, redujo y limitó la auténtica expresión artística del cine. Quizá a ello se deba el que tantas figuras consagradas en el silente se esfumaran en el parlante, con aparente fracaso, pero, en realidad, sintiendo o sólo presintiendo que su arte había terminado con la nueva revolución cinematográfica... De este naufragio se salvó so-

lamente Charles Chaplin: sus películas parlantes pudieron perfectamente ser silentes (qué tentación de decir debieron perfectamente ser silentes), pues su esencia es la del mismo Chaplin del gesto elocuente más allá de las palabras, antes de las palabras, mucho más allá que las palabras...

Einstein habla, con mucha justicia y hondo sentido estético, del cine parlante como algo "contra natura". En verdad, el dominio natural del cine es el de la representación por el gesto, el de la expresión por el gran silencio elocuente, el de la pantomima con logro perfecto de traducción animica... Las palabras y los sonidos llegan al cine y, al principio, sobre todo, con una puerilidad extra-artística, quieren reducirlo todo al decir y al sonar, dejando la vida del artista, su silente vida interior, reducida a su mínima expresión. Felizmente en los últimos tiempos los caminos son muy otros: el cine europeo, particularmente el francés, va comprendiendo que se ha de volver a la expresión silenciosa verdadera y honda... Las escenas más bien logradas de las películas europeas son aquellas desposeídas de intento de toda palabra y de todo ruido o sonido circundante, y llenas de ese silencio profundo con que habla el espíritu el idioma no traducible por ningún idioma del mundo... Desde unas pupilas húmedas de emoción o desde unos labios sobre los que parece que acabó de caer un rocío interior se habla el amor con mayor fragancia que desde cualquier expresión verbal que diluye en las palabras usadas e ineficaces un mundo sentimental maravilloso... Desde unas manos que tiemblan en la noche se habla la angustia con mayor verdad que desde los gritos desconcertantes... Desde una frente sobre la que incide un rayo puro de luz alta se habla la nobleza de sentimientos con mayor profundidad que desde cualquier definición limitada en la palabra... El cine de los últimos tiempos va entrando de nuevo en el terreno propio de su arte: el mundo silencioso de los gestos y las expresiones... Se puede decir que el dominio del cine va, otra vez, desechando los escenarios fastuosos y los grandes movimientos fatigantes, para ser lo que realmente debe ser: arte que quiere llegar a lo perfecto humano porque su máximo representante es, naturalmente, el hombre...

Estas verdades que va comprendiendo el cine de los últimos años, después de un inútil derroche de sonidos y palabras, las sabía Charles Chaplin desde que, por primera vez, conmovió a todos los públi-

cos del mundo desde la pantalla silente... Su comprensión fue pura y esencial, y dijo su pensamiento sin palabras, porque vio la ineficacia de las palabras... Aun en sus últimas cintas parlantes siguen siendo el gesto y la expresión sus medios convincentes y perfectos. En "CANDILEJAS", lo realmente conmovedor no son los efectos sonoros ni la música, muy bella, por cierto, sino los gestos: el gesto de asombro y, al propio tiempo, de total amor humano, con que halla a la pobre muchachita que quiso partir del mundo por propia sufrida voluntad; el instante en que el viejo artista se despinta el rostro, pero más se despinta el alma, frente al espejo callado, en un silencio todo él hecho de lágrimas; el supremo instante, uno de los más puros, bellos y eternos del cine universal, en que, agonizante ya, mira un ballet en el que danza su mismo trágico destino...

Chaplin lo ha conseguido todo en el admirable gesto expresivo... Cuanto le rodea está subordinado directamente a su gesto, se pertenece a él como necesaria consecuencia... De ahí que personajes y escenas dependan íntimamente de su gesto, aunque, muchas veces, en pura apariencia, no lo parezca así... Y no es que este perfecto dominio se haya producido por una especie de imposición artística manifiesta, que ello vendría a ser dictadura del espíritu, sino que nace natural y sencillamente del ser genial, de tal manera que sin él la obra no podría existir... Aílese, in mente, cualquier personaje o escena en una obra cualquiera de Chaplin de éste, magnífico personaje central, y se hallará que carece de sentido... No quiere esto significar, en ningún caso, que es la presencia física del creador genial la necesaria para los efectos: en muchas escenas Chaplin se halla físicamente ausente, pero siempre está latente su espíritu, siempre se halla en presencia de arte puro... El sentido de este dominio sobre la obra perfecta nace, precisamente, de esa unidad integral creada por el espíritu de Chaplin, con argumento muy suyo y realización muy suya, pero también de eminencia humana total...

La presencia artística completa de Chaplin alienta a todo lo largo de sus Obras... Personajes que le rodean, escenas que se suceden, acontecimientos que la trama va trayendo con maravillosa naturalidad, aun en el mundo de los sueños y los ensueños, son parte de su propio espíritu, de este espíritu tan original y en el que, sin embargo, alienta vivamente el espíritu humano integral y comple-



to... Por eso este palpitante que parece estar en la pantalla palpita directa y profundamente en el alma de la humanidad, pues Chaplin no es de esos artistas a los que se admira, se aplaude, a veces hasta el delirio, para luego dejarlos en el plano de una admiración que coloca frente al ídolo al admirador, pero a distancia de separación insuperable... Chaplin se entrega al sentir humano más íntimo, se suma humana y artísticamente a la gran tristeza humana que ríe para ahogar un mundo de lágrimas, se hunde, sí, se hunde en el espíritu de la humanidad porque es su expresión más cabal, más bella, más trascendente... Su gesto parece único pero, en verdad, es la unificación de lo múltiple, es la presencia de lo general en una manifestación de arte maravillosamente puro...

La comicidad de Chaplin nunca cae en lo ridículo. Su arte absoluto cumple lo que la comedia quiere, en el más alto y noble sentido del género: la imagen humana en el espejo que la deforma tristemente, pero, mírese bien, sólo en el espejo, sólo en el reflejo, que no en lo hondo de quien produce la imagen, que allí lo risible se llama sencillamente tristeza de humanidad dolida, dolor de humanidad olvidada, angustia de humanidad preterida e injuriada injustamente...

De lo ridículo a lo grotesco hay apenas un paso, o, mejor, lo grotesco viene a ser simple prolongación de lo ridículo, sobre todo de lo ridículo sostenido en su solo contenido de risa sin trascendencia ninguna. Y Chaplin apenas usa lo cómico, la risa, como camino para lo humano, como camino para la comprensión honda de la verdadera humanidad. La risa de Chaplin, ingenua y pura, esencial y espontánea, asciende hasta cierto grado necesario y preciso en el que, por un milagro artístico eminente, se diluye en lo humano, se torna ternura especial y delicada, florece esa flor de las lágrimas que apenas humedecen las pupilas, pero que cubren el sentimiento y purifican de toda purificación el alma... Los gestos de Chaplin, al borde mismo de lo cómico, dentro de lo puramente cómico, tejen un húmedo mundo de eterna belleza...

Lo cómico es para Chaplin camino hacia lo humano. Así los instantes en que culmina su arte y que ningún cine del mundo ha podido ni podrá repetir jamás, porque, siendo como son de tanta espontaneidad genial, se crearon con perfección absoluta que ha de

quedar solamente eterna y pura... Así la danza de los panes en "LA QUIMERA DEL ORO", ese instante de finísima y sutil antología del cine de todos los tiempos. El fracaso de la humilde esperanza, el ensueño frustrado, la pobre ilusión, quizá única por su proporción inesperada, no pensada ni soñada siquiera en la vida del pobre hombre, se pronuncia en lo cómico, sí, en ese camino tan chapliniano para tocar el corazón verdadero y sus verdaderos latidos humanos. Y, cuando lo cómico lega, como si dijéramos, a punto, el Maestro, el Genio crea ese instante eterno y único: los panes danzan en manos de Chaplin una danza que fija sus pupilas, esas pupilas de especial ternura inolvidable. Mas, lo que realmente danza no son los pequeños panes, sino la ilusión agonizante, quizá muerta ya con su entierro en el imposible, la burla ajena en la peor de las formas, la burla al sentimiento del amor ingenuo y claro, el sacrificio realizado en vano frente a un mundo que ríe también con risa torpe y grotesca, con una tremenda risa que olvida la risa de quienes van a llorar... Este momento altísimo y supremo es, quizá, la esencia de la obra toda y pudiera sintetizarse la creación en ella sola, siendo así la quimera, es decir, la esperanza imposible... En la misma Quimera existen otros instantes de purísima altura humana... Aquel en que la angustia de las pobres gentes quiméricas se define en la más humana y torturante necesidad: la del hambre, la del hambre que se dibuja en expresiones cómicas, mas de extraña y dolida comicidad, de risa tristesísima y supremamente angustiante y angustiada... El hambre pone sobre la quimera del metal dorado la quimera de los alimentos a mano y fácilmente conquistables: el compañero de aventuras ve en Chaplin, bajo la forma del alado animal, la tentación para el guiso sabroso... Pero cuando culmina esta angustia del hambre es en el momento en que los amigos se sirven un extraño guiso conseguido con uno de los zapatos del propio Chaplin, con aderezos medio reales y medio quiméricos, con una salsa estrafalaria que el artista supremo agita con alegría infantil y sirve como condimento exquisito... La lucha para poder comer ese zapato que, humeante, sale de la olla, está llena de la triste comicidad del hambre, y mucho más lo está todavía cuando Chaplin, en una especie de sibaritismo contrastante con la miseria circundante, toma en un tenedor uno de los cordones y lo adereza con mucha finura, al estilo de un tallarín delicado y exquisito... La Quimera dibuja sobre las tierras heladas la figura de Chaplin, es decir, un corazón sobre la nieve, un sentimiento sobre lo insensible, un alma en la

soledad... El símbolo surge sin mayor esfuerzo, sin que la imaginación tenga que aguzar penetraciones especiales: el arte lo ha logrado todo, más allá de lo visible, en el mundo interior, hacia esas profundidades del espíritu donde, aun en los seres más duros, queda siquiera una chispa de sensibilidad humana... La marcha de Chaplin, con su traje inadecuado al escuálido y pequeño cuerpo y sus grandes zapatos, es la marcha de un hombre sobre lo inhumano... Si se piensa bien, hasta del mismo suelo endurecido por el clima inhóspito puede surgir un inesperado calor de comprensión y aliento... Pero, queda una pregunta viva y doliente en medio de la nieve eterna: surgirá del alma humana endurecida de inhumanidad algún signo de calor, por pequeño que sea?...

El triunfo artístico de lo humano sobre lo cómico, la presencia de la ternura sobre la risa, se pronuncia también en las mejores escenas de esa maravilla de Poema, porque es un perfecto Poema, que se llama "EL PIBE"... Triunfa la ternura frente a los injustos insultos de las gentes al pobre vagabundo que pretende eludir al niño, no porque para ello le falte infinitud de alma, sino porque sabe y siente que le condenaría a su mismo destino de miseria... Luz de ternura total, luz suavísima, preciosa, inimitable, es la que llena la escena en que Chaplin, en el tugurio, improvisa una cuna primitiva, destruye una ya destruida silla y recorta pañales sobre trapos viejos, hasta que la luz se hace mandato de humanidad eminente para todos los tiempos cuando adapta una cafetera a chupón y ríe con su gracia total para los abiertos ojos del pequeño que bebe su leche de pobreza suma... Triunfa la ternura en la destrucción que, a pedrada limpia, realiza el pibe de los vitrales de la ciudad, para que Chaplin pueda ir tras su compostura: éste es el pan pobrísimo de los pobres, un pan que se consigue con aparente alegría, pero que lleva lágrimas soterradas, un pan hallado en la intranquilidad que forzosamente va pintando en el espíritu la comprensión de la inhumanidad de los hombres... Triunfa la ternura cuando los comensales se sientan a la mesa casi vacía, y Chaplin cuenta, a mano apresurada, las delgaditas telas de harina que constituirán todo el alimento del día, de tal manera que el reparto de la miseria se haga por igual entre los habitantes del cuarto... Ni qué decir del cielo tan humano, tan humanísimo, que Chaplin sueña luego de la tragedia del niño perdido: en su cielo reaparecen las mismas figuras de la tierra, con sus mismas pasiones y angustias, con sus mismas

esperanzas y frustraciones, porque las alas sobrenaturales guardan también los mismos pensamientos... En este ingenuo cielo tan humano, vuelve la tragedia de Chaplin a ser la misma, igual que en la tierra triste, de tal manera que, luego de escenas terrestres con alas, tiene que habérselas con el caradura tremendo que protagonizara un momento de tierra inolvidable: los celestes personajes se despluman, así, textualmente, en una pelea general, al principio, pero que luego habrá de recaer sobre Chaplin y el matón de barrio... Lo cómico ha colmado medida y la risa se desborda ya ante el plúmbeo vuelo descompuesto, cuando, de pronto, he aquí que la humanidad hace acto de presencia: el sueño fue sueño y el despertar es el de la tristeza olvidada momentáneamente en la quimera celeste, el despertar es el del vagabundo abandonado de su pobre perdida ternura, en el quicio frío de una puerta, ante las sacudidas policiales: sobre lo cómico flota el signo ineludible de la tristeza...

Lo humano se vuelve llamada profunda a la inhumanidad de un mundo lleno de humo de fábricas y con mucho humo de maldad en las almas, en "TIEMPOS MODERNOS". La tragedia personal es trascendente de toda trascendencia: el ser es solamente un tornillo más en el engranaje general que no favorecerá, por cierto, al ingenuo trabajador, sino a quienes lo explotan sin misericordia...

Lo humano vive y vibra en una de las más bellas películas de Charles Chaplin: "MONSIEUR VERDOUX". Lo cómico absoluto ligado a lo humano absoluto, o, más bien, lo humano surgiendo espontánea y totalmente de lo cómico, nace de la imposibilidad física y anímica total de integrar el ser de leyenda al ser real y verdadero, de fundir la tenebrosa historia circulante con la verdad tan clara y tan dolida como una gota de llanto... El terrible Barba Azul moderno que tiene en jaque a la policía y es objeto de largas crónicas de la prensa diaria no puede, sí, no puede jamás unirse en unidad anímica y física al pobre ser que trata de equilibrar una situación hogareña de íntima tragedia, de pequeña gran tragedia, de ignorada y dolida tragedia, de tragedia perdida entre los ruidos y las palabras de todas las gentes... El terrible asesino de la leyenda ayuda a sus propias víctimas, como ocurre en el frustrado envenenamiento que acaba en llanto interior de victimario y víctima... Esta falta de ajuste entre el personaje ficticio y el real se hace quizá más patética y perfecta en aquella escena en que Chaplin pretende estran-

gular a una de sus víctimas con un pequeño cordel: tiemblan las manos del pobre hombre y tiembla el cordel con un temblor lindante con lo cómico y lindante con lo trágico... Pero ese temblor del cordel es algo más que miedo: es el temblor visible de la imposibilidad absoluta de fusión entre los dos personajes creados, legendario el uno, real y dolido el otro... Este temblor es la frustración de Barba Azul en su misma leyenda obscura y la ingenua presencia de un Chaplin que llora en el cordel temblante...

Hasta en la crítica de hondo sentido cómico-trágico de "EL GRAN DICTADOR", la humanidad triunfa, triunfa sobre un mundo tenebroso en el que dos personajes siniestros y simiescos pretenden adueñarse del universo por medio del dolor y la crueldad... La final confusión del dictador alemán con el pobre barbero de barrio, aquel que tiene su pequeño sueño sencillo, es un total triunfo de gracia y humanidad: el hombre olvidado, el hombre preterido, el hombre que también ha sufrido, siquiera sea indirecta y obscuramente, el azote del despotismo monstruoso, hace una llamada eterna a lo eternamente humano...

Una de las escenas más naturales de Chaplin, en casi todas sus obras, y, al propio tiempo, más llena de su prodigiosa originalidad, es la fuga ante el agente guardián del orden público... Parece como que el artista tuviera permanente la presencia del guardián que significa una sombra en sus ingenuas picardías humanas... A veces, el agente tiene agrio perfil y, otras, no obstante su aire marcial, encarna al bonachón, pero, en todo caso, es causa y origen de la desazón y temblor del hombre de la calle, de sus carreras que ningún maratonista del mundo podría igualar... Pero esta fuga del agente es, en realidad, la fuga de aquello que vaga y obscuramente se llama autoridad o justicia... Tras la carrera de Chaplin existe, en verdad, un vano intento de huida ante una autoridad de quien sabe qué oficina sellada que sus pupilas nunca verán, que su mente ni siquiera alcanza a vislumbrar por modo alguno, una autoridad enemiga del pobre y apoyo, aliada y cómplice del potentado... La justicia, encarnada en el agente que, después de todo, no es sino otro trágico y mínimo eslabón en la cadena, representa para Chaplin la traducción visible y constatable de lo inhumano, la contradicción palpable y manifiesta de la verdad diáfana y sencillamente humana... Es esa justicia que, por medio del agente humilde

también, a pesar de su aparente arrogancia y dominio, vapulea a los miserables que hurtaron difícilmente un pan y sacude a los pobres que se quedaron dormidos de hambre y fatiga en los quicios de las puertas, pero que calla ante los escándalos de casa elegante, que humilde y servilmente lleva hasta su automóvil de último estilo al potentado que desatara el altercado en el bar de moda... Es ante esta injusta justicia que Chaplin corre desesperadamente, hasta fatigar el aliento, hasta perderse en el horizonte brumoso, hasta ser polvo con el polvo del barrio miserable... La ingenua picardía que emplea muchas veces frente al agente es otra forma, menos espectacular, de huida: en cualquier caso, ya sea en la carrera loca o en el chiste instantáneo para despistar a la autoridad, el agente de justicia ha despertado el temor en el hombre humano...

Un instante muy chapliniano y, por lo mismo, de altísima y honda humanidad, es el engaño infantil del chiquillo en "EL PIBE", cuando el guardián le descubre piedra en mano, listo al disparo que habrá de destruir, precisamente con miras al pan mínimo, la vidriera de enfrente... El niño, que bruscamente halla la presencia del agente, con perfecta ingenuidad y, al propio tiempo, con ternura infinita, juega con el guijarro como si fuera una linda pelota, seguramente aquella pelota de colorines que su pobreza suma no llegará a tener jamás... No será, en verdad, la piedra en manos del niño de barrio miserable una ficción de pelota costosa que sus pobres centavos nunca llegarán a adquirir?...

Esta cosa obscura que se llama autoridad, esta idea turbia y nebulosa que se titula orden público, pesa sobre el destino de Chaplin, es decir, sobre el destino sencilla y puramente humano... Chaplin no puede enfrentarse jamás a la figura que encarna ese poder persecutor de los miserables y auspiciador de los poderosos, que apaga el pobrísimo candil en los tugurios y enciende las millonarias iluminaciones de los banqueros y los señores de la industria... Esta tenebrosa idea de autoridad y justicia se encarna, para Chaplin, en la presencia del agente, ese ser que, bien visto, hasta sin quererlo muchas veces colabora en el plan de la cadena... Nó, no es el pobre agente guardián, eslabón también humano, el que directamente causa ese temor al artista en su mundo dolido: es lo que él traduce visiblemente, lo que representa más allá de su figura de involuntario engranaje... Es esa justicia escondida, esa autoridad

solapada, la que causa las carreras cómicamente tristes. . . . Ese mito de justicia que, desde lo alto, persigue por medio del agente, hombre del pueblo, al pueblo. . . . Ni siquiera en su pobre ensueño le es permitido eludir esta presencia torturante: en el ingenuo cielo que su fatiga dolorosa finge en "EL PIBE", también el agente hace acto de presencia y custodia, solamente que las carreras se reemplazan por unos vuelos quiméricos más tristes todavía, más llenos de la comicidad llena de lágrimas de Charles Chaplin. . . .

El arte de Chaplin es un poema de tristeza íntimamente humana. . . . Lo poético se produce naciendo de lo aparentemente risible, flotando sobre la risa como flor de espuma, como esencia dolida que está toda ella sentida en llanto. . . . El artista universal, el hombre universal, ensaya el paso sobre la cuerda floja de la vida más humilde: lo cómico nace precisamente de ese paso cauteloso, a veces, y, las más, apresurado y un poco loco, por alcanzar otra orilla. . . . Hacia arriba, un cielo de palomas claras que están al alcance de la mano, que besan la mano y quizá hasta se confunden con la mano, pero hacia abajo la tierra preparando la tragedia, la tierra que para el pobre y olvidado está hecha sólo para las caídas dolorosas, para el manchar del barro. . . . La caída se produce inevitablemente, pero, y aquí la cumbre humana, si bien se ve y constata en apariencia, es tan sólo el despertar del sueño y el ensueño, el saber que el celeste mundo pequeño, tan deseable por parecer al alcance de la mano, es una quimera, una quimera que ha dejado en la mano una herida que puede producir la risa por lo de parecer rasguño levisimo, pero que, en verdad, duele más en lo hondo del dolor. . . . El hombre caído, mejor dicho, el hombre despertado por la caída del pequeño sueño, entiende entonces el cielo ya con mayor humanidad humilde: el cielo es ahora la propia cuerda floja desde la que su cuerpo, pero más su espíritu triste, se vino abajo, es decir, la pequeña quimera de una nueva posibilidad. . . . Y entonces el triunfo de lo cómico y, al propio tiempo, el triunfo de lo trágico cotidiano, pues el hombre caído trata de alcanzar la cuerda del triste despertar, y realiza para ello esfuerzos y salta inútilmente por alcanzar la orilla. . . . La caída, en suma, el triste despertar, no constituye la última escena: por el contrario, es la que inicia el camino de los sufrimientos. . . . El ser que hace reír con sus saltos inútiles está tratando de alcanzar la cuerda de su misma caída del ensueño: éste el significado profundo del paso de Chaplin, ese paso que pare-

ce hecho a tropezones, a saltos sobre un suelo inseguro y temblante, sobre una tierra cargada de obstáculos de toda especie, lo que es risible para quien ve sólo lo visible y constatable, pero no para quien sabe que la risa es el ambiente propio del llanto. . . . El andar de Chaplin sobre sus caminos, sobre los caminos humanos de la humanidad, es un andar dolido y triste, como si fuera evitando encuentros, como si fuera soslayando duros cardos que el mundo le ha preparado obstinadamente. . . . Este paso risible es un logro artístico propio y esencial de Chaplin, pero es más su logro perfectamente humano. . . . Es el paso de todos los sufridos, es el paso de todos los olvidados, es el paso de todos aquellos que la desgracia persiguió inmotivadamente. . . . Ese dolor de los pasos no sólo se pronuncia hacia adelante, hacia donde marchan temblorosos y en saltos menudos, sino también queda hacia atrás, va quedando para siempre en los otros caminos: el porvenir es desconocido y triste, como igualmente lo fue y sigue siendo el pasado. . . . Es mentira que el pasado haya recibido ya su liquidación vital: hay tantas cosas del pasado que dolieron a su tiempo y que duelen cuando son el dolor del recuerdo. . . . De la caída desde la cuerda floja parece haberle quedado a Chaplin la nostalgia de unas alas, de unas alas quiméricas que creó sólo su pobre fantasía, pero alas, al fin: los muñones le duelen irremediablemente, le duelen sin visible herida, pero con una sangre incontenible, de allí otro gesto tan suyo, ese de los hombros dolidos, de hombros que llevan el peso inconsolable de lo triste, de hombros a los que les faltan las alas quiméricas que creó el ensueño y destruyó el despertar torturado del ensueño. . . . Chaplin va por los caminos riendo, porque es preciso que la risa evite nuevas heridas, porque es preciso que por la risa las gentes no le hieran más, aunque también esta risa constituya la más profunda y dolorosa herida. . . . La risa de Chaplin es la defensa humana frente a lo inhumano, el arma pequeñita, casi impalpable, con la que pretende que también los otros deshagan en bondad sus torvos abismos. . . . La risa de Chaplin es la luz que nace de la propia noche, la estrella que tiene cuna de tinieblas, el agua del pozo ciego que también tiene su leve derecho a ser nube. . . . La risa de Chaplin surge del infortunio que es en el agua aparentemente alegre o alegrada de luz pétalo que el viento trajo estrujado, insultado, destrozado, desde quién sabe qué distancia espiritual maravillosa. . . . En la risa de Chaplin tiembla la tristeza su más íntimo temblor, a veces un temblor casi infantil, de noche que amedrenta en las ventanas abiertas al infinito negro, y

en otras el temblor humano frente al misterio de la inhumanidad de los hombres. . . . La risa de Chaplin es una risa llena de tristeza, una risa construida de llanto. . . .

Charles Chaplin ha consagrado su arte universal porque encarna un estado universal del alma humana. . . . En su creación original y perfecta alienta un esperanzado y triste sentido de la realidad, el ensueño de los olvidados que necesitaba, por cierto, la presencia del genio para conmover todos los corazones buenos del mundo. . . . Este sentido humano está logrado a cabalidad por Chaplin precisamente porque para ello no usa elementos extraños o ajenos al arte: solamente del arte, solamente de su arte inimitable parte este flotar de risa y sonrisa sobre la tragedia cotidiana, sobre esa mínima tragedia ignorada que se callan las paredes miserables, que ahogan los tugurios desconocidos, que la calle confunde con sus ruidos múltiples, y que, mirada al paso, parece risible, pero, en el fondo, es un aspecto, quizá el más duro y cruel, de la gran injusticia humana. . . . Jamás en Chaplin la palabra ardiente pidiendo justicia: la pide desde su estampa de vagabundo soñador e ilusionado, desde su paso a saltos sobre un mundo mal organizado, desde su gesto de constante esperanza luego de cada nuevo fracaso. . . . Sí, porque en esto reside el más bello sentido de su arte: los fracasos no borran del todo las esperanzas. . . . Al final de las películas de Chaplin hay siempre una ventana abierta hacia la humanidad, por más que en ella haya sido la noche irremediable de todas las tristezas. . . .

Dimensión perenne, actual y de siempre, la del arte de Chaplin. Es el hombre llamando a ser más humano al hombre. . . . Es el ser esencialmente humano, bondadoso, lleno de sencilla piedad, desbordante de clara comprensión, capaz de olvidar su propio dolor por el dolor de los demás, que pinta en sus ojos una risa para lo triste o, lo que es lo mismo, que siente y vive el dolor de reír. . . . La humedad de sus pupilas es la humedad de la víspera de las lágrimas, sí, pero es también la del cielo limpio que sigue a las lágrimas, ese cielo casi infantil que sigue soñando aun en medio de los dolores y las tristezas. . . .

Chaplin es un profundo estado de alma universal. . . . Por sus labios angustiados en la risa nerviosa, por sus pupilas húmedas de llanto reciente, ha pasado el divino fuego que no ha de pasar jamás.

En cada gesto suyo vive la tristeza residenciada desde quién sabe qué tiempos en las almas olvidadas del mundo. . . . En sus pasos pasa sin pasar la fuga de las injusticias, aunque, precisamente por la tragedia sencilla, en esa misma fuga se marche hacia la mayor de las injusticias. . . . La risa de Chaplin, esa buena risa que invita al más buen camino, está ocultando la vida, y la vida, después de todo, no es sino la constante y renovada lección de ocultar la tristeza tras la risa. . . . El poema chapliniano, porque su arte es un perfecto poema de bondad, de esperanza y de fracaso, está hecho en estrofas sutiles, en bellísimas estrofas que, aparentemente, parecen pequeñas, pero que se escriben a lo largo de los horizontes. . . . Difícil poema para lograrse en arte puro, perfecto poema para obtenerse sobre el mundo de la risa y la sonrisa, gran poema para lograrse en la obscuridad de barrio, en la calle abandonada o en la casa que cae en escombros. . . . Pero poema de Chaplin absoluto y total, eterno poema mientras los desheredados de la suerte sufran la injusticia general, mientras haya soñadores que sueñan y ven quebrados sus sueños en las aristas de esta oscura y trivial cosa que se llama la vida. . . . Quizá Chaplin humano parezca más grande que Chaplin Poeta, pero es la poesía de Chaplin, su poesía esencial, la que crea humanidad sin límites. . . .

Cuando pienso en Charles Chaplin siempre pienso también en el heroísmo altísimo de quien ríe en medio del llanto para que algún día, algún día que ha de ser necesariamente, todos los hombres dejen de llorar. . . .

La orquesta del Conservatorio de Música, con toda maestría, ejecuta el himno de la Universidad, que fue reverentemente escuchado. Luego el Rector doctor Cueva Tamayo hizo uso de la palabra para ofrecer el acto que estaba dedicado, principalmente, a rendir homenaje a varios ex-catedráticos de la Universidad, a quienes de conformidad con las prescripciones del Estatuto se les iba a ha-



cer la entrega de los correspondientes títulos de profesores honorarios y a exaltar la labor realizada por los profesores que habían cumplido veinte y cinco o más años de servicio docente. Con frases de honda realidad y plenas de justicia, el señor Rector doctor Carlos Cueva Tamariz puso de manifiesto el sentido del homenaje con estos términos:

Y "Entre las numerosas manifestaciones de injusticia que nos ofrece la actual organización de la sociedad, no es de las menores la subestimación real de la obra de aquellos de sus miembros que se dedican a la trasmisión de la cultura a las nuevas generaciones, a su enriquecimiento y a la formación de las nuevas promociones de jóvenes a los cuales ha de corresponder, en breve, la dirección de la vida colectiva. La labor que realiza abnegadamente, silenciosamente, el maestro, el educador, en el gabinete de estudio, en el aula, en la cátedra, en el laboratorio, en la biblioteca, no tiene, en relación a su importancia, las compensaciones y estímulos que la colectividad debería conceder a una función de tanta magnitud y de tanta delicadeza.

Los financieros, los comerciantes, los banqueros, los capitanes de industrias, los actores del cinematógrafo, los deportistas, reciben de la sociedad, además de gloria y nombradía, considerables compensaciones pecuniarias. Los profesores, los catedráticos, los maestros, no. Ellos pasan casi ignorados, cuando no menospreciados, pese a que consagran su vida entera a una obra elevada y trascendente. Y cuando llegan los años de la vejez y del retiro, apenas la discreta compañía de una digna y altiva pobreza. Debemos denunciar reiteradamente esta injusticia y reaccionar contra ella. Debemos luchar porque en una sociedad renovada se coloque al educador, al maestro, al investigador, en los primeros peldaños de la escala de valores sociales y humanos.

Es verdad que, en contraste con aquella actitud social, el magisterio, la cátedra tienen en sí mismos intensas y hondas compensaciones y satisfacciones. El estudio constante para cumplir, a conciencia, la misión de esclarecer y transmitir los conocimientos; la búsqueda desinteresada de la verdad a través de una disciplina científica como contribución a su progreso y, por ende, al avance del hombre en el camino de su bienestar; la rectitud y limpieza de la conduc-

ta para ofrecerla a sus alumnos como contribución objetiva a la obra de su formación espiritual; el diario y estimulante contacto con espíritus juveniles ávidos de saber, frescos y puros, agudos muchos de ellos, y todos prometedores, como tierra fecunda, de buena cosecha si la semilla es selecta.... Mas, estas son satisfacciones personales e íntimas que afianzan y vigorizan el espíritu del maestro y le sostienen, confiadamente, en su elevada misión social....

Es preciso multiplicar, en cambio, los estímulos externos de los que necesita también el maestro para sentirse comprendido y debidamente valorado en su obra espiritual.

Consciente de esta necesidad el Consejo Universitario resolvió premiar a los catedráticos que cumplen veinte y cinco años al servicio de la juventud en el ejercicio de la docencia superior, condecorándoles con una simbólica medalla de oro.

A la vez, dando vida a una norma legal y estatutaria del Plantel, acordó el Consejo Universitario entregar a los profesores jubilados doctores Antonio Abraham Barzallo, José Mogrovejo Carrión, Luis Carlos Jaramillo, Virgilio Loyola García y Virgilio Salazar Orrego, el título de Profesores Honorarios de las Facultades en que durante largos años aleccionaron a la juventud cuencana desde sus respectivas cátedras y en las que han dejado imperecederas enseñanzas de ciencia y de virtud.

Al hacerlo, desea la Universidad retener en su ámbito espiritual a sus antiguos catedráticos, que le entregaron lo mejor de sus vidas para esta permanente, múltiple y hermosa tarea de formar a la juventud de la Patria.

La Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales ha querido poner en manos de su destacado profesor, señor doctor César Andrade y Cordero, un Acuerdo de congratulación por su triunfo de escritor y poeta al haber obtenido del Concejo Municipal de Cuenca el premio FRAY VICENTE SOLANO, triunfo que a la vez que enaltece merecidamente al doctor Andrade y Cordero, honra también a la Facultad de la que es docto catedrático.

A todos ustedes, ilustres y beneméritos Maestros, la Universidad, madre espiritual de profesores y alumnos, os presenta el testimonio

de su gratitud por vuestra valiosa consagración a la docencia superior y os recomienda a las actuales y futuras generaciones por vuestra abnegada obra de cultura.

Y con este acto de justicia ha querido el Consejo Universitario inaugurar esta nueva Aula Magna, destinada a los actos solemnes de esta Casa de Estudios, complaciéndose al entregarla al cuerpo de Profesores y estudiantes, como un logro más del Instituto en su camino de progreso". X

Luego se desarrolló la ceremonia en medio de los constantes aplausos de los concurrentes. El Profesor de la Facultad de Jurisprudencia, doctor Agustín Cueva Tamariz, hizo el elogio del ex-catedrático doctor Antonio A. Barzallo a quien se le otorgó el Título de Profesor Honorario de Sociología, del Profesor doctor Alejandro Peralta que tiene a su favor treinta y nueve años de docencia y del doctor César Andrade y Cordero que recibió un acuerdo autógrafo de los miembros de la Facultad de Jurisprudencia como testimonio de pública adhesión en virtud de haber sido galardonado por el M. I. Concejo Cantonal de Cuenca con la insignia "Fray Vicente Solano" en reconocimiento de su brillante labor literaria. Inmediatamente el Profesor de la Facultad de Ciencias Médicas, doctor Jaime Vintimilla Albornoz, hizo el ofrecimiento de los títulos de Profesores Honorarios de Patología y Terapéutica a los ex-profesores doctores Luis Carlos Jaramillo y José Moguejo Carrión y de medallas de oro a los catedráticos doctores Miguel Alberto Toral L., José Carrasco Arteaga y Víctor Barrera Vélez, el primero con un haber de treinta y dos años de docencia y de veinte y cinco cada uno de los segundos. El Ing. Enrique Hinojosa Cobos, Profesor de la Facultad de Ciencias Matemáticas, exaltó la personalidad del doctor Virgilio Salazar Orrego que iba a recibir el Título de Profesor Honorario de Física e igual enaltecimiento realizó el Decano de la Facultad de Ciencias Químicas, doctor Rodrigo Cordero Crespo, con respecto al doctor Virgilio Loyola García, al que se le iba a conferir el Título de Profesor Honorario de Farmacia. El señor Rector, personalmente, prendió las preseas en los pechos de los profesores doctores Peralta, Barrera y Carrasco y entregó

a un miembro de su familia la correspondiente al doctor Toral, que por motivos de enfermedad estaba ausente. El señor Vicerrector y las autoridades de la ciudad entregaron, a su vez, los Títulos de Profesores Honorarios a los citados ex-catedráticos.

Con palabras llenas de emoción agradecieron el doctor Luis Carlos Jaramillo, el doctor Barrera Vélez a nombre de sus comprofesores de la Facultad de Ciencias Médicas, el doctor Virgilio Salazar Orrego, el doctor Loyola García y el doctor Andrade y Cordero.

La orquesta del Conservatorio, en los entreactos, ejecutó selectas piezas musicales y para concluir la ceremonia se escucharon los acordes del Himno de la Victoria, de Franz V. Blon.

## JUNIO

### Día 3

### EL RECTOR DOCTOR CUEVA TAMARIZ FUE CANDIDATIZADO POR LA UNIVERSIDAD DE CUENCA PARA SENADOR FUNCIONAL POR LA EDUCACION PUBLICA

De conformidad con las prescripciones de la Ley y el Reglamento de Elecciones, el personal docente de las Facultades e Institutos anexos a la Universidad de Cuenca se reunió en asamblea para nominar candidato por el Plante para la Senaduría Funcional por la Educación Pública durante el período 1960—1964. Por abrumadora mayoría se confirió esa honrosa distinción al señor Rector de la Universidad, doctor don Carlos Cueva Tamariz. El Rector doctor Cueva agradeció al personal docente por la nueva muestra de adhesión a su persona y puso de manifiesto que, en caso de ser elegido Senador, trabajaría fervorosamente por el bien de la educación en general y por los sagrados intereses de la Universidad de Cuenca en particular.



Al mismo tiempo la asamblea de profesores eligió como delegados para que integren el colegio electoral a reunirse en Quito, a los señores doctores Luis Monsalve Pozo y Gabriel Cevallos García, Vicerrector de la Universidad y Decano de la Facultad de Filosofía y Letras, respectivamente.

### Día 20

#### LA ASAMBLEA UNIVERSITARIA ELIGIO RECTOR Y VICERRECTOR DE LA UNIVERSIDAD PARA EL PERIODO 1960—1964, A LOS DOCTORES CARLOS CUEVA TAMARIZ Y LUIS MONSALVE POZO

Fenecido el periodo legal de 1956—1960 para el que fueron nombrados Rector y Vicerrector del Instituto los doctores Carlos Cueva Tamariz y Luis Monsalve Pozo, el H. Consejo Universitario dispuso la reunión de la Asamblea Universitaria con el objeto de que designe esas autoridades para un nuevo cuatrienio. La Asamblea sesionó en el Aula Magna de la Ciudad Universitaria, recientemente inaugurada. La Presidencia fue ocupada por el Rector doctor Cueva Tamariz, el Vicerrector doctor Monsalve Pozo, los Decanos de las seis Facultades del Plantel y los Representantes del Ministerio de Educación Pública y del Profesorado ante el Consejo Universitario. Cumplidos los requisitos de rigor, el doctor Cueva Tamariz rindió cuenta del mandato con la lectura de su informe que demuestra lo fecundo en bienes para la Universidad que ha sido su cuarto periodo rectoral. El texto del informe que enfoca a grandes rasgos la vida universitaria en los últimos cuatro años, es del tenor siguiente:

“Por cuarta ocasión me presento ante vosotros para daros cuenta de la marcha de la Universidad cuya rectoría tuvisteis la bondad de confiarme por un nuevo periodo legal en 1956.

Al comenzar este informe —que será breve y procurará dar una visión total de la vida de nuestra querida Casa de Estudios en los

últimos 4 años— debo reconocer con orgullo que ella ha seguido su ruta ascensional por los caminos del progreso, de la dignidad y de la autonomía, gracias a la acción mancomunada de todos vosotros.

Yo he sido solamente vuestro personero y como tal registraré en este documento las huellas más visibles de una obra colectiva, conjunta, armónica, que demuestra que en nuestro país sí es posible aunar mentes y voluntades, esfuerzos y sacrificios para empresas positivas de superación y de progreso.

El crecimiento progresivo de nuestra Universidad es indudable y este recuento de cuatro años de su vida lo demuestra palmariamente. Y no lo digo solamente en el aspecto material, sino principalmente en el del espíritu, que es su esencia y su razón de ser.

Sin embargo, mayor que la satisfacción por los adelantos conseguidos debe ser nuestro anhelo de seguir adelante y nuestro reconocimiento de que falta mucho que hacer todavía para que la Institución pueda cumplir mejor en el futuro sus elevadas finalidades.

\* \* \*

Comenzaré por la economía de la Universidad.

En el año de 1956, el Presupuesto del Estado asignó a la Universidad de Cuenca la subvención de \$ 2.300.000, la misma que en 1957 se mantuvo sin aumento alguno. En 1958 se elevó la asignación a \$ 3.810.000 gracias a la aprobación por el Congreso Nacional de un Decreto que destinó a las Universidades una participación en el impuesto a la renta, por las eficaces y activas gestiones del meritisimo Senador por la Educación Pública Dr. Alfredo Pérez Guerrero. En 1959 se mantuvo igual subvención estatal, que la Comisión Técnica de Presupuesto intentó rebajar con especiosas razones, que fueron oportuna y victoriosamente rebatidas por todas las Universidades afectadas.

En el año actual la contribución del Presupuesto del Estado para nuestra Universidad llega a \$ 4.540.600, incluida la parte proporcional que le corresponde del incremento progresivo del presupuesto de educación pública, dispuesto por Decreto Legislativo de 1956, alcan-

zado por la tesonera y acertada labor del Senador Dr. Pérez Guerrero.

Además contamos con una pequeña cuota de participación en el impuesto a las herencias y en el timbre llamado de educación pública, que incrementa nuestro presupuesto en más de doscientos mil sucres anuales.

Si comparamos la contribución estatal para la Universidad en el período de tiempo a que se contrae este informe, año por año, tenemos un incremento de \$ 2.374.000, que duplica la de 1956, en esta forma:

Año de 1956 .....	\$ 2.353.000
Año de 1957 .....	„ 2.393.000
Año de 1958 .....	„ 3.956.000
Año de 1959 .....	„ 4.053.000
Año de 1960 .....	„ 4.727.000

Y aunque este aumento no llena por completo las necesidades de la Universidad, si se tiene en cuenta la circunstancia de que ella no dispone de impuestos especiales para su programa de construcciones ni de ingresos patrimoniales, nos ha permitido, sin embargo, atender con mayor holgura al incremento y sostenimiento de gabinetes, laboratorios y bibliotecas, a la provisión de mobiliario, al mejoramiento de las remuneraciones del personal docente y administrativo y a la puntual atención de los compromisos contractuales contraídos para la edificación de los nuevos pabellones de nuestra "ciudadela".

Las inversiones en gabinetes y laboratorios a partir del segundo semestre de 1956 son éstas:

1956 .....	\$ 199.783,69
1957 .....	„ 126.579,88
1958 .....	„ 61.916,56
1959 .....	„ 82.616,61
1960 (enero a junio) ..	„ 40.240,05
Suman ....	\$ 511.136,79

El incremento de los fondos de la Biblioteca General "Juan Bautista Vázquez" y de las bibliotecas especializadas de las Facultades, tanto por compra como por donación y canje de libros, folletos, revistas y periódicos es apreciable en estos últimos cuatro años, como puede verse por las siguientes cifras globales del valor de tales piezas bibliográficas:

Año 1956 (2º semestre) ..	\$ 19.413,00
Año 1957 .....	„ 26.736,00
Año 1958 .....	„ 49.185,81
Año 1959 .....	„ 91.312,55
Año 1960 (1º semestre) ..	„ 29.370,97
Suman ....	\$ 216.018,33

La necesidad de la provisión de mobiliario adecuado para las aulas de todas las Facultades y Escuelas se acentuó con motivo del traslado a los nuevos edificios, cuyas condiciones arquitectónicas y estéticas exigen muebles y enseres que armonicen con el ambiente. Y aunque no está totalmente cumplido el programa de adquisición de muebles, se ha logrado ya dotar a todas las aulas de pupitres sólidos, cómodos y de buen gusto para los estudiantes y amoblar con decencia el salón de actos o aula magna de la Universidad, el salón de sesiones del Consejo Universitario y el Rectorado. Sin perjuicio de atender en lo posible al requerimiento de las Facultades y Escuelas en materia de muebles y enseres para su mejor funcionamiento.

La inversión realizada por el Plantel en este aspecto de su progreso llega a \$ 605.865,71 en el período a que se contrae este informe, distribuida anualmente de este modo:

1956 .....	\$ 19.173,60
1957 .....	„ 14.190,12
1958 .....	„ 85.839,74
1959 .....	„ 271.897,15
1960 (1º semestre) ..	„ 214.765,10
Suman ....	\$ 605.865,71

\* \* \*

Desde el presente año ha podido mejorarse la remuneración del personal docente y administrativo de la Universidad, en términos ciertamente modestos, dada la limitación de los fondos disponibles, pero demostrativos de la constante preocupación de los dirigentes por elevar el nivel económico del catedrático universitario y de los servidores de la Institución.

El sueldo básico del Profesor titular es ahora de mil ochocientos sucres mensuales, el del Profesor agregado de mil cuatrocientos sucres y de novecientos treinta sucres el de Profesor de los Institutos anexos. Por cada ascenso de categoría el sueldo se aumenta en \$ 120, \$ 80 y \$ 60, respectivamente. Y, además, el Profesor recibe un subsidio familiar equivalente al 2% del sueldo básico por cada miembro de familia a su cargo.

El reglamento de escalafón del profesorado permite ahora el ascenso hasta la séptima categoría, reservándola para los catedráticos que escriban una obra fundamental en la materia o materias de su especialidad, y con una doble elevación del sueldo. Se ha querido estimular, de este modo, la competencia y la laboriosidad de los elementos docentes.

\* \* \*

Capítulo especial, dentro de esta parte del informe dedicada a la economía universitaria, merece la realización de las construcciones proyectadas desde hace mucho tiempo por la Universidad para alojar decorosamente a sus Facultades y Escuelas.

En mi anterior informe os dí cuenta de los motivos por los cuales hubimos de retrasar el plan de construcciones de la ciudadela universitaria y os anuncié su próxima iniciación.

Pues bien, con el producto de la venta de los bonos de la deuda pública que el Gobierno entregó en pago del precio del antiguo Palacio Universitario, iniciamos la construcción de los edificios destinados a las Facultades de Ciencias Matemáticas, de Ciencias Químicas y de Odontología. La obra fué confiada a un grupo de Ingenieros

formados por la misma Universidad, que alcanzaron la preferencia, por las condiciones de su propuesta, en licitación pública. Antes de dos años de iniciados los trabajos, los edificios fueron entregados a satisfacción del Consejo Universitario y es así como, desde la iniciación del presente curso lectivo, todas las dependencias universitarias, con excepción de la Facultad de Medicina y del Conservatorio de Música, han funcionado ya en sus nuevos locales, con mayores comodidades para sus labores docentes y administrativas.

El costo total de estos edificios amplios, claros, soleados, elegantes y alejados de los ruidos molestos del centro urbano, es de \$ 4.429.660,17. Y el valor de la urbanización, incluida la costosa instalación externa de corriente eléctrica, alcanza hasta hoy a la suma de \$ 366.655,30.

Aquí es de justicia consignar un voto de reconocimiento al señor Arquitecto D. Jorge Roura, Director de la Escuela de Arquitectura, por las acertadas adaptaciones y modificaciones de los planos primitivos de los edificios y por la inteligente dirección de la obra, y a los constructores Ingenieros Medardo Torres, Jaime Rivadeneira, Luis Laoyza, Gustavo Castro Pozo, Carlos Heredia, Rafael Vélez Jaramillo y Jorge Burbano Moscoso, por la cabal ejecución de las construcciones.

En la actualidad, el señor Arquitecto Roura se halla realizando la planificación del edificio central de administración, cuya construcción debe afrontarse en breve.

Para poder levantar, dentro de la ciudadela universitaria, el edificio destinado a la Facultad de Ciencias Médicas, originariamente excluido de ella por voluntad de sus dirigentes, la Universidad adquirió, a continuación del terreno de la ciudadela, 10.715 metros cuadrados de terreno cuyo valor es de \$ 300.000. Y después de pocos días el Arquitecto D. Jorge Roura viajará a la Universidad del Valle, en la vecina República de Colombia, para estudiar la planificación y distribución del edificio de la Facultad Médica de aquella moderna Universidad, que por su reciente construcción y concepción misma, puede servirnos de valioso antecedente para el que ha de planearse y construirse aquí.

Hacen cuatro años, nuestra Casa de Estudios contaba con cinco Facultades. Hoy cuenta, desde 1958, con una Facultad más, la de Odontología, merced al crecimiento de la Escuela de Odontología que antes dependió de la Facultad de Ciencias Médicas.

Y, adscrita a la Facultad de Ciencias Matemáticas, tenemos en su segundo año lectivo de funcionamiento la Escuela de Arquitectura y Urbanismo, que ofrece a nuestros jóvenes el estudio de nuevas disciplinas científicas y artísticas y una carrera profesional de indiscutible utilidad social.

Y están estudiándose las bases técnicas, docentes y administrativas para establecer un Instituto de Idiomas que ofrecería a los estudiantes la seguridad del aprendizaje cabal de, por lo menos, un idioma vivo aparte del natal, que sería obligatorio, previa elección al ingresar a la Universidad. Dada la actual intercomunicación entre los pueblos del mundo y la necesidad del acceso a las fuentes del saber, el dominio de uno o dos idiomas extraños es un complemento indispensable de la formación de la juventud universitaria.

\* \* \*

Las Facultades, Escuelas e Institutos anexos a la Universidad han funcionado normalmente durante estos cuatro años. En algunas de ellas no han faltado momentáneas alteraciones de su marcha por problemas cuya solución se ha encontrado en plazos cortos. Todos los organismos directivos y las autoridades de la Universidad se preocupan constantemente de mejorar la educación y la enseñanza en todas y cada una de las Facultades y Escuelas. Planes de Estudios, Programas, Reglamentos, pruebas de rendimiento, investigaciones, trabajos prácticos, tesis de graduación, asistencia regular de profesores y alumnos conforme al calendario escolar, pruebas de ingreso, son materia de estudio reiterado por parte del Consejo Universitario, de los Consejos Directivos de cada Facultad y de las demás autoridades que tienen sobre sí la responsabilidad de la marcha de los estudios.

\* \* \*

No ha descuidado la Universidad su obligación de extender y divulgar la cultura, y aun cuando podríamos hacer algo más en este

sentido, son sin embargo muy numerosas las conferencias públicas sustentadas por profesores nacionales y extranjeros en el aula magna de la Universidad. La circulación de la revista ANALES DE LA UNIVERSIDAD se ha intensificado y hemos mantenido la regularidad de su apareamiento. Con menor exactitud, han circulado también las revistas especializadas de algunas Facultades. Se ha continuado con la publicación de libros valiosos de sus catedráticos y con ensayos de sus alumnos. Al efecto, la imprenta de la Universidad fué notablemente mejorada en el año pasado con la adquisición de una moderna prensa plana automática alemana, "Heidelberg", instalada en el nuevo local.

\* \* \*

En 1957, con ocasión del Cuarto Centenario de la Fundación de Cuenca, nuestro Plantel tuvo la honra de haber sido la sede de dos reuniones de alta trascendencia educacional y científica: la Conferencia Universitaria y el Primer Congreso de Sociología Ecuatoriana, eventos ambos organizados por la Universidad de Cuenca y presididos por su destacado Vicerrector Dr. Luis Monsalve Pozo, encargado entonces de la Rectoría. Uno y otro deliberaron en un ambiente de elevación y de viva inquietud intelectual y enriquecieron con valiosos trabajos y documentos el acervo científico de la patria.

Pese a la limitación de su presupuesto de gastos, que le obliga a excusarse de asistir a la mayor parte de las conferencias y congresos científicos a que se le invita, la Universidad ha concurrido, por medio de delegaciones de su seno, a los que ha estimado de mayor importancia y utilidad. Así, ha estado presente en la Tercera Asambleable de Universidades Latinoamericanas en Buenos Aires, en la Primera Conferencia Latinoamericana de Facultades de Derecho en México, en el Quinto Congreso Latinoamericano de Filosofía en Washington, en el Primer Seminario Panamericano de Endocrinología en Bogotá, en el Noveno Congreso Internacional de Radiología en Munich, en el Primer Congreso Panamericano de Odontopediatría en Bogotá, en el Primer Congreso Penal y Penitenciario en Quito, en el Tercer Congreso, Hispano-luso-americano de Derecho Internacional en Quito, en la Reunión de Rectores de las Universidades de América en Quito, en las Terceras Jornadas Médicas de la Asociación Médica Panamericana en Guayaquil, en el Symposium sobre Medicina Infan-

til en Quito, en el Primer Congreso Ecuatoriano de Odontología en Quito, en las Segundas Jornadas Médicas en Guayaquil, en el Tercer Congreso Iberoamericano de Seguridad Social en Quito, en el Congreso de Odontología de Santiago de Chile, y en las Jornadas Médicas Grancolombianas de Estudiantes de Guayaquil. Actuó también en la Tercera Reunión de Consulta del Instituto Panamericano de Historia que se reunió en esta ciudad en el mes de Enero de 1959, con cuyo motivo recibió una valiosa donación de libros de Historia que incrementó la biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras.

Dirigentes y alumnos de la Universidad han sido invitados a visitar los Estados Unidos. El señor Vicerrector hizo un interesantísimo recorrido por ese gran país conociendo varias de sus Universidades y las reservas indígenas. Yo asistí al primer Seminario sobre educación superior organizado en la Universidad de Chicago y pude observar de cerca varias de las principales universidades norteamericanas de la zona occidental. Diversos grupos de estudiantes han viajado por el país del norte y han podido enriquecer sus experiencias y conocimientos con gran provecho, sin duda, para su formación.

La Comisión Fulbright de intercambio educacional entre el Ecuador y los Estados Unidos, de la que formé parte durante dos años, colaboró con nuestra Universidad enviándonos un valioso Profesor de Estadística, el Sr. John Habestroh, que trabajó en cooperación con la cátedra de esta materia en la Facultad de Derecho durante el año lectivo anterior.

Antes de él, el Profesor Watt Stewart dictó un curso sobre Historia de los Estados Unidos en la Facultad de Filosofía y Letras, por destinación del departamento cultural de la Embajada Norteamericana en Quito.

Por iniciativa de la Conferencia Universitaria reunida aquí en 1957, la Universidad gestionó ante el Congreso Nacional la donación del Teatro anexo al Palacio Universitario vendido al Estado para destinarlo a la Corte Superior de Cuenca y sus dependencias. Tuvimos el apoyo del Senador por la Educación Pública y de los legisladores del Azuay y Cañar, varios de ellos catedráticos del Plantel, y la tenaz oposición de la Corte Superior y del Poder Ejecutivo. Se obtuvo, al fin, el usufructo del Teatro por el tiempo de cinco años, mediante

Decreto Legislativo objetado por el Presidente de la República por inconstitucional e insistido por el Congreso, previo dictamen sobre su constitucionalidad expedido por la Corte Suprema de Justicia.

En relación con el canon arrendaticio del Teatro, que constituye un rubro de ingreso del Presupuesto de la Universidad, el Ministerio de Educación Pública tuvo una desafortunada intervención al tiempo de aprobar el presupuesto para el año de 1958, que obligó a la Universidad a la defensa de su derecho, con dignidad y entereza. El resultado final de este incidente fué el triunfo del derecho de la Universidad y la percepción real y efectiva del canon de arrendamiento del Teatro, que es parte de su patrimonio.

\*\*\*

Especial cuidado han tenido el Consejo Universitario y las autoridades universitarias de fomentar la actividad social, deportiva y cultural de los estudiantes, manifestada al través de sus organizaciones generales y especiales.

Fuera de las subvenciones que constan en los presupuestos de la Universidad para la Federación de Estudiantes, para la Liga Deportiva Universitaria y para las varias Asociaciones Escuelas, tanto el Consejo Universitario como el Rectorado han destinado apreciables sumas de dinero con motivo de sus congresos, de sus excursiones, de sus festejos y de sus varias actividades.

Númericamente tal contribución alcanza a \$ 312.464,65 en los cuatro años últimos, así:

1956	\$ 54.680,00
1957	86.492,15
1958	75.082,50
1959	60.010,00
1960 (1º semestre)	36.200,00

Numerosas publicaciones estudiantiles han sido editadas en la imprenta del Plantel.

En los nuevos edificios, la Federación de Estudiantes dispone de un amplio local para sus reuniones y compromisos sociales.

\* \* \*

Las relaciones con las demás Universidades ecuatorianas se han mantenido en plano de cordial amistad y comprensión.

Tuvimos destacada actuación en el homenaje nacional que se tributó al señor Doctor Alfredo Pérez Guerrero, ilustre Rector de la Universidad Central, por su brillante desempeño de la Senaduría por la Educación Pública.

En la Universidad de Guayaquil se efectuaron reuniones de todos los Decanos de las Facultades Universitarias como paso previo a la Conferencia Universitaria que debió realizarse en aquella Universidad y que, desgraciadamente, no llegó a tener efecto.

Se iniciaron visitas de intercambio de Profesores y alumnos con las Facultades de Derecho de la Universidad Central y de la de Loja.

El Consejo Universitario expresó su solidaridad a la Universidad Técnica de Manabí con motivo de la modificación de su presupuesto por la Comisión Técnica del Ministerio del Tesoro, y ha realizado gestiones para que se respete la autonomía de esa Universidad.

\* \* \*

Muchos aspectos más de la vida de nuestra Universidad podría mencionar en este informe; mas, al hacerlo, le daría una extensión desproporcionada a la oportunidad de esta Asamblea y quebrantaría mi propósito inicial de ofreceros solamente un cuadro sin detalles, a grandes líneas, de lo que nuestra querida Universidad ha realizado en el último cuatrienio de vida.

Me resta solamente dejar constancia de mi agradecimiento más cordial a todo el personal docente y administrativo de la Universidad que me ha brindado su leal colaboración durante mi mandato. De modo especial para el benemérito señor Vicerrector y para todos los señores Decanos de las Facultades que me han asistido con sus luces y consejos en el seno del Consejo Universitario y fuera de él, y para el señor Secretario General cuya incansable labor en beneficio de la Universidad merece público reconocimiento.

No sería justo si callase mi gratitud para el estudiantado de la Universidad, en general, y para todas y cada una de las organizaciones estudiantiles que viven dentro de esta Casa, por las constantes y reiteradas muestras de afecto y por los inolvidables estímulos que de ellos he recibido durante el desempeño de mi cargo.

\* \* \*

Si podemos ufanarnos de la obra realizada ya en beneficio de nuestra Universidad, en la que hemos puesto pasión y convicción a la vez, debemos reconocer que la obra futura es más ponderosa y demanda una entrega fervorosa de todos los elementos que la forman. Estamos recién al comienzo de una larga etapa de superación institucional, en la que han de emplearse todas las capacidades, todas las luces y todas las voluntades que confluyen en el común propósito de elevar día a día el nivel de esta Alma Mater de las juventudes de la patria, llamada a la formación de los cuadros dirigentes de la vida nacional, que han de edificar una nación próspera, asentada en la dignidad del trabajo, en la que la libertad y la justicia dejen de ser meras palabras y se tornen en realidades operantes y vivientes.

Os entrego el mandato que me confiásteis hace cuatro años. Mi conciencia me dice que lo he cumplido con lealtad y con decoro. Juzgadme ahora vosotros y considerad que si he cometido errores y he incurrido en omisiones, unos y otras obedecen a la limitación de mis capacidades, que no a voluntad deliberada de mal servicio a la Universidad".

Concluida la lectura del informe la Asamblea tributó al doctor Cueva Tamariz, en forma unánime, un voto de aplauso por su brillante labor de conducción de la Universidad por sendas de efectivo y grande progreso.

Inmediatamente se procedió a elegir Rector para el período de 1960 a 1964. El doctor Cueva Tamariz, en forma unánime también y con el reiterado aplauso de los miembros de la asamblea, fue reelegido para un quinto consecutivo mandato, ratificándose de esta manera la confianza

de catedráticos y alumnos en la obra abnegada, constante, entusiasta y llena de pasión por el engrandecimiento institucional que ha desarrollado el doctor Cueva desde cuando asumió la rectoría en el año 1944. Las frases de agradecimiento que el Rector doctor Cueva Tamariz pronunció fueron emotivas y encerraron una nueva promesa de seguir dedicado por entero a su tarea de maestro de la juventud y propulsor de la grandeza de la Universidad de Cuenca.

Luego se procedió a elegir Vicerrector. Por una abrumadora mayoría de votos fue confirmado en el ejercicio de sus funciones para un nuevo período el señor doctor Luis Monsalve Pozo, sapiente catedrático de la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales que a sus dotes de eminente maestro suma su consagración por entero al cultivo de las ciencias jurídicas y sociológicas. La elección del doctor Monsalve Pozo fue también entusiastamente aplaudida por la asamblea universitaria.

ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA, en estas páginas que recogen la historia del Plantel, consagra su cálida felicitación a las dos más altas autoridades de la Universidad y formula especiales votos porque su labor continúe siendo de positivo beneficio para el Instituto.

Día 28

### SOLIDARIDAD CON EL PUEBLO DE CHILE Y LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION

El Consejo Universitario, estimando de ineludible deber expresar su solidaridad a la República de Chile y a la Universidad de Concepción con motivo de los inmensos daños sufridos por el pueblo hermano y la benemérita Casa de Estudios Superiores de Concepción, expidió el siguiente acuerdo:

### EL CONSEJO UNIVERSITARIO DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA,

#### Considerando:

Que la República de Chile, con la que el Ecuador mantiene fraternales vínculos de amistad, ha sido azotada por la tragedia con la destrucción de varias de sus ciudades y la consiguiente pérdida de miles de vidas;

Que entre las Instituciones afectadas se encuentra la ilustre Universidad de Concepción que ha soportado inmensos daños en sus bibliotecas, laboratorios e instalaciones; y

Que es deber de las Universidades de América estar presentes en los momentos de dolor de los pueblos hermanos y de sus Universidades,

#### Acuerda:

Manifestar a Chile y especialmente a la Universidad de Concepción el sentimiento de íntima solidaridad de la Universidad de Cuenca y formular especiales votos por la pronta reconstrucción de las zonas afectadas y el resurgimiento de la Universidad de Concepción;

Destinar como simbólica ayuda para la Universidad de Concepción la suma de cinco mil sucres y el aporte de un día de sueldo de su personal docente y administrativo; y,

Enviar copia de este Acuerdo al señor Embajador de Chile en el Ecuador, al señor Rector de la Universidad de Concepción, doctor David Stitckin Branover y al señor Presidente de la Unión de Universidades de Latinoamérica, doctor Risieri Frondizi.

Dado en Cuenca, a los veinte y ocho días de junio de mil novecientos sesenta.

CARLOS CUEVA TAMARIZ,  
RECTOR-PRESIDENTE

VICTOR LLORE MOSQUERA,  
SECRETARIO GENERAL.